

21 Oct. 75.

BIBLIOTECA DE AMBOS MUNDOS.
CUATRO rs. tomo en Madrid, CINCO en provincias.

PIGAULT-LEBRUN.

M. DE KINGLIN Ó EL PACTO CON EL DEMONIO.
LAS COSTUMBRES.
UNA PALABRA SOBRE PARÍS.
METUSKO Ó LA INDEPENDENCIA DE POLONIA.

17 11 8
Ley 1847

MADRID,
LIBRERÍA DE ANLLO Y RODRIGUEZ,
Calle del Olivo, números 6 y 8.

1875.

~~443~~

1811
MAY 11
1811

6091-127

BIBLIOTECA DE AMBOS MUNDOS.

MAULT-LEBRUN.

DE KINGLIN.

M. DE KINGLIN Ó EL PACTO CON EL DEMONIO.

LAS COSTUMBRES.

UNA PALABRA SOBRE PARÍS.

METUSKO Ó LA INDEPENDENCIA DE POLONIA.

17118
[Jery 1847]

M. DE KIMURA EN UNO DE LOS
LOS ESTADOS
EN LA PALAZA DE LA
MUSEO DE LA HISTORIA DE TOKIO

1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900

265-631

BIBLIOTECA DE AMBOS MUNDOS.

4443

PIGAULT-LEBRUN.

M. DE KINGLIN

6

EL PACTO CON EL DEMONIO.

Anlo y Rodriguez

MADRID,

LIBRERÍA DE ANLO Y RODRIGUEZ,
Calle del Olivo, números 6 y 8.

1875.

BIBLIOTECA DE AMBOS MUNDOS

FIGAUT-LEBRUN.

M. DE KINGLIN

EL PACTO CON EL DEMONIO.

Manuscrito
1855-1878

MADRID

IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.^a
(SUCESORES DE RIVADENEYRA).
Calle del Duque de Osuna, número 3.

M. DE KINGLIN,

6

EL PACTO CON EL DEMONIO,

POR

PIGAULT-LEBRUN.

M. DE KINGLIN.

EL PACTO CON EL DEMONIO

PIGALLT-FERRUN.

M. DE KINGLIN

EL PACTO CON EL DEMONIO.

El porvenir es al presente algo ménos que el pasado, que deja siquiera recuerdos. Sin embargo, el porvenir es para muchas personas la region de las ilusiones y de la esperanza, y á medida que el tiempo pasa, dilatan estos soñadores los límites de ese país puramente imaginario. Mueren á la edad de cien años, teniendo aún la vista fija en el porvenir, echando de ménos el pasado, y quejándose del presente de que no han sabido disfrutar.

«Si yo hubiese leído en el porvenir, me decia un sujeto, no me hubiera casado con la que es hoy mi mujer. — ¿Por qué? le pregunté. — Porque me ha hecho traicion.—Cualquier otra os la hubiera hecho lo mismo.—¡Quía!—Sí, hombre; V. no es guapo, ni amable, sino al contrario, exigente, brutal, violento; no obstante, habeis querido tener una mujer bonita, y con estos antecedentes es muy natural lo que os ha sucedido. Os ha estado engañando mucho tiempo sin que lo sospechaseis; y todo él habeis

sido tan dichoso como se puede ser con vuestro carácter; la presciencia os hubiese atormentado mucho tiempo ántes. Para prevenir un mal, del cual hasta ahora nadie ha muerto, os hubieseis entregado á graves excesos; hubieseis dado de puñaladas ó envenenado á vuestra mujer, y éste sí que hubiera sido un mal real; se os hubiese llevado al patíbulo para haceros comprender que no es permitido matar á una jóven bonita por el hecho inocente de buscar en otra parte aquello de que carece en su casa. Creedme; cambiad de modo de ser; haceos atento, amable, dulce; uníos á vuestra mujer, olvidad lo pasado, gozad del presente, y esperad tranquilo el porvenir.....»

«¡Ah! si yo hubiese conocido el porvenir, me decía otro, no hubiera permitido que mi padre saliese ayer de su casa, y no hubiera muerto de un tejazó que recibió en la cabeza.» Al dia siguiente murió mi hombre de repente, acontecimiento que no hubiera podido impedir la presciencia, pero sí al difunto gozar de los placeres de la vida hasta el último instante.

Un tercero me decía..... Pero si os hubiera de referir todo lo que sobre esto se me ha dicho, no acabaría nunca. Los hombres son animales muy raros; pasan los dos tercios de su vida soñando, y el otro bailando en torno de los placeres que sin cesar se les presentan.

En este sentido era M. de Kinglin muy hom-

bre. ¿No habeis conocido á M. de Kinglin? Pues os lo voy á dar á conocer. Era este un hidalgo bajo-breton que cultivaba por sí mismo algunas yugadas de tierra de que ni aún era propietario; que labraba su campo con cierta altivez, llevando su espada colgada de la esteva del arado; que figuraba en los estados de Bretaña con su capoton y sus borceguíes; que no se hubiera sentado á la mesa con el más rico negociante de Nántes por temor de rebajarse, por más que no comia en su choza otros manjares que pan negro y habichuelas. Es verdad que M. de Kinglin se sentaba, cuando asistia á misa y á vísperas, en el banco del señor del lugar, que le permitia ademas todos los domingos matar una liebre en sus posesiones; saludábanle los villanos quitándose el sombrero, porque descendia de los antiguos duques de Bretaña, hacíanle acatamiento las mujeres por la misma razon, y las jóvenes no se guardaban de él, porque no tenía nada de seductor.

Resulta, pues, de lo dicho, que M. de Kinglin era un hombre muy ordinario, si se exceptúan sus pretensiones, que eran verdaderamente extraordinarias. Parecíale verse en el porvenir presidiendo los estados de Bretaña, y restableciendo en su favor la soberanía de los antiguos duques. Despues pensaba casarse con una princesa de Francia que aportaria al matrimonio la Normandía en dote, y entónces pensaba regalarse comiendo sopa grasa to-

dos los dias, é ir en coche á vender su cebada; porque M. de Kinglin, á pesar de toda su nobleza, era un palurdo.

Hacia, ademas, grandes esfuerzos por ilustrarse. Despues que habia, durante el dia, regado con el sudor de su frente la tierra que el pretendia gobernar, leia por la tarde, al mismo tiempo que mascullaba un mendrugo de pan, á *Pedro de Provenza*, *Juan de Calais*, *Los Cuatro hijos de Aimon*, y, algunas veces, un *Alberto el Grande*, que una antigua doncella de la señora de la aldea hacía el favor de emprestarle. Mas todas estas obras no habian servido más que para confirmarle en su creencia en las hadas, en los genios, en los hechiceros y en los diablos, cuya existencia es cosa probada, segun le habia asegurado su señora madre, allá en los tiempos en que ésta le paseaba por sí misma, por la sencilla razon de que no tenía criada que lo hiciese.

M. de Kinglin vegetó hasta la edad de veinte y cinco años entre sus libros, sus surcos, sus proyectos y su miseria. El porvenir llegaba á cada instante, y siempre le encontraba en el mismo estado. Como todo cansa, áun el esperar, M. de Kinglin resolvió tomar un término medio entre la soberanía de la Bretaña que el porvenir no le garantizaba, y su estado actual que le fatigaba en extremo. Escribió al ministro del rey, con cuya hija el dia anterior pensaba en casarse, pidiéndole que le hiciese lugarteniente de infantería. Una lugartenencia abre

el paso para los puestos más elevados, y bajo este aspecto M. de Kinglin vivía todavía en el porvenir. El Ministro, que conocía la grande importancia de una lugartenencia de infantería, y sabía cuánto talento se necesita para desempeñar bien tal destino, envió el memorial de M. de Kinglin al Intendente de Rennes, que le remitió á su vez á su subdelegado de Cáneala que mandó para que tomase informes al cobrador del lugar que habitaba nuestro héroe. Hé aquí á un simple villano árbitro de los destinos del vástago de los duques soberanos de Bretaña. Evacuados los informes, el subdelegado escribió al Intendente y éste al Ministro, manifestando que M. de Kinglin era inepto; que se necesitaba ante todo descortezarle y luego educarle; que tenía un derecho incontestable á ser admitido en la carrera militar; pero como en la escuela no se admitían alumnos de veinte y cinco años, el Ministro, en su alto criterio, decidió que M. de Kinglin continuase tranquilamente en su aldea.

Este, sin embargo, había decidido otra cosa. Como no podía dudar que se le concedería la lugartenencia, había tomado con tiempo sus medidas: había vendido su par de bueyes, su arado y su rastrillo con los que bien ó mal ganaba el sustento; y como su propietario era un roturador, y un hidalgo no debe miramiento ni consideracion alguna á personas de esta clase, Kinglin dejóle sus tierras sin dignarse mandarle un mal recado. Hedle ya camino de Ren-

nes, con su capoton, sus boreguíes, su bonete de lana y su espada al cinto. Llevaba al hombro, con cierto aire de triunfo, un saquillo de tela que contenía quinientas cincuenta libras, la mayor cantidad que él había visto en toda su vida.

Se instaló en una buena posada, se vistió con bastante decencia, y emprendió una vida demasiado regalona para dejar de verles pronto el fin á las quinientas cincuenta libras. No visitó al Intendente, porque éste sólo pertenecía á la aristocracia de la ciencia; únicamente le mandó á decir que esperaba su título en la posada de Licorna. Presentóse, empero, al presidente de los estados y á todos aquellos que ceñían espada. En todas partes fué recibido á causa de su nombre, y en todas partes se burlaron de él, como era de esperar.

Cuando se gasta sin orden ni medida, se ve pronto el fin de un millon; un imbécil ve mucho más pronto el fin de un saco que contenga quinientos cincuenta francos. Sin embargo, Kinglin no se alarmaba por la disminucion de sus fondos: tenía siempre delante de sí un risueño porvenir; pero cuando hubo ya gastado su último escudo comenzó á ocuparse seriamente del presente. Se arrepintió de haber despreciado al Intendente, y se decidió, aunque con pena, á visitarle.

No se aprenden las costumbres del gran mundo empuñando una mancera y guiando un par de bueyes. Kinglin ignoraba que no es la hora de comer

la más oportuna para visitar á un intendente; pareciale, por el contrario, que ésta era la ocasión de hallarle con más seguridad libre de sus negocios. Presentóse, por consiguiente, en el momento en que Monseñor, con toda su familia y algunos consejeros del parlamento, se sentaba á la mesa en donde les esperaba una succulenta comida. Monseñor, que se preciaba de cortés y bien criado, no podía dispensarse de invitar á M. de Kinglin á tomar asiento entre sus convidados, y éste no se hizo de rogar.

A los postres trajeron un enorme pliego, que el Intendente abrió con permiso de los concurrentes. Era del Ministro, y contenia, entre otras cosas, la negativa á la petición del hidalgo breton. Nada importaba á Monseñor que Kinglin fuese ó no lugarteniente de infantería; pero un hombre de buena educacion anuncia siempre una mala nueva con ciertos miramientos que puedan dulcificar la amargura. Trastornó esto de tal modo á Kinglin, que no le fué posible comprenderlo, y fué necesario que se lo dijese claramente. El Breton tenía un carácter irascible. Exclamó que Luis XII, se habia considerado muy honrado casándose con su parienta Ana, y que sus herederos eran unos bribones que debian tener más consideraciones á la posteridad de los parientes de aquella reina. Como quiera que á los parlamentarios les gustaba murmurar del Gran Consejo, á éste del Canciller, al Canciller

del Monarca y al Monarca de su mayordomo, se dejó hablar cuanto quiso á Kinglin, que tenía razon para quejarse, pero cuya queja no le aseguraba un mejor porvenir.

Estaba á su lado en la mesa una jóven muy bonita, muy bien educada, y que, por lo tanto, apénas le habia dirigido la palabra. Habia aquél comprendido, por ciertas expresiones, que esta señorita era hija única del Intendente, y juzgó con mucha sagacidad, que, despues de haberse rebajado hasta contentarse con una lugarteniencia, no era deshonra casarse con la hija de un magistrado que tenía cien mil libras de renta, y facilitaba ademas los medios de ser Intendente despues del papá, lo cual presenta un porvenir bastante agradable. Hasta entónces no habia Kinglin hecho más que comer, beber, rumiarse; de repente tomó la palabra y, en términos claros, precisos y positivos, pidió á la jóven en matrimonio. Miráronse todos y se mordieron los labios para no soltar la carcajada; el Intendente, siempre cortés en extremo, respondió que se consideraba muy favorecido con la exigencia de Kinglin, pero que sentia en el alma que no la hubiese hecho ántes, pues habia ya empeñado su palabra á un presidente del parlamento, y era incapaz de faltar á ella. La jóven palideció, y Kinglin se retiró de muy mal humor. Cuando áun estaba en la antesala oyó estrepitosas carcajadas, de las que ni siquiera sospechó que él fuese el objeto, y al

llegar á la puerta-cochera observó que le seguía un lacayo, que dirigiéndose al portero, le dijo: En adelante, Monseñor no está visible. Frase, cuyo sentido no comprendió tampoco.

Miéntas que Kinglin volvía á su posada, sucedía en casa del Intendente una escena patética á las risas inmoderadas. La jóven, que odiaba á su Presidente, porque amaba con todo su corazón á un jóven capitan de dragones, se habia arrojado á los piés de su padre suplicándole renunciase á sus proyectos de matrimonio. Su padre le habia contestado que no veía la necesidad de que una mujer amase á su marido, y además que sería ridículo que pasase una fortuna de consideracion á manos de un jóven, muy instruído, muy bien formado, muy amable, pero que no poseía más bienes que su espada. La pobre niña no se desanimó. Escribió al Presidente diciéndole, que no le amaba, y que tenía un amante á quien jamas olvidaría. Contestóle el Presidente que no permitiéndole lo grave de su estado hacer el amor á su mujer, se complacía mucho de que las disposiciones de aquélla le dispensasen de estos cuidados; que lo esencial era formar una buena casa, y que por lo demas, descansaba en su recato y en su virtud. El matrimonio se llevó á cabo, y, con ayuda de la virtud, sucedió al Presidente lo que debió prever sin necesidad de leer en el porvenir. Se irritó, encerró á su mujer en un convento, é hizo mal; el capitan acudió allí á consolarla, disfrazado

de jardinero, é hizo bien. Se le sorprendió, se le mandó á su regimiento, é hicieron mal, porque la jóven Presidenta se evadió, corrió al lado de su capitan, é hizo bien. Toda la ciudad murmuró mucho sobre el suceso, y toda la ciudad hizo mal, porque nadie debe meterse en asuntos de familia. Los dos amantes huyeron á Holanda, é hicieron bien, porque se les seguia la pista. Antes de partir habia el capitan pedido treinta mil francos á uno de sus camaradas, á quien la Presidenta dió un recibo de la suma para que la abonase su marido; é hicieron mal en un sentido, porque no es lícito contraer deudas; pero hicieron bien bajo otro punto de vista, porque no se puede viajar cómodamente sin dinero. El camarada, pasando á Rennes, fué á presentar su crédito al Presidente, é hizo bien, porque un marido debe dar los alimentos á su mujer. El Presidente se negó á pagar la letra que contra él giraba aquélla, é hizo mal, porque el camarada le obligó á batirse y le levantó la tapa de los sesos de un pistoletazo. El Intendente volvió á recoger la dote de su hija, é hizo bien. El Capitan mandó á ésta á paseo al cabo de algun tiempo, é hizo mal. La Presidenta se consoló, é hizo bien. Volvió á casa de su padre, é hizo mal. Éste la armó una sarracina, ambos gritaron y escandalizaron, é hicieron mal. Murieron los dos de pesar, y por primera vez ambos hicieron bien.

De este asunto hubiera podido hacerse una pre-

ciosa novela, metiendo mucho fárrago que nada añadiría á la moralidad, porque es indudable que podía probarse en cuarenta líneas, lo mismo que en doscientas páginas, que es un disparate casar las hijas contra su voluntad, y la mayor de las necesidades casarse con ellas en estas condiciones.

— Volvamos al pobre Kinglin, que hemos dejado en su posada buscando medios para atender á sus necesidades presentes, y mucho más preocupado de su porvenir. Respecto al presente, como no tenía un cuarto y era necesario vivir, se decidió á vender uno de sus dos vestidos, tres de sus seis camisas y cuatro de sus cinco pañuelos. Por lo que hace al porvenir, escribió á sus parientes de todas las ramas y categorías; mariscales de Francia, mariscales de ejército y mariscales herradores.... Sin duda os chocará esta desigualdad, pero nada hay más chocante que la que existe entre todos los hombres, que, segun se dice, descienden todos de un mismo padre. Pues por la misma razon que un nieto de Adan es emperador de la China, y otro trapero de París, Kinglin tenía un primo mariscal de Francia, y otro mariscal herrador, de cuya diferencia puedo daros razon más fácilmente que de la que hay entre el primo emperador y el primo trapero. Cuando Ana de Bretaña subió al trono de Francia, los abuelos del mariscal de Francia se fijaron en la capital; los padres del mariscal herrador y de nuestro héroe permanecieron en su pueblo, y de generacion

en generacion fueron empobreciendo de tal modo, que eran desconocidos de sus parientes los cortesanos, como el primo traperero es desconocido del primo emperador.

El mariscal herrador, padre de nueve hijos, podia favorecer muy poco á su noble primo. Mas como la sangre no puede negarse, le envió seis francos con una carta muy amistosa escrita por Clotilde, la mayor, la más espiritual y la más bonita de sus hijas.

Los primos, oficiales generales, veian las cosas en otra escala, y pidieron para Kinglin el mando de un regimiento. El Ministro les contestó que Kinglin no era apto ni aún para entrar en la escuela de cadetes. Y como la iglesia ofrecia un asilo y un recurso seguro á los que no servian para nada, el mariscal de Francia dijo dos palabras sobre el asunto á una bailarina, que trataba muy de cerca al Obispo de Orleans, y se decidió que el descendiente de los duques de Bretaña tuviese por lo pronto un beneficio simple que le ayudase en los gastos de su carrera, los cuales no podia costear el señor Mariscal, porque cuando se vive en la córte siempre se gasta más que se gana.

A consecuencia de esta decision, Kinglin, que no tenía voluntad propia, se marchó á pié al seminario de San Sulpicio, manteniéndose frugalmente del esendo de seis libras que su primo el herrador le habia enviado. Consumiendo su exigua reposte-

ría y siguiendo su fastidioso y largo viaje, Kinglin veía todavía delante de sí un soberbio porvenir: de canónigo se asciende á obispo, de obispo á cardenal, de cardenal á pontífice; y con tal que el Breton fuese soberano, no le importaba el género de la soberanía.

Aspirando al pontificado, era necesario aprender siquiera á decir la misa, y para esto se necesitaba, cuando ménos, saber un poco latín, puesto que sólo en esta lengua pagana es permitido hablar al Dios de los cristianos. No era cosa hacedera que se acostumbrase á la vida de colegial un niño de veinticinco años, y un honrado sacerdote de San Sulpicio se encargó de desbistar al abad Kinglin, mediante una libra de tabaco, una libra de café y otra de azúcar, que, además del productó de su beneficio, le daría el estudiante todos los meses en cambio de sus cuidados.

Hed aquí á nuestro Kinglin tonsurado por el Obispo de Orleans, encerrado en una sotana y tartamudeando el *musa musae*. Las cosas marcharon perfectamente durante algun tiempo, porque á través de las mojigaterías, de las austeridades, de las privaciones y de la aridez del estudio, creía nuestro abad entrever el Vaticano y el Capitolio. Una miserable zurcidora derribó al neófito de la cátedra de San Pedro.

Kinglin gastaba hábitos de paño muy fino y bonete lustroso: por consiguiente, le era permitido ir

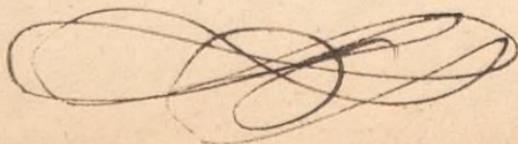
algunas veces á visitar al señor Mariscal. Era el protegido de dos hombres poderosos, y, por lo tanto, se le tenian muchas consideraciones. Salia cuantas veces podia, y cada vez que salia ó entraba echaba una mirada á la zurcidora que en la puerta del seminario se ponía á zurcir las medias de los seminaristas.

La chieca no era bonita, pero era jóven, tonta y condescendiente. Kinglin tenía veinticinco años y pasiones fogosas; la naturaleza hizo lo demas.

La zurcidora no era novicia, pero los seminaristas eran prudentes. Kinglin, que queria penetrar el porvenir, no comprendia para qué sirva la prudencia en cuestion de amor; la zurcidora se halló en cierto estado, y colgó el milagro á nuestro abad. Éste, disgustado con la zurcidora, la envió á pasear; ésta le pidió dinero; el abad para librarse de ella cometió otra imprudencia mayor; la zurcidora alborotó; el abad no previó que el caso llegaría á oídos del superior de San Sulpicio: esto fué precisamente lo que sucedió, y como un crimen de esta naturaleza es imperdonable en un seminario, el abad Kinglin fué arrojado de aquél despiadadamente. Y como el Obispo de Orleans, por más que la de sus costumbres no fuese mucha, debia en público mantener la pureza de la Iglesia, quitó al abad su beneficio; y como el hombre no espera más que un pretexto para abandonar á los parientes pobres, el Mariscal de Francia participó de la santa

cólera del Obispo; cerró sus puertas al primo y le dejó entregado á su infausta suerte.

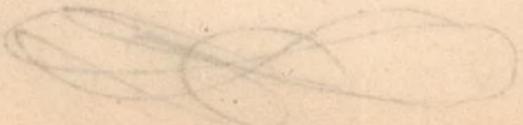
Kinglin consumió sin gran pena el producto de su sotana, de su manteo y de su bonete, porque sólo le preocupaba el porvenir. Sin embargo, una tarde cuyo día áun no se habia desayunado, se vió obligado por un hambre horrible á pensar seriamente en el presente. Un hidalgo no puede optar nada más que por uno de estos tres partidos; la espada, la toga ó la sotana. Habíasele arrojado del santuario, se le habia negado una lugartenencia, no tenía con qué comprar un cargo, y esto es una desgracia, porque no habia ley alguna que impidiese á un consejero de valía hacerse canciller, y este puesto era bastante lucrativo para resarcir al Breton de aquellos á que habia tan justamente aspirado. Un descendiente de los duques de Bretaña no puede meterse al oficio de aguador, de limpiabotas ó de mandadero, ni robar, ni morir de hambre. No quedaba otro medio para comer que sentar plaza de soldado. Este medio era duro; pero habia salido bien á Fabert, á Cheroet y á otros muchos, y Kinglin marchó al muelle de la Ferraille á ofrecerse á todos los reclutadores. No habia necesidad de probar su honradez, su inteligencia ni su bravura; bastaba sólo con que estos señores se cerciorasen de que tenía cinco piés y dos pulgadas de estatura. Faltábanle quince líneas, y era ademas patizambo, y se le negó el derecho de vegetar en la gamella



á razon de cinco sueldos diarios. Era cosa de darse á los diablos, y en efecto á ellos se dió Kinglin.

¿Os reis? Pues no veo el motivo. Preguntad á nuestras devotas si no hay ciertas reuniones de brujas y brujos donde se dá culto al diablo, ¿y se iria á esas reuniones si no hubiera diablos, y sería uno bien recibido por estos caballeros si no se entregase á ellos? Por otra parte, ¿dudais de las palabras del Evangelio? ¿No dice éste que en Judea, en donde no se comia carne de cerdo, se introdujeron los diablos en una manada de estos inocentes animales, á los que Cristo hizo que se arrojasen al mar y se ahogasen todos, en vez de sacarles del cuerpo el espíritu maligno, que es lo que, sin duda, hubiera convenido al propietario? ¿No sabeis que no há mucho tiempo se exorcizaba á los poseidos de Besanzon? ¿No se exorciza todos los dias en las iglesias? Luego hay un diablo; luego se puede uno entregar á él; ademas, yo os lo aseguro en un libro impreso como todos los demas.

El ayuno ilumina el espíritu; el espíritu, iluminado de este modo, no está para bromas; y cuando concibe ideas siniestras conduce siempre á excesos deplorables. Kinglin volvió á entrar por la noche en su zahurda, se acostó á oscuras por no tener con qué alumbrarse, y comenzó en medio de las tinieblas á pensar en lo terrible de su posicion. Echaba de ménos el seminario, sus bueyes y su arado, y los sabrosos platos que le regalaba algunas veces



la vieja doncella de la señora de la aldea. Al pensar en la doncella, era difícil que dejase de acordarse de cierto libro de magia que era en otro tiempo su lectura favorita. El libro de magia sabeis que nos pone en relacion con el espíritu maligno: este comercio no es muy satisfactorio para una persona delicada; pero no deshonra á un hidalgo; y ademas, que no es cuando se está hambriento la ocasion más oportuna para andar con delicadezas.

Kinglin baja su escalera, que tenía honores de escala, entra en un corral de seis piés en cuadro, en donde una buena vieja alimentaba unas gallinas que la proporcionaban huevos frescos; abre con mucho cuidado la puerta del gallinero; echa mano á una gallina negra, propia para los conjuros; se la lleva á pesar de sus aletazos y graznidos; sale del pasadizo, que estaba siempre abierto, porque nada habia en la casa que pudiesen llevarse, y corre sin parar hasta llegar al punto en donde se cruzan los caminos de la Revolte y de Neuilly, porque el diablo es muy aficionado á las cruces formadas por cuatro caminos. Una vez allí, Kinglin traza un círculo en derredor suyo, coloca la gallina en medio, y, en el momento oportuno, pronuncia tres palabras, que no os diré cuales son, porque tenemos bastantes diablos entre nosotros, y no quiero indicaros el medio de que aumenteis su número.

Apénas fueron pronunciadas, comienza la gallina á dar aletazos, y muere cantando alabanzas al

Señor : en cuanto aquella exhala el último aliento, la tierra tiembla y la luna, teñida de color de sangre, desciende hasta tocar el camino de Neuilly : en cuanto vuelve á su lugar, un gran señor aparece fuera del círculo en el que le impide entrar la virtud de las palabras mágicas.

Este gran señor era de una estatura muy elevada y tenía cuernos de carnero en la cabeza, cola de mono que jugaba con cierta gracia entre sus piernas, y además, una gran peluca rizada en forma de bucles y un traje color escarlata con franja de oro, porque tal es el aparato con que el diablo aparece siempre.

Cuando Kinglin vió al gran señor tuvo miedo, pues no ha habido jamás héroe que en tal caso no le haya tenido; cuando el gran señor habló tuvo aún más miedo, porque el diablo tiene en el órgano de la voz algo extraordinario; cuando calló, Kinglin quedó aturdido y sin poder contestar, porque no iba preparado para conversar con el diablo.

Sin embargo, la cuestion propuesta á Kinglin era tan sencilla como lacónica, y el académico de estilo más conciso no podrá quitar una sola palabra : *¿Qué quieres de mí?* Esto es lo que el diablo pregunta siempre á los que le obligan á aparecer.

Kinglin vaciló por mucho tiempo entre el sinnúmero de dones que podía obtener; porque es regla general, de todos sabida, que el diablo no otorga nada más que uno. En tanto se inclinaba el Breton

á una cosa, en tanto á otra, y el gran señor esperaba con aire sumiso á que aquél se decidiese.

Por fin, Kinglin se acordó de que el porvenir, tan rico para él, tan brillante, tan seductor, habia abusado á cada paso de su ignorancia, y que estaba en su mano leer en él con la misma facilidad que en el librito de oraciones á la Virgen. Juzgó que el dón de adivinar traia consigo muchas ventajas, pues se extenderia á todo, arreglaria su conducta y sus pasos, y esto le proporcionaria todos los bienes imaginables. De este modo, despues de reflexiones y combates inútiles, viene cada cual á parar á su monomanía. Un campesino hubiera pedido que todos los campos inmediatos al suyo fuesen assolados por una granizada; un pobre sacerdote, la devolucion de los bienes á la Iglesia; un censatario, la restauracion del antiguo régimen; una coqueta vieja, la vuelta de sus atractivos; un antiguo libertino, la vuelta á su vigor juvenil; un abastecedor, la perpetuidad de la guerra; y Despaze la inmortalidad, que ni el mismo diablo le hubiera podido dar.

Kinglin, pues, ordenó al gran señor que le revelase al oido el porvenir siempre que se lo exigiese: el gran señor accedió á ello con mucha cortesía. Sacó del bolsillo un pliego de papel sellado, que contenia la donacion en buena forma del alma del demandante: pinchó con su espolon el dedo pequeño de Kinglin, que firmó con su sangre la dona-

cion, y el gran señor desapareció, despues de haber hecho una profunda reverencia.

Kinglin piensa entónces en lo más apremiante, que es comer. Pregunta á su demonio familiar dónde encontrará á la mañana siguiente una buena comida que no pertenezca á nadie, pues por más que Kinglin haya dado su alma al diablo, no es hombre capaz de robar nada. «A las cuatro de la mañana, le dijo muy bajito el espíritu maligno, sal de tu casa, camina hácia Levante, encontrarás un monton de piedras; una de las cuales está tallada en forma de columna, levántala.»

No comprendia bien Kinglin cómo debajo de una piedra habia de encontrar una succulenta comida que á nadie perteneciese. Pero como el diablo, á pesar de tener sus defectos como cada cual, no es capaz de engañar á ningun hombre, y como, ademas, un estómago vacío manda que se tenga fe, Kinglin hizo con toda exactitud todo cuanto le ordenó el oráculo. Caminó gran trecho sin hallar el monton de piedras; pero al fin encontró lo que buscaba, en la calle de la Universidad, esquina á la calle de la Barca. Miró en derredor para ver si álguien le observaba, y como nadie se levanta en París á las cuatro de la mañana, se acercó con toda tranquilidad á las piedras que ocultaban el tesoro más precioso para un hambriento.

Despues de dar algunas vueltas, halló la pilastra bajo la cual habia colocada una palanca; volcó aqué-

lla y debajo habia tres tablas; levantó las tablas y debajo habia un agujero, y dentro de éste una gran fuente con un pavo, dos pollos y seis codornices, todo muy bien asado; al lado de la fuente habia dos grandes bollos de leche y dos bizcochos de Saboya, envueltos en papel con mucha limpieza; una botella de Málaga y otra de Madera. Kinglin, extasiado ante semejante espectáculo, se quitó su almilla, la única que le quedaba, hizo de ella una especie de talego; metió en él cuanto contenia el bienaventurado agujero, y volvió precipitadamente á su pocilga.

No come, devora. En media hora dió fin de los pollos, de las codornices, de la mitad del pavo y de las dos botellas. Disponíase á digerirlos tranquilamente, y á consultar á su demonio sobre objetos de más trascendencia, cuando comenzaron á zurrirle las tripas de un modo extraño. Vinieron en seguida los dolores de vientre, y luégo, rompiendo con estrépito por arriba y por abajo, arrojó de su cuerpo cuanto habia comido, despues la bÍlis y despues hasta los hÍgados. El diablo, deseoso siempre de adquirir, esperaba que, despues de todo lo ocurrido, le entregaria su alma, pero se engañó por esta vez. Kinglin, despues de pasar quince dias en el Hotel-Dieu, ya estaba bueno y sano, maldiciendo la comida verdaderamente diabólica que habia encontrado, y quejándose amargamente del espíritu maligno, que, en verdad, no tenia culpa alguna de lo ocurrido. Hé aquí el hecho:

Habréis, sin duda, oído hablar del Marqués de Bagueville, que se rompió un muslo en la banquilla de una lavandera, haciendo ensayos para pasar volando de una orilla del Sena á la otra; que mandó colgar en la cuadra á uno de sus caballos que habia roto una pata al que estaba á su lado; y que se hizo célebre por otras muchas extravagancias ó necedades de este género. Este marqués de Bagueville quiso reedificar su palacio, que era magnifico, porque fastidia mucho, decia, habitar siempre una misma casa; y hé aquí la razon de que hubiera tantas piedras en la esquina de la calle de la Barca. Tenía el Marqués un cocinero que mantenía á una costurerilla á expensas de su señor, que le llevaba todo lo mejor que quedaba despues de comer, y hé aquí cómo se explica que estuviese aquella succulenta comida debajo de la pilastra, donde adquirió las propiedades purgantes.

A pesar de su incuria, habíase apercebido el Marqués de las infidelidades de su cocinero, habíale reñido, pero nada habia adelantado. Otro cualquiera hubiese despedido á este criado, pero el Marqués era muy gloton, y este cocinero le hacia excelentes salsas. Bagueville determinó vigilarle de cerca, y visitar de tiempo en tiempo su despensa y repostaría. El cocinero sostuvo con ventaja esta guerra sorda, cambiando con frecuencia de escondrijos; pero como todos fueron descubiertos, se vió obligado á establecer su depósito fuera del palacio. Toda

una noche pasó abriendo el agujero que ya conocemos. Hacía á él muchos viajes á hurtadillas durante el dia, y cuando ya el almacén estaba repleto, marchaba con una gran cesta llena á pasar la tarde de francachela con sus amigos en casa de su amada.

El Marqués habia dado una gran comida, lo cual habia detenido en el palacio al cocinero más que de costumbre. Despues de marcharse los convidados, el Marqués, en vez de dormir, pasó el tiempo pensando sobre el mejor modo de perderle; sus habitaciones estaban cerca del monton de piedras, y oyó el ruido de la palanca. No podian ser los albañiles, porque no trabajan á tales horas; tampoco podian ser ladrones; ¡qué diablo! nadie se ocupa en robar piedras; esto era, pues, alguna cosa rara, y el Marqués quiso saber á qué atenerse. Tomó una linterna sorda, bajó, buscó como Kinglin, y más afortunado que éste, encontró descubierto el agujero, pero enteramente vacío. Un amante no puede estar en todo, así es que al cocinero se le habia olvidado volver á poner en su sitio la pilastra. El Marqués no sabía qué pensar de este agujero, que no habia visto el dia anterior; aproximó la linterna, y lo examinó bien por todas partes; algunos vestigios de manjares, crema, etc., que halló en el fondo y en las paredes, le dieron la clave del enigma.

Comprendió que su cocinero era incorregible, y se propuso jugarle una pasada de que se habia de

acordar por mucho tiempo. La misma noche en que Kinglin se habia dado al diablo, volvió á ir el Marqués al depósito que ya estaba regularmente provisto, y que encontró con facilidad, por más que estaba perfectamente tapado. Espolvoreó emético y ruibarbo sobre las aves y los bizcochos; y ésta fué la causa de la violenta evacuacion de Kinglin y de su enojo contra el diablo. Paréceme, sin embargo, que léjos de incomodarse contra éste, debia estarle reconocido; porque el diablo no habia de responder á lo que no se le habia preguntado, como es las consecuencias de esta comida, y per tanto, el oráculo se habia cumplido en todas sus partes. Kinglin habia hallado repuesto de víveres que á nadie pertenecian, puesto que el cocinero no tenía ningun derecho á ellos, y el Marqués, proporcionándose el frívolo placer de purgar á aquellos que probasen sus manjares, habia evidentemente renunciado á su propiedad.

Dejemos á M. de Bagueville y á su cocinero arreglarse como mejor puedan, y volvamos al Hotel-Dieu. Kinglin, perfectamente purgado, iba tomando salud para diez años con ayuda de excelentes tónicos y alimentos, que era el remedio único que el médico habia creído necesario y que tenía la doble ventaja de ser muy agradable al paladar y muy barato para el que lo tomaba. Sin embargo, se iba acercando el momento en que habia que salir de un asilo que no se ha establecido para aquellos que dis-

frutan de buena salud, y debia ir pensando en lo que debia hacer. Kinglin habia desistido de los manjares ocultos debajo de las piedras; ademas, no basta la buena comida para satisfacer los deseos de un hombre que puede formarlos sin limitacion alguna. En una palabra, el Breton quiso poseer los medios de procurárselo todo, y preguntó á su demonio en dónde encontraria un tesoro que no perteneciese á nadie. « En las entrañas del monte Cénis hay una mina de oro ignorada de todo el mundo.....—¿Y cómo quieres que la explote?—Como te plazca, eso no me incumbe.—Veamos otro tesoro.—Desde el Perú hasta Groelandia, el oro, la plata y los diamantes de los náufragos son arrastrados por las olas.—¿Y cómo quieres que los saque del fondo del mar?—Esa no es cuestion mia.—Señor Lucifer, basta de tonterías; indicadme un tesoro que pueda apropiármelo.—Un solteron deposita cada dos años en lo más oculto de un bosque el fruto de sus economías.....—Pero este dinero tiene dueño.—Pero éste debe morir de repente esta misma tarde, y como él se oculta á sus colaterales á quienes teme, porque se porta mal con ellos, no tendrán nunca noticia de tal tesoro.—¿Y en dónde está?—Cerca de Burdeos.—Pero me moriré de hambre ántes de llegar al sitio.—Pues señor, arréglatelas como puedas.—Vé y búscame el tesoro.—No hemos convenido en que yo obre, me has pedido el dón de adivinar, le tienes, he cumplido mis obligaciones.

—¡Diablo, diablo! decía Kinglin golpeándose la oreja, con lo cual nada adelantaba, y se paseaba de un extremo á otro de la sala. Siguió paseando hasta que le trajeron su camisa, su chaleco y sus calzones, lo que le fué entregado manifestándole que se necesitaba su plaza para otros. Salió y volvió á su pocilga, la cual habia sido alquilada á nuevo inquilino porque él no la pagaba. Kinglin habia comido bien, y podia pasar sin cenar; hacía una magnífica noche, y cuando nada hay que perder, se duerme perfectamente al raso. Pero ¿y el porvenir? Esto era lo que le atormentaba constantemente, y este porvenir debía comenzar al dia siguiente, á la hora de desayunarse. Anduvo por las calles de París hasta las once de la noche, á cuya hora encontrándose bajo los arcos de una plaza se acostó y se quedó profundamente dormido.

Despertóle ya bastante tarde, un revendedor de billetes de lotería que gritaba: «Hoy sale, hoy.» «Hé aquí, dijo Kinglin, un recurso que me evitará el penetrar en las entrañas del Monte Cenís, en las profundidades del mar, ó hacer un viaje á Burdeos.» Entra en una trapería, vende su chaleco, le dan por él quince sueldos, y pregunta á su diablo qué números van á salir. «7, 32, 49, 65, 81.» Y Kinglin corre á la oficina más próxima y pone doce sueldos á esta quina. El lotero se le rió en sus barbas al entregarle sus números. «Reirá con fundamento el que ría el último, le dijo Kinglin tomando su bi-

llete.» Con los tres sueldos que le quedaban compró una libra de pan, que remojó con dos vasos de tisana, prometiéndose cenar como un príncipe.

Suenan las doce, vuelve su rueda la fortuna, la diosa ciega ha dado sus decretos, y el Diablo ha cumplido fielmente sus compromisos. Los cinco números que salen aseguran á Kinglin una cantidad de setenta y cinco mil libras. Vuelve al despacho de billetes, el lotero no rie ya; aproxima un sillón al hijo mimado de la fortuna, y le dice suspirando que el lote es demasiado gordo, y sólo podrán pagarlo en la administracion central, pero que él se lo arreglará todo. Kinglin ignoraba que los loteros no se limitan al 5 por 100 de beneficio sobre los billetes vendidos, y que desuellan sin piedad al pobre diablo que recobra una vez en su vida una parte insignificante de lo que lleva perdido al más tonto y al más inmoral de todos los juegos. Necesita que aquél se explique con claridad, y Kinglin, que no para todo es imbécil, le mandó á pasear; toma un simon, llega á la administracion, se le entrega la suma, mete los sacos en el coche, y manda que le conduzca bajo los arcos del mercado, casa de M. Rubit, el más afamado y mejor provisto de los prenderos de aquel tiempo.

No se deja así como quiera una suma de setenta y cinco mil libras á un cochero-simon, por más que entre ellos los haya muy honrados, lo cual no es muy comun en París. Kinglin envia al suyo á dar

una batida á los alrededores, y vuelve con sastre, camisera, sombrerero, zapatero, peluquero, etc. Conviértese de repente el simon en un gabinete de peluquería. El Breton está sentado en el fondo del coche, apoyados ambos brazos en los talegos llenos de paquetes de dinero. El peluquero, de rodillas, ya por una portezuela, ya por la otra, le afeita, le acicala, le riza el pelo y le pone polvos blancos. El populacho y los imbéciles se aglomeran en derredor del coche, segun es costumbre en París, donde parece que no han visto el mundo nada más que por un agujero; se chifla, se silba al nuevo potentado, el cual arroja á derecha é izquierda un puñado de escudos, y mientras la *canalla* se precipita, se apiña, se estruja y rueda por el suelo por un escudo más ó ménos, la camisera sucede al peluquero, á ésta el sastre, á éste el zapatero, el sombrerero, y por último, el espadero. Cada cual cumple su cometido á fuerza de tiempo, en la postura más incómoda, pero nadie murmura, porque Kinglin ha dicho que en la paga nunca regatea; y el artesano de París, laborioso y sufrido, se presta á todo durante los seis dias de la semana, con tal que el domingo pueda resarcirse, vistiéndose de limpio, ocultando sus manos negras ó callosas en unos guantes blancos de punto, y echándola de caballero entre la muchedumbre, de la cual es completamente desconocido. Despues de haber dejado vacío en la plaza un saco de doscientos francos, Kinglin mandó que le condu-

jeran á una magnífica fonda que habia visto frente al palacio de su primo el Mariscal de Francia, de quien pensaba burlarse á su vez. Toma las habitaciones más lujosas que dan á la calle, detiene un coche de plaza mientras le arreglan su tren, toma un lacayo que su huésped le presenta, esperando que le proporcione un ayuda de cámara, y manda que le sirvan una comida suntuosa, en la que no hay ningun plato aderezado con emético ni ruibarbo.

No es fácil pasar de una situacion precaria á una brillante posicion sin que se desvanezca algo la cabeza: Kinglin, que la tenía más débil que cualquier otro, la perdió por completo. Se propuso satisfacer todos los caprichos que tuviese, y durante la comida le pasaron una infinidad de ellos por la mollera. Uno de los que más le halagaban era el del amor, que con tan buen éxito habia ensayado en el seminario, y de cuyos placeres podia gozar ahora en toda su intensidad. Despues de haber hablado al levantarse de la mesa con un constructor de coches y con un joyero sobre asuntos de su competencia, satisfizo una necesidad más apremiante aún que la del amor para un corazon apasionado, la necesidad de la venganza. Escribió á su primo el Mariscal de Francia diciéndqle que se habia informado del mal estado de sus negocios, y que, teniendo necesidad de un palacio, desearia que le vendiese el suyo por haber pertenecido, hacia ya más de un siglo, á

la familia, y que por esta consideracion le ofrecia cien mil francos más de su valor.

Os parecerá que el primo Kinglin abarca mucho para un hombre que no posee más que setenta y cinco mil francos; pero habeis de notar que la lotería se juega dos veces al mes, y Kinglin no pensaba jugar la quina á diez sueldos.

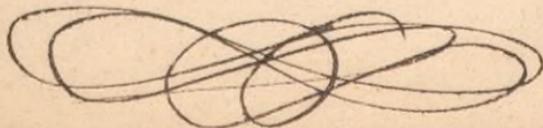
Una idea descabellada va muchas veces asociada á otra idea buena. Despues de haber escrito á su primo el Mariscal de Francia, escribió á su primo el mariscal herrador: «Vos me habeis enviado seis francos cuando yo era pobre, y esto era cuanto podiais hacer, yo os envió cien luises, y esto es ménos de lo que yo puedo; pero podeis pedir sin empacho; mi arca de hierro está á vuestra disposicion.»

Entregadas la suma y las dos cartas, Kinglin se entregó á su placer favorito. Y como presentia que nada se resistiria al dinero, no se tomó la molestia de buscar una mujer que le pudiese amar, y se limitó á preguntar á su demonio dónde encontraria una jóven que le pareciese la más bonita, la más recatada y la más amable de todas las mujeres. El diablo le envió á la comedia francesa, en el palco del rey, y Kinglin, ántes de partir, se echó en los bolsillos una regular cantidad de oro.

No habia en este palco más que dos mujeres, la una ya jamona, y la otra en todo el esplendor de la juventud, y cuyo conjunto pareció á nuestro ena-

morado que reunia todas las gracias imaginables. Kinglin se presentó á estas señoras con ese noble desembarazo que da la opulencia. La jóven le pareció tímida y auguró un éxito soberbio á su empresa; se declaró á ella, y le respondió con un candor que le embelesaba; la modestia unida á la hermosura es más de lo que se necesita para inflamar un corazon que sólo espera una ocasion para entregarse por completo. Nada hay que haga al hombre tan elocuente como una pasion verdadera. Kinglin habló bien, y al finalizar la primera pieza, le pareció que se le oia con cierta complacencia. La tia (así llamaba la jóven á la otra señora), tomó parte en la conversacion, y aparentó que la lisonjeaban los sentimientos que su sobrina inspiraba. Durante el entreacto dejó Kinglin escapar algunas expresiones alusivas al brillante estado de su fortuna; esto en nada podía perjudicar las disposiciones ya favorables de una mujer bonita, y creyó notar que ésta le prestaba más atencion. Al terminar la funcion ofrecióles el brazo. Un carruaje sencillo, pero elegante, esperaba á las señoras á la puerta. Kinglin despidió el suyo, y subió con ellas en carretela; le detuvieron á cenar, y se le sirvió con esa delicadeza que indica la costumbre del gran mundo.

Durante la comida, supo que sus huéspedes eran provincianas, que la tia venía á París sobre un pleito del que dependia toda su fortuna, y que habia aprovechado la ocasion para que su sobrina viese la



capital. Kinglin habia oido decir que no siempre basta el mejor derecho, sea cualquiera la honradez de nuestros magistrados. Juzgó que mil luises no perjudicarian en la mente del relator á la bondad de la causa, y los ofreció francamente. Se le rehusaron con cortesía, pero cierto aire de embarazo le dió á entender que las señoras no estaban bien de intereses. Insistió, se le admitieron, pero á condicion de que aceptaria un obsequio hecho en buenas formas. Para verificarlo se levantó Mad. Latour y pasó á su gabinete, dejando solos á Kinglin y á la encantadora Rosa.

Despues de un empréstito de mil luises, puede un hombre tomarse algunas libertades; Kinglin no se quedó cortó; la inocente las rechazó con firmeza, pero sin enojo: la virtud es siempre bastante fuerte para hacerse respetar por el vicio. Sin embargo, el amor, el vino y los licores fuertes, hacian á Kinglin atrevido como un paje; no era dueño de sí. Rosa, incapaz de armar esos escándalos que perjudican siempre á la reputacion de una mujer, se contentaba con oponer sus manos á los bruscos ataques del temerario; defendiéndose comenzó á caminar hácia atras sobre la cola de su vestido, tropezó en ella, cayó, y.....

La pobre niña lloró al levantarse, y Kinglin enjugó sus lágrimas. Aterrado ante la indignidad de su conducta, suplicó á Rosa que no dejase entretrever nada á su tia, y le juró que se casaria con



ella tan pronto como llenase las formalidades de costumbre. Rosa aparentó tranquilizarse con esta promesa, y se enjugaron sus lindos ojos. Mad. Lattour volvió, no se apercibió de nada, y Kinglin las invitó á comer al día siguiente.

Al entrar en la fonda encontró un oficial á quien su primo el Mariscal de Francia habia encargado que contestase verbalmente á su carta impertinente. La respuesta fué dura en extremo, y Kinglin, que era bravo, y más despues de ser rico, cerró su puerta, tiró de la espada, por más que ni siquiera sabía ponerse en guardia, y recibió en el brazo una herida, que fué para él gran fortuna no recibirla en otra parte. Su herida le desesperaba, porque podia retrasar un matrimonio cuya dulce expectativa le tenia vuelto el juicio. Nada cambió de las resoluciones tomadas para el día siguiente, porque se puede comer perfectamente con un brazo acuchillado; éste es quizá un medio de parecer más interesante.

La comida fué en parte alegre, en parte sentimental. Despues, haciendo Rosa de secretaria, escribió una exposicion que mandó con un lacayo á la curia, en cuyo documento manifestaba que, teniendo promesa hecha y palabra dada de devolver su honor á una jóven respetable, y como su herida podia tener funestas consecuencias, pedia dispensa de las amonestaciones. Como tales dispensas se pagaban bien, el provisor las concedia siempre, con

tal que la demanda se fundase en algun pretexto plausible. El lacayo volvió con la expedicion en buena forma. Sólo faltaban cuatro dias para que se efectuase tan deseado enlace. Rosa y Kinglin vivian en un mundo de ilusiones y delicias. Mad. Lattour compartia con ellos sinceramente su satisfaccion; separáronse con gran pena prometiendo volver á reunirse al dia siguiente, y se pasó el tiempo arreglando con la mayor elegancia la casa de Mad. de Kinglin.

Apasionado el futuro esposo de su bella, renunciaba en obsequio de ésta todos los proyectos de engrandecimiento que por tanto tiempo habia soñado. No veia la dicha sino en la union de dos corazones, y no deseaba conocer el porvenir sino para colmar á su esposa de todos los dones de la fortuna. Adivinó los números que debian salir en la próxima extraccion y jugó la mayor suma que se puede poner á una quina. A esta operacion sucedieron los festines, las dulces expansiones, regalos de toda especie, y como última prueba de confianza y estimacion, les entregó la administracion de sus bienes; por último, el dia muy largo al que debia seguir el más dichoso, Kinglin, cuya herida iba bien, salió á pesar de las tiernas caricias de Rosa á comprar un rico aderezo, que debia proporcionar una última y agradable sorpresa, y se avisó al notario para aquella tarde.

Despues de haber comprado y pagado todo lo

necesario, no restaban á Kinglin más que una docena de miles de francos; pero la lotería iba á traerle millones, y se proponia prodigar constantemente el oro, y colmar de beneficios á la que le colmaba de placeres. Volvió, trayendo en el bolsillo el aderezo, ansioso de ver á Rosa adornada y embellecida con sus diamantes. Entra..... nadie. Rosa, su tia, los criados, todo ha desaparecido. Pregunta al dueño de la casa. Le responde que las señoras y sus criados le esperan en el palacio que ha comprado, y en el que se ha de instalar aquella misma tarde. Kinglin, que no habia pensado siquiera en ello, comienza á comprender que allí hay gato encerrado. Va á su armario: su caja habia desaparecido con las señoras, y, en vez de dinero, encuentra un billete. «Cuando una muchacha da con un papanatas, le engaña, es una regla general. ¡Que aprovecheis la leccion, señor de Kinglin!»

Kinglin jura, blasfema, rabia, echa espuma; pero no es esto todo, sino que se siente mal, muy mal...., y la emprende con el diablo que le ha engañado tan miserablemente. «Te he respondido, y te responderé siempre, con arreglo á lo que me preguntes. — ¿Y te habia preguntado ahora por una ramera? — Me preguntaste dónde encontrarías una jóven que te pareciese la más bonita, la más inocente y la más amable de todas las mujeres. Rosa te ha parecido encantadora, Rosa te ha parecido animada de los sentimientos más puros, tiernos y afectuosos,

luego Rosa era la que reunía las circunstancias de la mujer que tú pedías. Pero ¿y el honor, y la moralidad y la delicadeza?—¿Has pensado tú acaso en nada de eso?—¿Y qué es lo mejor que puedo y debo hacer ahora?—Tomar purgantes, refrescos y píldoras. —¡Píldoras! ¿y mi dinero? Se ha perdido.—No es esto lo que más siento, sino la pasada que me han jugado! Es necesario que tome de ello venganza, que despoje á la pérfida. ¿Dónde la podré hallar?—En el Palais-Royal. —¿Qué hace allí?— Burlarse de tí con un profesor de esgrima de quien habia hecho uno de tus criados, el cual la ayudó á despojarte. — ¡Un profesor de esgrima! me matará. Mejor es pedir á la policía que se me haga justicia. —¿Y de qué? No sabes tú que en un país bien gobernado es permitido arruinarse por una *arrimada*, pero está prohibido terminantemente recogerla nada, aunque por ella hayan venido á la miseria una mujer y diez hijos?— ¡Bonita costumbre!—Es la vuestra, y sin embargo, os creis el pueblo más culto de la tierra.

—Ea, pues, ya que nos hemos puesto á hablar, dime los móviles de la conducta de esta jóven, porque me parecen inexplicables. Me ha estafado treinta y cuatro mil francos; pero si hubiera permanecido conmigo siquiera un año se hubiera colmado de oro.—Le eras insoportable.—¡Bah!—Y la firma del contrato la preocupaba mucho. Para conservar el nombre con que se te ha presentado, tenía que

firmar con nombre supuesto, y por este delito se vá á la horca.—Esto es lo que la deseo. Y lo que la sucederá cualquier dia.

Afortunadamente Kinglin tenía en el bolsillo el billete de la lotería, de que indudablemente se hubiera apoderado Rosita, si su futuro hubiese juzgado conveniente confesarle su comercio con el diablo y los medios de procurarse dinero. Semejante indiscrecion le hubiera puesto en los mayores apuros, porque sólo le quedaban diez luises, y el hábito de ganar sin trabajo, y el de pensar y gastar sin tino, que se contraen tan fácilmente, le hubieran hecho muy duras las privaciones que él no creia volver á experimentar nunca, cuales hubiera tenido que soportar hasta la segunda extraccion. Esperó la primera, contrayendo deudas, y sin más gastos que los que le proporcionaba la triste y útil compañía de su cirujano que, perfectamente de acuerdo con el diablo en cuanto á los medicamentos, se los hacía tomar á porrillo.

Llegó el momento en que debia elevarse á un grado de opulencia desconocida áun de los príncipes de sangre real. Con sumo gozo fué segunda vez á la administracion general, enteramente confiado en la veracidad de su demonio. Era esperado por algunos de esos señores á quienes se guardan muchas consideraciones y que no se les desea encontrar en ninguna parte.

Apénas habian salido los cinco números, cuando

el lotero, asustado por la enorme cantidad que habia ganado Kinglin, llamó aparte al jefe de policía y á los administradores generales, y les manifestó que habia que pagar doce millones de libras á un hombre á quien se acababan de entregar setenta y cinco mil francos, que tenía la manía de jugar á *quina seca*, y la suerte de ganar siempre. El jefe de policía, que adivinaba todo lo que se le decia, comprendió que un tal jugador arruinaria la Lotería y agotaria el tesoro de Su Majestad en cuatro extracciones; de consiguiente, teniendo precision de retirarse, dió órdenes terminantes á cinco ó seis de los señores á quien nos referíamos anteriormente.

Kinglin entró en las oficinas con aire triunfante; miraba con cierta complacencia á doce ó quince mozos de cuerda, que debian, á treinta sueldos por cabeza, ir agobiados bajo el peso de la más considerable suma que jamas habia poseido un particular. Exhibió su billete con aire satisfecho; el administrador que le tomó, hizolo mil pedazos; los cinco ó seis señores le cogieron de los brazos y las piernas, y, sin consideracion ni miramiento alguno, lo metieron en un simon, asegurando á los que se encontraban al paso, que Kinglin era un pobre loco que pretendia se le pagase una quina sin haber jugado á la lotería, y que le llevaban á Charrenton.

En este hospital fué tratado con arreglo á los datos que suministraron los agentes de policía. Se le

prodigaban baños y medicinas. Cuanto más se le atormentaba, más se desataba en injurias y denuestos contra los pillos que rompen los billetes buenos, y hacen poner á los que ganan á buen recaudo. Cuanto más hablaba de su quina más baños y medicinas se le propinaban; aumentáronsele de tal modo, que Kinglin, exasperado, molió á palos á dos hermanos de la Caridad. Acudió á los gritos toda la comunidad, y se arrojaron todos sobre el infeliz Breton; lo sujetaron, lo maniataron, le dieron de latigazos hasta hacer que brotára la sangre, y se le arrojó desnudo en el fondo de un calabozo.

— Debo confesar que soy muy desgraciado, y que yo mismo soy la causa de mi infortunio. Cuando cultivaba la tierra, estaba descontento de mi suerte; buscando la felicidad en el porvenir, he tenido la manía de ser duque de Bretaña, mariscal de Francia, intendente, papa; se han burlado de mí en Rennes, me he visto obligado á vender mis camisas para vivir, é hice que me arrojasen del seminario. Ese porvenir, cuyo conocimiento era el objeto de todas mis aspiraciones, se presenta por fin ante mis ojos: he estado á punto de ser envenenado con un emético, he recibido una cuchillada, una jóven me roba á la vez mi salud y mi dinero, y por último, se me encierra en Charenton, se me dá de latigazos y se me cura de una enfermedad que no padezco. Justo castigo por haberme metido á hechicero! ¿Tenía yo necesidad de saber otra cosa, sino que la tierra sus-

tenta al que la trabaja? ¿y no he sido, en efecto, un loco, en el mero hecho de no haber continuado comiendo mi pan negro y mis habichuelas?

Estas reflexiones, muy juiciosas pero muy tardías, no evitaban á Kinglin que le diesen de latigazos dos veces al dia y le bañáran cuatro. Su cuerpo era una pura llaga y su razon comenzaba verdaderamente á flaquear. Cien veces habia rogado, suplicado, conjurado á su demonio para que le sacase de allí, y éste, siempre lacónico, le habia contestado otras tantas: «*No hemos convenido en que yo habia de obrar.*»

—Pues si no quieres obrar, díme al ménos cuando saldré de aquí. — Cuando escribas al lugar teniente de policía. — ¿Y qué le tengo de escribir? — Que has tenido efectivamente trastornada tu razon, pero que los caritativos cuidados de estos hermanos te la han devuelto, que la prueba más segura que de ello puedes darle, es la de declarar, como declaras, que no has jugado á la lotería; que renuncias á la suma exorbitante que tuviste la extravagancia de pedir con modales indecentes, y que esperas que su señoría se digne ponerte en libertad. — ¡Cómo! es necesario que aquél á quien se roba, se encierra y maltrata, se baje á pedir gracia! — Ó continúe recibiendo baños y latigazos. ¿No comprendes que eres una víctima que el interés del Estado exige se le sacrifique? Escribamos, contestó Kinglin suspirando.

No se proporciona fácilmente á un loco, á quien ni siquiera se escucha, pluma, papel y tintero. Kinglin fué azotado todavía cuatro dias ántes de hallar ocasion propicia para manifestar al superior que deseaba escribir al lugarteniente de policía.

Cuando el superior vió á este pobre diablo dócil como un borrego y renunciando á su quina, se aplaudió á sí mismo la feliz idea de haberle propinado baños y latigazos, y consideraba esta cura como una de las más notables que se habian hecho en la casa. Proporcionó al paciente cuanto necesitaba para la carta y mandó adjunta otra de su puño y letra, en la que se extendia con gran complacencia, enumerando los medios curativos que habia empleado y sus excelentes resultados. Concluia dando fe, con el más profundo respeto, que su prisionero tenía tan sano su espíritu como él mismo. El lugarteniente de policía se rió en sus barbas de la vanidad y de los pretendidos talentos del buen superior; firmó la salida de Kinglin, y ordenó al encargado de echarle fuera que en voz baja le prohibiese el volver á jugar la quina seca, ni aún el terno, so pena de ser encerrado en Bicetre y estrangulado en un calabozo.

Esto no quiere decir que el lugarteniente de policía, que no era hechicero, creyese en la existencia de los que se apellidan tales: temia la suerte del Breton, y como en la lotería deben estar todas las ventajas de parte del Gobierno, es necesario hacer

de manera que pierdan todos los jugadores, lo cual sucede con mucha frecuencia.

La prohibicion expresa del lugarteniente de policía era inútil. Kinglin se habia alejado de todos los juegos que llevan á Charenton, y pensó elevarse á una posicion bastante encumbrada para no temer la autoridad arbitraria de los empleados, que no la ejercen por punto general sino contra los pobres que no tienen en la sociedad persona de arraigo que los proteja y defienda. Quiso ser príncipe de sangre con una renta considerable. El diablo le demostró que su poder no llegaba hasta el punto de hacer que aquél dejase de ser hijo de Jerónimo Kinglin, y que no habria genealogista que pudiese agregarle á la raza de los Borbones, ya demasiado fecunda en pensionistas. Kinglin quiso ser al ménos arrendatario general; el diablo le respondió que nada más fácil, mediante un regalo de alguna consideracion al registrador general, y una gran bota de vino á la compañía, lo cual podria pagar con el producto de la primera quina. Kinglin hizo un gesto y guardó silencio por un momento.

—Pardiez, exclamó, soy un animal al limitarme á los rangos inferiores, siendo así que no me es difícil ocupar el más elevado. Un reino no se compra; de modo que ninguna dificultad hay para que yo sea rey de Francia. Seré el primero de mi raza, porque todo tiene un comienzo, y una vez en el trono, jugaré á la lotería cuantas veces quiera, y

enviaré á su vez á Charenton al lugarteniente de policía, y le haré azotar, lo mismo que á todos los hermanos azotadores. — Veamos, ¿cómo se arregla uno para ser usurpador? — Es necesario ser afortunado, y tú no lo eres. Es necesario poseer grandes cualidades, y las tuyas son todas pequeñas. — ¡Ah! decís lo que os agrada. — ¿Eres tú acaso un general experimentado? ¿Gozas la estimacion de toda la nacion, y la consideracion de las potencias extrangeras? ¿Tienes talento para ver y obrar en todo con elevacion y grandeza? ¿Tienes tú acaso un partido considerable, riquezas ó crédito? Cuando tengas todo esto, te diré, si me preguntas: preséntate y juega con cartas iguales tu cabeza contra una corona. — ¿Cómo? ¿Cuesta la cabeza á los que no la consiguen? Esto es aún peor que ganar la quina. Dime, pues, que debo hacer, porque sabes que me obliga tomar una resolcion. — Tú sabes tambien que yo no me he comprometido á aconsejarte.»

Kinglin empleó algunos dias en pasar revista á todas las profesiones honrosas ó lucrativas de la sociedad, y su diablo le probó con razonamientos claros y sólidos que no era apto para ninguna. Kinglin, testarudo como un Breton, se incomodaba con su diablo, que sostenia sus juicios con tenacidad é imperturbable sangre fria.

Kinglin no reflexionaba, y sólo veía que sus diezluis disminuían á cada nuevo proyecto, por el tiempo que le hacia perder, y por los gastos que

trae consigo la ociosidad. No podia tardar en vender el reloj y una bonita sortija, tristes restos de un momento de esplendor, que no se habian atrevido á retenerle en Charenton; y no por eso dejaba de formar castillos en el aire.

Como no tenía medio para pagar sus deudas, no habia vuelto á su fonda; y como no es cosa muy divertida ocuparse los dias enteros pensando en sus majaderías y entreteniéndose con el diablo, Kinglin habia trabado amistad con un jóven que imprimia calendarios de Lieja y de París, en la calle de Santiago. Aseguró el impresor que se vendian cuarenta mil cada año, por más que estuviese atestado de mentiras y sandeces. ¡Cuántos se venderian si lo hiciese yo, que anunciaria con suma precision el buen tiempo y el malo, la paz y la guerra, y hasta los nacimientos y defunciones! Su imaginacion se exalta con esta sola idea. Le quedan siete luses; puede sacar cuarenta de su reloj y su sortija; con esto sobra para comprar una prensa y papel; propone al jóven impresor una asociacion haciendo aquél los anticipos. Éste, que nada tiene que perder, acepta las proposiciones de Kinglin, sin preocuparse de si sacarian los gastos; y hé aquí al que hace poco aspiraba á ser duque de Bretaña, papa, condestable, mariscal de Francia, intendente, principe de sangre, arrendador general y rey, autor y editor, en una boardilla, de un calendario dictado por el diablo.

Ademas del calor, del frio, del viento, de la lluvia, del granizo, de los eclipses de sol y luna, predijo el terremoto que medio arruinó á Lisboa, Setúbal, Fez y Mequinez, predijo la guerra que iba á ensangrentar el globo, y que rugia bajo nuestros piés; anunció la pérdida del Canadá, la toma del puerto de Mahon, el suplicio del almirante Big, la gloria de Federico, la derrota de Rosbach, las de Minden y Crevelt, la muerte del Conde de Gisors, la muerte gloriosa del Caballero Assas, la herida del Príncipe de Brunswick, etc., etc. No se necesitaba tanto para que un almanaque adquiriese reputacion; sin embargo, éste no se vendia, porque no tenía la cubierta de papel azul, y porque no era hechura del señor *Mateo Laensberg*, célebre astrónomo, ni contenía ninguno de esos cuentecitos que divierten á las criadas y niños, y se presentaba la verdad en el estilo de Kinglin, desnuda de adornos que la hacen llevadera á las personas que no son hechiceras; no se vendia, por último, porque no era el almanaque de moda.

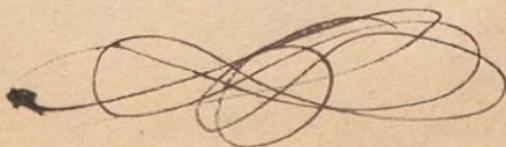
Kinglin y su jóven impresor se desconsolaban al verse á las puertas de la miseria. Kinglin preguntó á su demonio qué debería hacer para despachar la edicion. «Esperad, le respondió el diablo. Todos los hombres corren tras de la mentira; los necios temen la luz, los viejos la rechazan. Galileo ha muerto en los calabozos de la Inquisicion por haber adivinado el movimiento de la tierra alrededor del sol.»

Sucedió, pues, que un tahonero que estaba aprendiendo á leer y al que era indiferente la calidad del libro de que se habia de servir, dió á Kinglin un panecillo por un ejemplar de su almanaque diabólico: Conforme se iban verificando las variaciones atmosféricas en la hora y punto predichos en el almanaque, se aumentaba en el panadero la admiracion y el respeto. Ensalzó su almanaque á su amo y á su ama, que se le burlaron en sus barbas, porque el amo era un borrachon, y Kinglin anunciaba que se helarian las viñas; y el ama echaba las cartas, y se creia superior á todos los confeccionadores de almanaques nacidos y por nacer. Mas la incredulidad cedió á la evidencia, cuando la *Gaceta de Francia* dió cuenta del desastre de Lisboa. El *vecindario* regaló un *Kinglin* á su casero, el casero á un compadre suyo, el compadre á su futura, la futura á su confesor y el confesor á su arzobispo. Éste; admirado de la conformidad de las predicciones con los acontecimientos, mandó prohibir desde el púlpito el almanaque, como una produccion del espíritu maligno, y lanzó los rayos de la Iglesia contra cualquiera que osase leerlo. Desde este momento, los parisienses, dignos hijos del primer hombre, corriendo, como éste, tras la fruta del árbol prohibido, se aglomeraron en casa de Kinglin, burlándose de una religion vetusta, que si no ha muerto ya, lo debe al vigor que la persecucion revolucionaria le ha dado. Agotáronse en seis semanas cuatro

ediciones del famoso almanaque, y el público olvidó por algún tiempo al señor *Mateo Laensberg*, y áun al señor *Nostradamus*.

Preparaban alegremente el autor y su asociado el almanaque del año siguiente. Ya habia escrito Kinglin que M. de la Touche, oficial poco conocido, sería sitiado en Pondichery por un ejército de ochenta mil hombres; que, seguido de trescientos franceses, penetraría por la noche en el campamento enemigo, mataría mil trescientos hombres y no perdería más que dos de los suyos; que llenaría de espanto á los enemigos y dispersaría su ejército por completo; anunciaba la catástrofe del desgraciado Lalli, la pérdida de Chandernagor, de la Corea, de Quebec, de la Martinica y la ruina del comercio francés en las dos Indias. Proponíase imprimir esta obra en papel vitela, adornarla con viñetas grabadas por Longueill, y encuadernar en tafilete quinientos ejemplares para uso de la corte, que debía lisonjearse con tales predicciones, cuando un incidente por él imprevisto, aunque divino, dió en tierra con su gloriosa y lucrativa especulacion.

Desde la mariscala de Anere, tan hechicera como Kinglin, no se habia quemado ningun hechicero en Francia, por más que nada sea tan agradable á los ojos de Dios, ni tan á propósito para reanimar la fe, como esta edificante ceremonia. El Arzobispo de París, ardiente y celoso teólogo, que negaba los sacramentos y la sepultura á sus hermanos en Jesu-



cristo que no aceptaban *in articulo mortis* la bula *Unigenitus*, que ni ellos entendian, ni el prelado tampoco; pensó, digo, este Arzobispo, que nada daría tanta consideracion al clero, ni mortificaría tanto á la córte, con la que estaba muy mal, como él quemar, *de parte de Dios*, á un confeccionador de almanagues. Puso un escrito contra Kinglin, que dirigió al Parlamento á la sazón reunido. Este escrito, absurdo en el fondo y en la forma, no podía ser bien acogido sino en un tiempo en que la magistratura afectaba despreciar la autoridad del rey, que se esforzaba para disipar por medio de la dulzura las facciones supersticiosas y las locas pretensiones de los tribunales de justicia. Se dictó auto de prision contra Kinglin, y hubiera sido éste efectivamente asado, si el Arzobispo no hubiese impreso su denuncia, considerándole como una obra maestra, muy á propósito para preparar á los fieles al espectáculo que pensaba proporcionarles.

El hermano del compañero de Kinglin, que era también impresor de oficio, trabajaba en la imprenta nacional. Corrió á advertir á los asociados del peligro que les amenazaba; áun era tiempo. Acababa de expedirse el decreto; el almanaque indicaba el domicilio del autor, los sabuesos de la justicia se disponían á cumplir su misión. Kinglin y su amigo se dividieron trescientos luises; y como un hombre se oculta con más facilidad que dos, separáronse, llevando cada cual su lío debajo del bra-

zo, y fueron á buscar otro albergue y á tomar otro nombre.

Kinglin, despues de haber reflexionado un momento, tembló ante la idea del suplicio á que le habia expuesto el conocimiento del porvenir. Dirigió nuevos cargos á su demonio, que no le advertia nunca de los accidentes que acompañaban á todas sus empresas; á lo que tambien le respondió el demonio, que él no se habia comprometido á aconsejar ni á obrar. «¿Pues para qué me sirve entónces el arte de adivinar?—Para hacer tonterías, como las harán todos aquellos que quieran traspasar los límites que les ha impuesto la naturaleza, y para ser más desgraciado que cuando te conducias por el instinto de que te dotó ésta.»

Kinglin, que llevaba á mal que el diablo no le advirtiese las cosas más sencillas, no pensó nunca en consultarle sobre el asunto más importante. En vez de desear cosas inútiles ó perjudiciales, hubiera podido preguntarle por qué medios recobraría la paz del alma, primer bien de la vida, del que los hombres tan poco se preocupan. Debió su salvacion á que los ujieres fueron ménos listos que los agentes de policia. Kinglin, considerado como hechicero, debia, segun ellos, tener cierto aire siniestro, la mirada torva, erizado el cabello, las uñas largas y en forma de garfios; como autor, vestidos raidos, vientre lánguido, mejillas descarnadas. En el corto tiempo que habia gozado de paz y de abundancia,

se había puesto algo grueso, su traje limpio y decente desorientaba á los alguaciles, y casi todos los dias pasaba al lado de alguno sin ser notado. No por esto dejaba de ser el hombre más desgraciado. Cuando se acordaba de la hoguera, creia ver alguaciles en todos los transeuntes; miraba con inquietud en derredor suyo; si álguien se fijaba en él, corria como un desatentado; el ruido del viento no le dejaba dormir, y cuando lo conseguia, los ensueños más horribles hacian que despertára sobresaltado.

Otras veces, semejante al avestruz, que cree que el cazador le ha perdido de vista porque él ha metido la cabeza en un agujero, se persuadia de que bastaba haber cambiado de domicilio y de nombre para no ser descubierto. Procuraba no pensar en su triste situacion. Frecuentaba los espectáculos, los bailes, los paseos, en donde no se pensaria en buscarle, porque todo el mundo sabe que los placeres inocentes producen en el hechicero el mismo efecto que el agua en los perros rabiosos.

Estaba un dia en la comedia francesa. Se iba á representar una pieza nueva del autor en moda, porque la moda en Francia se extiende hasta al espíritu, y habia ya mucho tiempo que no se representaba nada del autor del *Misántropo*. Cuando en esta pieza no toma parte el actor del dia, aunque los demas sean buenos, ya puede la compañía irse á paseo, y los actores se ven obligados á expender los billetes entre sus sastres, su modista, sus parientes y sus acreedores.

Este día había una concurrencia inmensa. Los amigos del autor, las mujeres bonitas á quienes éste había dirigido madrigales, otras más bonitas aún que habían oído con benevolencia la lectura de la obra, los entusiastas de la escena francesa y los alabarderos, colocados y agrupados con arte en todos los ángulos del teatro, preconizaban la obra maestra que se iba á representar, disponiendo á todos los que les rodeaban á que les pareciese admirable, y no vacilaban en colocar al autor sobre Molière, á quien es más fácil, y sería más prudente admirar que pretender igualar.

Para contrarrestar estos corrillos, se habían extendido por todas partes como un hormiguero los estudiantes, que nada les parece bueno, después de Plauto, Aristófanes y Terencio; los jóvenes, que todo les parece malo, porque es más cómodo reprobear sin distinción, que criticar con justicia y aplaudir con discernimiento; además los autores rivales, los silbados, que por medio de sarcasmos disfrazados con cierta apariencia de imparcialidad, preparan la caída de sus compañeros; las personas extrañas al arte, que van á la comedia para hablar allí de sus negocios, de caza, de caballos, á desenredar una intriga ó á conducirla á su fin.

Entre aquel cúmulo de personas animadas por tan diversos afectos, y hablando de modos tan diferentes de la nueva obra, Kinglin no sabía qué opinión adoptar; pero el amor propio pide que se fór-

me una que subyugue, por decirlo así, á todas las demas, y á nuestro confeccionador de almanaques le halagaba la idea de pronunciar el fallo definitivo sobre la suerte de una pieza, que aún no se habia representado. Kinglin consultó á su oráculo ordinario, y con arreglo á su respuesta, anunció que la pieza haria fiasco. Un autor desdichado, que se consolaba de su nulidad con las desgracias de los demas, sonrió á Kinglin con muestras de simpatía. Un chico cervecero, primo de la cocinera del poeta que iba á ser juzgado, aplicó un vigoroso taconazo en el pié al profeta, jurando que la pieza era excelente, y que tendria buen éxito á pesar de todas las cábalas. Kinglin, que no era sufrido, contestó al primo con un soberbio puñetazo en un ojo; el primo le asió por los cabellos y lo arrojó debajo de la banquetta; el guardia, que le importaba lo mismo que triunfase un partido que otro, pero que estaba allí para mantener el órden, quiso detener á los dos campeones. El cervecero se apoderó de un fusil viejo, le cogió por el cañon con ambas manos, y asentaba enormes culatazos en la cabeza de aquel que se le aproximaba, y consiguiendo escaparse de este modo; los demas se arrojaron sobre Kinglin embarrizado por las piernas de sus vecinos, le molieron á coces y porrazos, le encerraron en el cuerpo de guardia, de donde, segun le notificó un sargento, no saldria hasta que terminase la funcion.

A Kinglin le parecia cosa muy extraña que, des-

pues de haber pagado su dinero, no pudiese divertirse sino en la forma que los demas estimasen conveniente. Y lo que peor le supo fué que los soldados, pagados de fondos públicos, le moliesen á porrazos sin razon alguna, estando entre los paisanos y en un lugar destinado al placer; y preguntó á su diablo la causa de esto. «Consiste en que el hombre es malo por naturaleza, tiene una tendencia constante á oprimir, y sólo el sentimiento de su debilidad es el que le hace guardar consideraciones á los demas. Los soldados, cuyo oficio es matar, y los muchachos cervecedores vigorosos y groseros, no deben reconocer más derecho que la fuerza.»

Miéntras que el diablo filosofaba á propósito de un billete de comedia, Kinglin fué vengado, y se calmó su mal humor por el ruido de la grita y los silbidos que llegaba hasta él. Los espectadores del paraíso, á quienes el autor no habia dedicado madrigales, no permitieron que la pieza concluyese, á despecho de las mujeres encantadoras, de los amigos del poeta y de los alabarderos, que gritaban con toda la fuerza de sus pulmones: «*Abajo la cábala*»; á pesar de la calma imperturbable de los actores, que esperaron media hora el momento de continuar, fué necesario que el genio se dejase cortar las alas; el telon cayó; Kinglin salió del cuerpo de guardia y olvidó los porrazos que habia recibido, repitiendo con aire triunfante á todo el que encontraba: «Si lo habia yo dicho.»

Desfilaba por la calle del Delfinado, tarareando un aire nacional, cuando un hombre se acercó y le dijo al oído: «Entrad, caballero, la sociedad es soberbia.—Acabo de ser apaleado y arrestado en buena compañía; pudiera aquí sucederme algo peor. Quiero preverlo todo en adelante, y preguntar á mi diablo las consecuencias de todos mis pasos.» Preguntóle qué encontraría en aquella casa. «La fortuna.—¿Y cuándo salga?—Un sueño tranquilo.—¿Y mañana?—La fortuna.—Sea en buen hora, entremos.» Entra; encuentra una sala muy bien amueblada, y alumbrada; un mostrador donde se dan refrescos *gratis* y con mucha cortesía; una mesa larga cubierta con un tapete verde, al rededor de la cual están, de pié unos y sentados otros, una porcion de hombres, unos de buen humor y otros de mal talante. En medio de la mesa hay un caballero que tiene delante de sí grandes montones de plata, carros de monedas de oro y la baraja en la mano. Kinglin mira por algun tiempo, comprende la marcha del juego, y no necesita de la intervencion de su diablo para adivinar la causa de la tristeza y la alegría que pasan alternativamente de uno á otro semblante.

Un jóven de simpática figura jugaba con pasion y perdia sumas considerables. Sufria tanto más cuanto hacia mayores esfuerzos para no dejarlo entrever á los demas. Sin embargo, su pecho se levantaba, los músculos de su rostro se agitaban con movimientos

convulsivos, sus ojos inflamados no buscaban ni se fijaban en otra cosa que en las cartas y en el oro: algunas veces se volvian al cielo. «¿Quién ha podido, preguntó Kinglin á su diablo, inventar este horroroso vicio?—Yo, pardiez.—¿Y quién ha inducido á los hombres á considerarle como un juego?—Tambien yo.—Tú eres, pues, el que los conduces al asesinato, al suicidio, al envenenamiento, al parricidio, á todos los crímenes hijos de un furor desatentado?—¿Qué, aún no has reconocido la mano enemiga y poderosa que conduce al género humano á estos excesos? Éste es nuestro entretenimiento, y tú eres un estúpido.»

Aunque ofendido por este apóstrofe impertinente, sobre todo tratándose de un hidalgo breton, Kinglin creyó deber perdonarle esta acrimonia por salvar la fortuna y quizá la vida de aquel por quien se interesaba. Aproximóse á él, y preguntando á su diablo, tan amistosamente como si éste le hubiera echado una flor, indicaba al jóven á cada tirada las cartas que habian de ganar, el cual se encogia de hombros, ponía á la contraria, perdía siempre, y cansado de oír consejos saludables, que, decia, desbarataban sus combinaciones, por más que no tuviese ninguna, hizolos cesar bruscamente por un «¡Eh! e... , caballero, mezclaos en vuestros asuntos.»

Kinglin, estupefacto de ver la obstinacion de este jóven, pasó al otro lado sin replicarle una palabra. Segun las apariencias, dijo para sí, no me reci-

rán mejor los demas; así callemos, y para pasar el tiempo de una manera útil y agradable, veamos lo que pasa en el interior de algunos individuos cuyas figuras anuncian una pasión desenfrenada, y sepamos cómo han de concluir.

Al fin de este monólogo, el joven que respondía tan mal á la benevolencia que se le manifestaba, se levantó con aire furioso, y salió: «Adónde va? preguntó Kinglin á su demonio.—A ahogarse.—Voy á impedirlo.—Guárdate de intentarlo; esto es lo mejor que puede hacer.—¿Por qué? La juventud tiene siempre recursos.—Ninguno, cuando ha perdido el honor.» Y el diablo hizo saber á Kinglin que este joven habia comenzado por perder todo cuanto poseía, y que la esperanza de recobrar su fortuna le habia impulsado á arriesgar el importe de varias letras de cambio que le habia confiado un negociante de quien era aquel comisionado, y cuya totalidad acababa de pasar á manos del banquero. «Tienes razón, dijo Kinglin, que se ahogue; la muerte es el único asilo que le queda contra la infamia.»

¿Quién es ese camastron que lo mismo ríe cuando pierde que cuando gana, que no sabe á qué lado de la espalda cargar la melena de su peluca, y que atraviesa la espada entre las piernas de sus vecinos?

—Es un canónigo de Nuestra Señora, que no puede jugar en su claustro, y se disfraza para venir aquí, donde pierde todos los años la mitad de su prebenda, y se come alegremente la otra mitad.

con dos amas de gobierno, de las cuales la mayor tiene veinte y dos años.

—Yo creía que la buena para un eclesiástico había de pasar de cuarenta.

—Esto le ha hecho notar el Arzobispo, pero el canónigo ha respondido á su eminencia que había tomado un ama de gobierno en dos volúmenes.

—¿Y este otro que se muerde los puños y se arranca mechones de pelo?

—Es un notario que ha recibido un depósito que debía para él ser sagrado: va á perder hasta el último céntimo, y despues al entrar en su gabinete se levantará la tapa de los sesos.

—¿Por qué destroza ese oficial de caballería los galones de su traje?

—Porque le han entregado ochenta mil francos para la remonta, y el banquero casi ha dejado ya á pié al regimiento. Este oficial deshonorado se ocultará, vendrá á la miseria, se reunirá con hombres de mal vivir, robará, asesinará, y será descuartizado vivo.

—¡Qué horrores! ¿Por qué tiene ese jovencillo tanta calma y sangre fría?

—Ese comienza ahora á jugar y no pierde más que cantidades insignificantes. Muy pronto robará á su padre, luégo le asesinará para satisfacer libremente una pasión que le dominará por completo. Extraviado, fuera de sí, irá á entregarse á la justicia, y en un momento de vergüenza, de dolor y de remordimientos, se ahorcará en su prision.

- Qué, ¿estas personas son malas por naturaleza?
- Nada de eso. Son ciegos que encuentran á sus piés un abismo y se precipitan al fondo.
- ¡Y deja el Gobierno el abismo abierto!
- Necesita dinero, y el banquero se lo proporciona.
- Este banquero es un pillo.
- ¿Y los que le autorizan?
- ¿Que me sucederá si digo en alta voz todo lo que sé y pienso?
- Te pudrirás en un calabozo en la Bastilla.
- Me callo.
- Me parece, dijo Kinglin despues de reflexionar un momento, que no haria mal ganando á ese bribon banquero lo que ha robado á esos desgraciados, puesto que no puedo impedir su ruina: no está prohibido recoger lo que un insensato arroja por la ventana.
- Dos palabras ántes de poner manos á la obra: tengo aún tiempo para hacer que pase todo ese dinero del tapete á mi bolsillo, y cuanto más se pierda más ganaré. ¿Quién es ese jóven que arriesga temblando sus luises, que palpita miétras se tiran las cartas, que parece tan dolorosamente afectado, y que tiene, sin embargo, una gran suma delante de sí?— Es un hombre muy bien educado, amable, espiritual, honrado, que ha firmado ayer su contrato matrimonial con una jóven á quien adora, y de quien es amado con ternura. Ha recibido la dote, que iba á colocar ventajosamente, cuando se ha en-

contrado con uno que se finge ser amigo, y al que paga la banca para que traiga bobos. Este tuno le ha engañado para hacerle entrar aquí. Es la primera vez que viene, y ha jugado algunos luses por distraerse. Hase ido acalorando insensiblemente, y en este momento su único deseo es recobrar lo que ha perdido.—¿Y no jugará más si le restablezco su dote?—Es incapaz de ello.—Hagamos una buena obra. ¡Ah! ¡El Gobierno no quiere cerrar estos garitos! Yo los cerraré levantando todas las bancas.

«Escuchad, caballero, dijo Kinglin al jóven, este juego que vos no conocéis se parece bastante á la lotería, que yo conozco demasiado. Ambos son una especie de *impuestos sobre las malas cabezas*. Sois responsable á vuestro suegro de la fortuna de su hija, y de la vuestra lo sois á vuestros futuros hijos. No arriesgueis nada más, y en unas cuantas puestas os dejaré sólo el recuerdo de la tormenta que se desencadenaba sobre vuestra cabeza.» El jóven, de un carácter dulce por naturaleza, no tomó á mal estos consejos; no comprendía, sin embargo, cómo un extraño, á quien no habia visto en su vida, podia estar al tanto de sus negocios. No comprendía tampoco por qué hablaba con tanta seguridad de fijar la suerte, que parece ser una cosa ciega y fatal. Estuvo tentado á tomarle por un loco; pero como se trataba de conservar el objeto para él más querido, y en este caso nada podia parecerle indi-

ferente, cesó de jugar, para ver cómo á su vez jugaba Kinglin, que, encantado de su docilidad, acabó de convencerse que no era jugador enciado.

Tenía el breton cincuenta luises en el bolsillo; los pone de una vez; gana la puesta, duplica, triplica, cuadruplica, quintuplica, sextuplica, hasta que, por último, gana cuatro mil seiscientos luises que habia sobre la mesa. Al último golpe el banquero busca mil pretextos para no pagar; siete ú ocho jugadores que habian perdido hasta sus relojes y sus sortijas, sobre las que el dueño de la casa les habia dado dinero, y que no tenian derecho á recoger, aplaudieron la ruina del banquero, que nada les devolvía, y juraron que si no pagaba al momento, le arrojarían por la ventana. Kinglin tomó lo que habia ganado; tocó en la espalda al futuro esposo, y salió con él.

Siguiéronles algunos desgraciados: no le pedían nada; pero tenian el rostro lívido, los ojos llorosos, y alargaban involuntariamente la mano. Kinglin, educado por una madre de una fe ardiente, poseía una Biblia. Parodió un pasaje de ésta, con cierto aire de dignidad, y dando á cada uno de estos desgraciados un paquete, « Id, les dice, y no jugad más.»

Condujo á la mejor fonda de los alrededores á aquel á quien iba á hacer uno de los más señalados servicios: « Un hombre como vos, le dijo, no puede engañarme; lo sé por un amigo que no miente ja-

mas. Veamos, ¿cuanto habeis perdido?—Muy cerca de cuarenta mil francos.—Tomadlos; comámos, y por el interes del préstamo yo me convidó á la boda.»

No se encuentran todos los dias personas dispuestas á hacer semejantes regalos: si el jóven se habia admirado de las palabras de Kinglin, admiró más aún su proceder tan generoso. «Sí, le contestó, seréis de la boda; haréis más, permitiréis que yo sea vuestro más apasionado amigo.» A estas palabras, tan lisonjeras para Kinglin, siguieron los abrazos, á los abrazos lo que era muy natural en semejante caso: el jóven quiso saber á quién estaba obligado; cómo el obligante habia sabido que él se casaba y que estaba jugando la doté de su futura. A todo esto Kinglin, que se habia vuelto muy prudente, segun él creia, respondió de un modo vago, tomó nota del nombre y la habitacion de M. Rousseau, se informó del dia y la hora en que se habia de pronunciar aquel dichoso sí, y guardó una completa reserva en todo lo que le concernia personalmente. Rousseau respetó su silencio; se les sirvió; la comida fué tan interesante como era de esperar entre dos hombres de los que el uno era agradecido y el otro sensible al placer de hacer bien; separáronse tarde, y prometiendo volverse á ver muy pronto. Kinglin se retiró á su casa, se acostó y durmió tranquilamente, conforme le habia prometido el diablo. «¡Ah! dijo aquél, las buenas acciones refrescan la sangre

y reaniman el corazón; las practicaré todos los días.»

Formó el propósito de cerrar sucesivamente, del modo más lucrativo, todas las casas de juego que el diablo le indicase; estas casas no se abren hasta el mediodía, y no eran más de las ocho: salió sin objeto alguno y sin saber en qué pasar el tiempo.

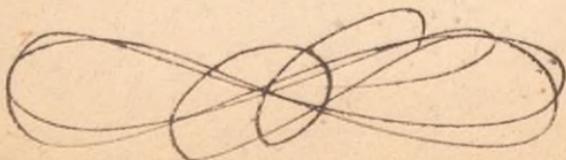
Comenzaban á llenarse los cafés. Notábase mucha animación en el de la Regencia. A Kinglin le era igual desayunarse allí que en otra parte. Tomando su chocolate, sintió deseos de saber lo que animaba á esta muchedumbre que hablaba un francés que él no comprendía. Y es que los agiotistas tienen, efectivamente, lo mismo que los rateros, los teólogos y los revolucionarios, su diccionario particular, un modo de vestir y una moralidad que los distinguen de las personas honradas. Kinglin, de un natural bondadoso, delicado por hábito, no sabía lo que era un agiotista. «Estos son, le dijo el diablo, seres que no tienen otro fin, ni hacen otra cosa más que chupar el jugo de los pueblos, y que engordan ó enflaquecen á medida que la miseria pública aumenta ó disminuye.» Para que lo comprendiese mejor, le contó el demonio una pillada que había imaginado uno de estos caballeros, y que era una de las habilidades que diariamente se ponían por obra.

Habían los ingleses desembarcado en Bretaña; el Duque de Anguillon había marchado contra ellos,

y un periodista que iba á la parte con el agiotista, publicó la noticia de que los franceses habian sido derrotados y el enemigo habia entrado en Saint-Malo. De aquí la grande agitacion que reinaba entre los jugadores de una y otra especie. Dábanse todos prisa á vender el papel á muy bajo precio; el inventor de la nueva compraba cuanto podia pagar; Kinglin sabía que la verdad era que M. de Anguillon habia salido vencedor en Saint Cast, y que los efectos públicos subirian notablemente cuando se extendiese por París la nueva de su victoria. El agiotista venderia entónces, y Kinglin no encontró el menor inconveniente en aprovecharse de la baja que la intriga acababa de producir. Compró tambien por valor de una suma considerable, y ganó, efectivamente, al dia siguiente el 25 por 100.

Al salir del café encontró á un desgraciado tendido en el suelo, enseñando al público, para excitar la compasion, una llaga horrorosa que le corroia la pierna. El primer movimiento de Kinglin fué darle limosna; reflexionó, empero, que seis francos mal dados son un robo que se hace al hombre honrado que es realmente desgraciado. «¿Por qué, preguntó á su diablo, no se cura la llaga de este desventurado?»

—Mucho sentiria él que se le curase; su llaga es su gana-pan. Éste es un vago á quien se da mucho, que se emborracha por la noche y se burla de aquellos á quienes ha engañado durante el dia, y que



se alegra por la mañana al ver su llaga más encanada que la vispera.

—¿Y esta mujer rodeada de sus cuatro niños tendidos en el suelo sobre harapos?— Otra bribona, que jamas ha sido madre, aunque en verdad ha hecho más de lo que buenamente se necesita para serlo; ha robado esos niños para excitar la compasion, y de tiempo en tiempo los mortifica á pinchazos para que lloren y llamen la atencion.

¿Quién es, pues, merecedor de que se le socorra?, porque quiero continuar ejerciendo la caridad; esto contribuye á que duerma tranquilo.—¿Ves ese mozo de cuerda, que va agobiado bajo el peso de la carga sin quejarse?— Pues parece que va alegre y limpio.—¿Es que para tener derecho á tus socorros es necesario no tener figura humana? Este hombre tiene una mujer jóven, bonita, muy laboriosa y muy inteligente, que le ha hecho padre de seis hijos, y áun le hará de otros seis. No tiene que darles más que pan seco; pero lo come alegremente con ellos.—Apresurémonos, pues.» Y Kinglin dió dos luises al mozo de cuerda. «Todos los meses te daré otro tanto; sigue procreando hijos con tu jóven esposa; los socorros aumentarán conforme aumente tu familia.»

Despues fué de garito en garito, y por doquiera vengó á las víctimas de los banqueros, ganando á éstos hasta el último escudo. Encontróse por la noche poseedor de una suma enorme, y, fiel á la pro-

mesa que habia hecho de no emprender nada sin consultar á su diablo, le preguntó qué le sucederia si procuraba aumentar su fortuna de un modo extraordinario.

«Te asaltarán las inquietudes, y te impondrás privaciones, compañeras inseparables de la avaricia.—No pensemos en atesorar; procuremos gozar de nuestras riquezas de un modo razonable, y por consiguiente sin pesares.—Para encontrar esto no habia necesidad de que hubieses entregado tu alma al diablo.—Huiré de las malas mujeres, de los intrigantes, de los aduladores y de los libertinos.—Como quieras.—Viviré con personas amables, y, sobre todo, buenas.—En buen hora.—Y para prolongar esta agradable existencia, colocaré ventajosamente mi dinero. ¿Qué me resultará si lo confío al Gobierno?—Cero.—¿Y si me meto á empresario de teatro?—Es el medio más seguro de venir á la bancarota.—¿Y si me asocio con un negociante afamado?—Hará su negocio á costa tuya.—¿Y si compro un puesto elevado?—Aumentarás el número de los ignorantes condecorados.—¿Y si echo mis fondos á la plaza?—Serás un usurero.—¿Pues qué diablos he de hacer?—Yo no tengo obligacion de aconsejarte.—¡Ah!..... ¿Y si compro esa hermosa finca que se vende en mi provincia?—Realzarás el esplendor de tu estirpe, y, si te conduces como hace poco indicabas, disfrutarás en tu vida algunos momentos de felicidad com-

pleta: es cuanto el hombre puede esperar. — Comprimos la tierra.»

Kinglin va á casa del notario encargado de la venta; toma los datos necesarios, ajusta, cierra el contrato, lo firma, paga, y no piensa ya más que en la boda á que ha de asistir al día siguiente.

Una boda es una fiesta en donde se disfruta poco ó mucho, y se bebe, baila y bromea con personas con quienes se simpatiza más ó ménos. Lo peor que puede suceder es que se fuerza uno un pié, y estas pequeñeces no merecen la pena de sacar al diablo de su infierno: así pensaba el previsor Kinglin. Vistióse como un príncipe, y fué temprano á reunirse con su amigo Rouseau, que le presentó á su futura y al padre de ésta como el mejor de sus amigos, guardando, como es natural, un profundo silencio respecto al origen de su amistad.

Partieron para la iglesia. Rouseau estaba extasiado; su señora, encantadora, radiante. Su alegría producía en Kinglin una impresion que nunca habia experimentado. Pensó que una mujer que amase como Mad. Rouseau amaba á su marido, aumentaria en extremo los placeres de una vida honrada y tranquila. En esto estuvo pensando durante la ceremonia, en esto á la vuelta de la iglesia á la casa, y más que nunca durante la comida, porque se le habia colocado al lado de una hermana de la novia, que le pareció tan bien educada como bonita y modesta. La hizo constantemente la córte, y le pareció

que no le desagradaba; y esto le lisonjaba tanto más cuanto que la jóven ignoraba que él tuviese una finca que le producía 40.000 libras de renta, y que fuese descendiente de la ilustre familia de Kinglin.

Bailó con ella, y no bailó mal para un hombre que no ha tenido otro maestro que el deseo de agradar. Un poco educado ya por el trato con las gentes de mundo y por la sociedad con su demonio, hizo pasar un rato muy agradable á la señorita Carolina, cuando ésta creyó conveniente sentarse á descansar. Se cenó, y también cayó á su lado, ya fuese por casualidad, ó porque ella hubiese dispuesto las cosas de este modo. Mucho amor, un poco de vino y algo de vanidad le condujeron á hablar de su fortuna y á declarar su nombre. Creía con esto adelantar sus negocios referentes á aquella señorita y captarse la benevolencia del padre, que cambió, en efecto, de aspecto, en cuanto el Breton pronunció su nombre.

Este suegro era ujier del Parlamento; éranlo también la mayor parte de los convidados. Fué general la revolución que se verificó en los semblantes. Las lindas facciones de Carolina y las de Rousseau también se descompusieron. Kinglin estaba demasiado preocupado y había bebido mucho para apercibirse de ello.

Estos señores comprendían el mérito que podían contraer para con el tribunal poniendo á su dispo-

sicion un hombre á quien hacia tanto tiempo que se buscaba. Sin embargo, la mayor parte creía que sería inconveniente arrestar, en medio de una fiesta de familia, á un individuo á quien parece defendian los sagrados derechos de la hospitalidad. Uno de ellos, más ujier que los demas, opinó que el deber era ántes que las conveniencias; salió sin decir nada y fué á advertir á su gente.

El honrado Rousseau recordó, al saber el verdadero nombre de su amigo, la manera profética con que le habia hablado en el garito de la calle del Delfin, la seguridad con que habia jugado, y esta serie de predicciones cumplidas, no le parecia que estaban completamente dentro del órden natural. Aunque era lo que entónces se llamaba un espíritu fuerte, creyó, sin embargo, que podia en todo ello haber algo de magia. No por esto se creyó ménos obligado á mostrarse reconocido á un hombre que hacia tan buen uso de su hechicería. Conocia el carácter frio y atroz del que acababa de salir; llamó aparte á su suegro y á los compañeros de éste, y, miéntras se esforzaba en dar razones para salvar al pobre Kinglin, éste, impaciente por bailar con la señorita Carolina, salió á llamar á los músicos, á los que no se habia dado más que una botella de vino por cabeza, pero que habian ido á emborracharse á la taberna de enfrente, miéntras los convidados concluian de cenar.

Apénas pone el pié en la calle, cuando doce ó

quince miserables le cogen por los brazos y las piernas, le quitan su espada, lo meten en un simon y le conducen á la Conserjería. El carcelero manda que le encierren en el más profundo calabozo, le echa grillos á los piés y á las manos, le rodea el cuerpo con una cadena de hierro y le sujeta á un pilar fijo en medio del pavimento, porque es público y notorio que los hechiceros se escapan al traves de las paredes ó por los agujeros de las cerraduras.

Kinglin pasó una noche muy diferente de la que le prometian los encantos de Carolina. Apoyada la cabeza en una piedra, y tendido el cuerpo en un poco de paja infecta, deploraba amargamente su suerte. « ¡Qué, exclamaba, seré yo quemado por haber adivinado que un hombre honrado iba á perder su dinero y su mujer, por haberle devuelto lo uno y lo otro y haber querido participar de la alegría de ambos! ¡ Maldita boda en la que creia no tener que temer nada más que un mal paso! Soy un imbécil en no haber consultado á mi demonio! ¡ Mas, para prever que me encontraba en medio de los que me buscaban, era necesario ser el diablo en persona! Maldita manía de penetrar el porvenir, siempre me serás fatal.

Al dia siguiente se le condujo al interrogatorio. El juez demostró tanta pasion, el proceso tomó tal sesgo, que el acusado no tuvo valor suficiente para consultar al diablo sobre su resultado, que era demasiado claro.

Afortunadamente para Kinglin, cansado el rey de los enredos del Parlamento y del Arzobispo, desterró al primero á Pontoise y al segundo á Conflans; el tribunal civil fué encargado de seguir los asuntos civiles y criminales; las piezas relativas al Breton fueron de nuevo examinadas tambien, y los nuevos jueces, celosos de la supremacía que se arroga el Parlamento sobre los demás tribunales, ansiosos de probar al tribunal por excelencia que él tambien hacia tonterías lo mismo que los otros, anularon el procedimiento por una sentencia que decia, que versando la acusacion sobre puras quimeras, se pusiese inmediatamente en libertad al acusado.

Cuando Kinglin salió de la prision olvidó fácilmente todo lo que habia sufrido. Disfrutó algunos momentos de felicidad, recordando que sus fondos, depositados en casa del notario, le aseguraban la pacífica posesion de su tierra, pero fué sorprendido agradablemente cuando halló que el resto de su dinero, sus alhajas y sus objetos más preciosos habian escapado á la rapacidad de sus perseguidores, siendo deudor de ello á Rouseau, que, en el momento de su detencion, corrió á su domicilio y lo puso todo en salvo.

Sólo faltaba para su completa satisfaccion hacer señora de aquella finca á la señorita Carolina, que no deseaba otra cosa. El padre, que no se habia prestado directamente á su prision, pero que nada

habia hecho para evitarla, cuando supo que no tenía nada que temer de la justicia eclesiástica ni de la seglar, fué á visitarle, le fué fácil atraérsele por medio de ciertas demostraciones amistosas y corteses, y echó la culpa de todo lo ocurrido sobre su compañero, que no estaba presente para decirle que en otras ocasiones habia hecho él cosas peores.

Sin embargo, el recuerdo de tantos acontecimientos desagradables hizo á Kinglin en extremo circunspecto. Siempre en guardia contra ese porvenir, cuyo conocimiento debia ser para él la felicidad suprema, vivia lleno de temores y rodeado de precauciones. Jamas estuvo un diablo tan ocupado como ahora el suyo; no cesaba de viajar del infierno á París y de París al infierno. Si Kinglin tosía, queria saber si enfermaba del pecho; si le daba frio, preguntaba si le iban á entrar calenturas cuartanas, tercianas ó continuas; si tomaba un vaso de vino, se aseguraba ántes de que no se le subiria á la cabeza; si un huevo fresco, que no se le indigestaria. Teniendo siempre el diablo á su oido, no podia hacer que se deslizase ninguna jóven bonita, que fuese infiel una casada, ni que se desesperase algun viejo celoso. Si no hubiese habido nada más que un diablo, pronto hubiera vuelto el género humano al estado de inocencia en que vegetaban tristemente nuestros primeros padres Adán y Eva ántes de tener la tentacion de gustar una manzana mucho ménos tentadora que un ananas (piña de

Indias). Por más que en el Paraíso Terrenal hubiese de todo, de seguro que no había ananas en el país en que se escribió la verdadera historia de Adán, pues de otro modo, es necesario que el narrador tuviese muy mal gusto para haber dado la preferencia á otro sobre este fruto delicioso. Después de todo, no sería ménos triste ser condenado por un ananas que por una manzana. Sin embargo, tengo para mí que esto de la manzana sería una broma, pesada si Vds. quieren, pero broma, del historiador sagrado.

Volvamos á nuestro asunto. El matrimonio de Kinglin era ya cosa dispuesta, pero tened entendido que, siempre timorato, había hecho al diablo todas las preguntas posibles acerca de las cualidades físicas y morales de la señorita Carolina. ¿Le amaba verdaderamente? ¿Le amaría por mucho tiempo? ¿Le sería infiel? ¿Duraría su felicidad tanto como la de Nino? ¿Tendría hijos hermosos? ¿Sería feliz en sus partos y lactaria bien á sus hijos? ¿Sería siempre su conversacion viva y sensata, atractiva sin coquetería y variada sin pretensiones? Las respuestas del espíritu infernal fueron muy favorables á la señorita Carolina.

El bueno de Kinglin estaba encantado. Conocía, sin embargo, la afición de su diablo á las reticencias, que le eran siempre tan fatales. La víspera de los desposorios temió haber omitido alguna pregunta importante; y para obligar al oráculo á respon-

derle categóricamente, resumió todas las preguntas hechas y por hacer en estas palabras: «¿Me garantizas tú que no experimentaré disgusto alguno por culpa de Carolina?—Yo no he dicho eso.—¡Ah diablo..... ¿Pues qué puedo temer?—Es exigente, arrebatada; se contiene y disimula porque desea casarse; pero cuando ya seas su marido y no tenga interes en guardarte miramientos, reaparecerá su carácter, te affigirá, te atormentará; la pegarás y te envenenará.—¡Gran Dios!.... Pronto, escribamos á su padre que le devuelvo su palabra y retiro la mia.

Kinglin rompió, en efecto, de un modo muy brusco con el papá, cuyo anterior modo de proceder le dispensaba de miramientos. Se introdujo en el gran mundo, cosa muy fácil cuando se tiene dinero; en todas partes fué bien acogido, como sucede siempre que se tiene dinero; se aburrió muchas veces, porque no son el dinero, ni los muebles, ni los caballos, ni las libreas los que producen el verdadero placer, que se escapa y suele ir á refugiarse en una miserable guardilla.

No veia Kinglin una muchacha bonita que no le entrasen al punto deseos de contraer matrimonio, pero todas tenian algun defecto capital que le detenia al tiempo de estar ya para concluir. Unas eran demasiado sensibles para limitarse á amar á un solo hombre; otras tenian una inclinacion decidida á la prodigalidad; ésta era aturdida é incapaz de gober-

nar su casa; aquélla exigiria que estuviese constantemente obsequioso y atento con ella, lo cual se hace pesado con el tiempo. Kinglin se incomodó sin razon: perfeccion y humanidad son dos términos que se excluyen. No tuvo en cuenta que él mismo era un compuesto de imperfecciones; declamó por todas partes contra las mujeres, que, sin embargo, nos hacen grandes servicios, y renunció al matrimonio, que es muchas veces un estado llevadero.

Para olvidar los disgustos del celibato, dió banquetes suntuosos, despues de haberse asegurado, segun su costumbre, de que no le traerian consecuencias desagradables. Pasaba la mañana en ordenar la comida, cuatro horas en hacer los honores de ésta, y la velada en decir ú oír decir vaciedades, jugar á la baraja, ó tragar polvo en los Campos Eliseos: todo esto era pasar el tiempo.

Bostezando un dia en medio de sus convidados, que no hallaban qué hacer para agradarle, y que aplaudian las simplezas que de cuando en cuando se le escapaban, como á muchos otros que pasan por agudos y chistosos, se le ocurrió saber lo que pensaban de él aquellos que le ayudaban tan agradablemente á consumir sus rentas. Curiosidad peligrosa, que armaria la mitad del universo contra la otra mitad, si no nos hallásemos en la feliz imposibilidad de satisfacerla. La dificultad de casarse bien le habia indispuerto contra las mujeres; la facultad de leer en la intencion de los hombres le

hizo aborrecerlos á todos. Uno le felicitaba por el buen uso que hacia de sus bienes y acusaba interiormente á la fortuna por haber colmado de sus favores á un ente tan insignificante; otro ensalzaba la delicadeza de su espíritu y tomaba nota de sus patochadas, que se proponia publicar cuando tuviese una coleccion completa de ellas; un tercero le pedia por veinticuatro horas cien luises que no pensaba devolverle jamas; un cuarto le colmaba de muestras de adhesion, y acechaba el momento de poder arrastrarlo al camino de la perdicion; y todos convenian en que sus magníficos banquetes estaban bien pagados con el disgusto de verle y oirle. Kinglin, enfurecido, quiso echarles en cara los pensamientos ofensivos y ruines que sorprendia en cada uno, y de arrojarles de su casa de mala manera; pero consultado el diablo acerca de los resultados de este acto de justicia, respondió: «Con esto probarás hasta la evidencia á personas muy consideradas que eres hechicero, éstas lo probarán á personas poderosas, y guárdate de la hoguera.—Es muy duro ser tratado con tal indignidad y no poder vengarse.—Mira lo que piensa de su tio ese sobrino que le prodiga tantas caricias, porque es su heredero; qué opinion tiene de su general ese oficial que le adula, porque espera que le ascienda; atiende con qué entusiasmo y con qué delicadeza pinta ese jóven el amor á esa mujer á quien se propone abandonar en cuanto haya obtenido sus favo-

res; mira ese hijo ingrato, que desea la muerte de su padre; esta esposa la de su marido; ese hermano la de sus hermanos; mírales con la sonrisa en los labios y la miel en la lengua, cuando se aproximan á los objetos cuya vida abreviarían, si no hubiese entre vosotros jueces y verdugos; mira estas infamias y quéjate despues! Todo es entre vosotros falsedad ó perfidia. Tú mismo no te diferencias de los demas sino en esto: que ellos ignoran los peligros de que están amenazados, y tú sabes que se burlan de tí.—No se burlarán más, á mi mesa por lo ménos. Haré buenas comidas para mí solo ó tambien para Rouseau, que, segun dices, no me aprecia de un modo extraordinario, pero me tiene un afecto sincero.»

Sin embargo, Rouseau, muy encariñado con su jóven esposa y con sus negocios, no estaba con Kinglin tanto como éste hubiera deseado. La soledad, la ociosidad, la juventud y mucho alimento, no son calmantes á propósito para extinguir el deseo más imperioso de la naturaleza, y Kinglin comprendió que era necesario oponerle ocupaciones continuas, recurso á que los padres anacoretas y los trapenses acudian contra las tentaciones: la generalidad de los monjes huye de aquél y sucumben á éstas.

¿De qué se ocupará nuestro hombre? Nada sabe hacer: lo único que podia era escribir una obra. Las bellas letras no le eran desconocidas: ¿no habia

redactado ya un almanaque, que quizá no fuera tan saporífero como el *Fanal*?

Pensó qué género de produccion le convendria y le honraria más. El madrigal, el idilio y el soneto le despertaban un sentimiento que procuraba extinguir; el poema épico, la tragedia y la comedia, era cosa superior á sus fuerzas: decidióse por la sátira, género fácil cuando se limita á una nomenclatura que dispensa de tener ideas y que proporciona muchos lectores porque lisonjea la malignidad.

Hé aquí á nuestro Kinglin hojeando su Richelot, pintando con negros colores, y creyendo difamar á aquellos cuyos nombres podia coordinar bien ó mal con ritmo. Aumentó en extremo su amor propio conforme iba arreglando versos, y sintió la irresistible necesidad de hacer que resonasen sus ritmos en los oidos del prójimo.

Vivia en su vecindad un autor jóven, verdaderamente inspirado. Presentóse á él con mucha cortesía en su casa, con su manuscrito en la mano, y le obligó á que pusiese alguna atencion en la lectura de su obra. El jóven dejó escapar la palabra «¡admirable!» que no bien fué pronunciada cuando Kinglin corrió á casa de un impresor.

Detúvose, sin embargo, al llegar á la puerta. Su entusiasmo cedió al deseo, muy natural, de saber antes de entrar lo que le valdria su diatriba. «Algunos pistoletazos, si eres valiente; algunos palos,

si no lo eres. — ¡Cómo! por haber hecho buenos versos..... — ¿En qué te fundas para juzgarlos tales? — En el voto de un hombre de mérito reconocido..... — Que te los ha celebrado en agradecimiento de que nada malo has dicho de él, ó por temor de que puedas decir en adelante. Analicemos algunos de estos sublimes versos que tanto le han entusiasmado. ¿Qué es un siglo

Que comienza su brillante *carrera*?

¿No sabes que el tiempo es la carrera misma que recorreis todos los mortales? ¿Qué es eso de gracias

Que huyen por *enjambres*?

¡Cruel! acabarás por meter tres abejas en un corcho. ¿Pues y eso de mujeres que colocan

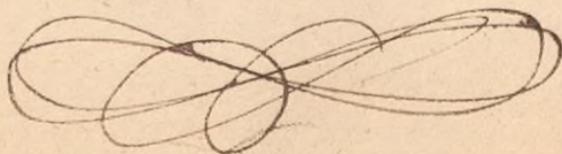
Sobre sus *horrorosos atractivos*,
Dignamente adornados,
Los miembros palpitantes
En *joyas engastados*?

No entiendo por atractivo sino lo que agrada, lo que atrae. Una mujer horrorosa carece de atractivos, y la mujer encantadora no es horrorosa. Se *engasta* en sortijas, en brazaletes, en pendientes, en *joyas*, en fin, el oro, las perlas, los diamantes. Pero ¿qué

especie de *joyas* pueden hacerse de miembros palpitantes? El obrero puede servirse del término *engastar*; ¡pero un poeta!..... ¡Bárbaro!..... No basta procurar aturdir con palabras rimbombantes. Para que una imágen sea bella, es necesario que no sea exagerada; es necesario, sobre todo, que sea verdadera. Si hubiera de detenerme analizando los versos que no te han valido elogios no acabaría nunca.

Aun cuando no me haya obligado á darte consejos, quiero hacer por esta vez una excepcion, sin que esto sienta jurisprudencia. Hay versos que no serán leídos, pero que no te crearán enemigos. La sátira que ataca á individuos de quienes no se tiene motivo de queja no es más que un libelo despreciable. Si Boileau no hubiese hablado en las tuyas más que de los buenos y los malos escritores de su siglo, hace mucho tiempo que nadie las leería. No es el latigazo que de él recibe Cotin lo que ha hecho que se le desprecie; ni la injusticia de poeta para con Perrault impide al hombre imparcial admirar las magníficas arcadas del Louvre.

El consejo era prudente, y Kinglin supo aprovecharlo. Quemó su manuscrito y su Richelet, y se puso á bostezar, lo cual no le malquistó con nadie. Bostezando, pensó en su primo el mariscal herrador, que le había socorrido en su miseria, y al que tenía olvidado hacia mucho tiempo. Escribióle una carta amistosa, y ya no bostezó: le propuso que él se encargaría de algunos de sus hijos, y re-

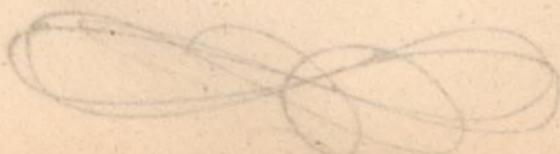


cobró su buen humor. Unió á la carta un regalo decente, y comió con mejor apetito.

Una salud robusta, unida á una abstinencia rigurosa, tiene que desorganizar necesariamente la máquina. Kinglin, á pesar de todas sus previsiones, fué atacado de repente de una fiebre violenta, acompañada de un delirio, que no le permitió consultar al oráculo. Su amigo Rousseau puso á su cabecera una persona entendida, y trajo los dos médicos más famosos de París: esto ya es demasiado.

Los periodistas no dicen nada cuando el Gobierno les prohíbe hablar, y sin embargo han de llenar sus columnas. Los banquetes de Kinglin habian hecho algun ruido, y su enfermedad fué anunciada como una cosa que debia interesar, si no al público, por lo ménos á los glotones y á los bebedores. El primo, mariscal de Francia, supo que Kinglin era rico y soltero; mandaba con frecuencia personas que se informasen de su estado, y cuando los médicos dijeron que no habia remedio para él, fué á instalarse en la casa-habitacion del enfermo, al cual no se aproximaba, porque la enfermedad era contagiosa; pero tenia mucho cuidado con que no se sustrajese nada.

El primo, mariscal herrador, leia la *Gaceta* casa del cura de su lugar. Se puso en camino á pié, acompañado de su hija Clotilde, porque era necesario cuidar al paciente, y alquilaba una bestia de un lugar á otro, cuando aquella se fatigaba de an-



dar y de llevar su pequeño bulto de ropa. Á pesar de la invitacion del enfermo, habia dejado en casa los demas hijos, no sea que estorbasen demasiado.

Cuando llegaron á casa de Kinglin, encontraron al mariscal de Francia dando órdenes para el entierro, y apoderándose de las llaves de los armarios. Quitáronse sus herrados zapatos, y se aproximaron de puntillas al lecho. El mariscal de Francia, engalanado con dorados cordones y otras ridiculeces, les preguntó con un tono arrogante y altivo qué era lo que querian. «Venimos á ver al primo.—No tiene éste ningun primo de vuestro pelaje.—En cambio tiene muchos de vuestra clase.—Sabed que su heredero sey yo, y retiraos.—¡Ah! heredad cuanto querais, pero permitid que le ayudemos hasta su último instante.»

Al terminar este diálogo, que no he escrito en breton porque no lo entiendo, disminuyó notablemente la fiebre, con ella se disipó el delirio, y Kinglin recobró todo su conocimiento. Vió delante de su lecho al mariscal de Francia con los ojos enjutos y el rostro animado; al mariscal herrador inclinado sobre su cabeza, con las manos juntas, sin respirar apénas, y á Clotilde volviéndose para enjuagar sus lindos ojos con una punta de su delantal. No tenia necesidad de consultar al diablo para juzgarles. Hizo una seña á Rouseau para que acercase dos sillas á Clotilde y á su padre, y despues, pidiendo que le incorporasen, dirigió con bastante

claridad estas palabras al mariscal de Francia : «Marchaos de aquí, hombre duro é interesado. Si muero, hed aquí mis únicos herederos : que venga al punto un notario.» El general quiso excusarse del modo con que habia tratado al abad cuando fué expulsado del seminario. Kinglin, á pesar de su extrema debilidad, se le rió en sus barbas, encogiéndose de hombros, y le obligó á salir.

Despues de este acto de justicia, se apresuró Kinglin á aprovechar el momento en que tenía todo su conocimiento para conocer su suerte. «¿Cómo han interpretado los médicos mi enfermedad? —De un modo enteramente contrario á su naturaleza.—¿Es mortal?—No.—¿Qué debo hacer para curarme?—Despedir á tus doctores y dejar que obre la naturaleza; algunas veces la ayudan, pero nadie cura más que ésta.»

La naturaleza, la dieta y el agua, probáronle, en efecto, tan bien, que se calmaron los accidentes y desapareció la fiebre por completo. La convalecencia fué larga; pero Kinglin tuvo lugar de conocer el excelente corazon de la jóven Clotilde, cuyos cuidados fueron constantes. Esta no era una jóven de *esmerada educacion*, traviesa como las Gracias y loquilla como éstas; era una mujer sensible, franca, alegre; una mujer, en fin, como debia haber muchas; porque el hombre honrado necesita una mujer buena más bien que una mujer amable. Kinglin le preguntó á su diablo qué prueba de reco-

nocimiento le agradaría más. «Tu mano.—¿Me ama mucho?—Como se debe amar para que el amor dure mucho tiempo.—¿No me arrepentiré nunca de haberme casado con ella?—Jamás.—Me caso con mi prima.»

El mariscal herrador quedó admirado de la petición; Clotilde respondió á ella con el candor y la sencillez de la inocencia. Cuando un negocio conviene á todos se termina pronto. Verificóse el matrimonio con gran satisfacción de las partes interesadas, y se dispuso todo lo necesario para ir á habitar en el país en que Mad. Kinglin, extraña por completo al gran mundo, y su marido que le conocía demasiado, se proponían gozarse mútua y libremente. Kinglin sintió á Rousseau, pero se convenció muy pronto de que no hay pérdida ni desgracia que no haga olvidar una mujer amante.

El mariscal herrador se estableció con su familia en el castillo, y se acostumbró muy pronto á darse tono. Tenía buen sentido y algun ingenio: la mamá que era bromista, y tenía en la cabeza gran repertorio de *chistes*, hacía reír mucho á su yerno cuando éste no estaba ausente de su mujer, ó cuando no iban á desahogar sus corazones en un paseo solitario. Los labradores del lugar estimaban mucho á su señor, que no era orgulloso y les hacía todo el bien que podía; todo marchaba á las mil maravillas, y el embarazo de Clotilde hizo que fuesen aún mejor. Kinglin estaba contentísimo con su suerte, cuando

un recuerdo muy desagradable nubló, por decirlo así, el cielo de sus ilusiones, y envenenó todos sus placeres. Acordóse que debía comprar tan dulces gozcos con una eterna condenacion: esto era pagar la felicidad á muy subido precio.

Desde este instante no tuvo un momento de reposo ni alegría. Las zozobras y la tristeza llenaron el alma de Kinglin. Clotilde sufría tanto más cuanto que ignoraba la causa de estos pesares. Ni las más tiernas caricias, ni las más apremiantes súplicas habian podido arrancarle su secreto.

Quiso aquél saber, por lo ménos, si el fuego eterno sólo se encendería para él allá en una extrema vejez. Iba ya á preguntar á su diablo qué día moriría y añadir este fatal conocimiento á los males sin cuento que le habia causado la hechicería, cuando se presentó de repente Clotilde con las lágrimas en los ojos y la súplica en los labios. Acusó á su marido de que no la amaba. Si el secreto fuera de otra especie, ¿lo callaría? ¿No lo depositaría en el pecho de una esposa, que compartiría con él las penas y endulzaría su amargura? Kinglin no pudo resistir á tales acusaciones. Confuso y arrepentido confesó el pacto que le perdía para siempre.

Clotilde, educada cristianamente, tembló y no se atrevía á vivir con un réprobo. Temía que la reprobacion fuese un mal contagioso que se comunicase por la cohabitacion. Joven y sin experiencia,

confió su posición alarmante á su madre, en quien le habia recomendado su confesor tuviese siempre una confianza sin reserva.

La mamá, que no se asustaba de cosas mayores, exclamó, que sería una iniquidad que fuese condenado un hombre tan honrado; y dispuso que el bueno del cura del lugar pusiese la punta de su estola sobre la cabeza de Kinglin, y le recitaria el Evangelio de San Juan, porque dicho Evangelio y una punta de estola tienen un poder prodigioso; que se agregarían á esto tres ó cuatro exorcismos, y que, quieras que no quieras, se obligaría al diablo á que devolviese el pacto de donación.

El diablo está siempre al acecho; y sin descuidar intereses de más entidad, no se deja soplar un alma así como quiera. Dijo á Kinglin que si volvía siquiera la cara hácia la iglesia, le retorcía el pescuezo. A esta amenaza Kinglin comenzó á dar gritos, y al momento la mamá le introdujo un frasco de agua bendita en el bolsillo de los calzones, advirtiéndole que no se los quitase ni un momento. Clotilde, con su sencillez acostumbrada, hizo la observación de que sería conveniente que se dijese al instante el Evangelio, porque sería una incomodidad grande para su marido dormir con los calzones.

Se pusieron en marcha para la iglesia. El diablo, furioso de ver cómo se la habían armado, daba vueltas alrededor de Kinglin, del que le alejaba la virtud mágica del frasco, y la mamá se reía de su

cólera impotente. El señor cura se apresuró á oponer encantamientos á encantamientos. Kinglin echó algunos espumarajos, se le retorcieron los brazos y las piernas, los extremos de la boca se aproximaron á las orejas, é inmediatamente despues de estas contorsiones de reglamento, el acta de donacion cayó al pié del altar. Dicese que el ángel de la guardia de Kinglin apareció al momento sobre su cabeza con su rubia y blonda cabellera, sus alas azuladas, y su túnica blanca como la nieve.

El cura confesó al exorcizado por pura fórmula, porque no tenía facultad para absolverle de su abominable crimen. Envióle al gran penitenciario, el penitenciario al obispo, y el obispo al Papa. Clotilde, que ya no temia el contagio, quiso ir á Roma con su marido, y volvió á su tierra embarazada de su segundo hijo por la gracia de Dios; y cuando oia decir á cualquiera: ¡Ah! si yo hubiese previsto esto, si yo pudiese adivinar aquello... respondia piadosamente:

«Soportad la desgracia que no hubierais podido evitar; gozad del presente cuando os sea favorable, y dejad el porvenir al único sér que puede penetrar á través de su denso velo sin comprometer en lo más mínimo su gloria inalterable ni su eterna bienaventuranza.»

FIN DE M. KINGLIN.

LAS COSTUMBRES,

POR

PIGAULT-LEBRUN.

Antes y Rodriguez

LAS COSTUMBRES.

Hace algunas semanas que M. Werdock ha llegado á París. Supongo que VV. querrán saber quién es M. Werdock. Pues M. Werdock es un lapon, que pasa en su país por un hombre de bella presencia, porque tiene cuatro piés y tres pulgadas, la nariz muy chata y una papera ó *lamparon*. Es muy considerado en Laponia, porque posee cincuenta renos, cuyo caudal es suficiente para permitirse el lujo de comer queso y beber leche casi todos los días; viste de una manera suntuosa con las pieles de sus animales, duerme muellemente sobre sus vestidos viejos, y con lo que aún le sobra, tiene el placer de beberse con todos los amigos un litro de aceite de pescado.

Su educación ha sido muy esmerada. Es verdad que no sabe leer ni escribir; pero ha pasado sus veranos, que tienen dos meses, en la bella ciudad de Whardus, cuya extension es casi igual á la del Palacio Real con todas sus dependencias, y ya sabemos que el buen tono de las grandes ciudades y de

la buena sociedad es lo que constituye esencialmente la educacion.

Como el mundo entero es patrimonio de la industria francesa, M. de Listrac, mal cocinero y peor barbero, se habia establecido en Whardus, despues de haber naufragado en las costas de Noruega, y persuadió á sus habitantes de que era buen músico y mejor bailador. M. de Listrac es Gascon.

Debe dejar un grande que le roben :
Es cosa que demuestra su opulencia.

M. Werdock se apresuró á ponerse en manos de M. de Listrac, el cual le ha enseñado á saltar como un mono y á tocar el violin como un ciego, lo que parece una cosa estupenda en la ciudad de Whardus.

Pero, como M. de Listrac no sabía el lapon, le fué forzoso hablar francés á sus discípulos, y monsieur Werdock, que tiene talento, y que hasta será socio de la Academia de Whardus, cuando la haya, sabía bastante mal el francés al cabo de un año para no lastimar los oidos de los que no encuentran diferencia alguna entre Crevillon y Voltaire.

Y como un Gascon tiene un poco de amor propio, M. de Listrac, muy satisfecho, presentó su querido discípulo á un sabio francés que ha tenido el capricho de observar el cometa que ha aparecido, desde diferentes puntos del globo ; que le ha

sorprendido mucho no hallar en Whardus observatorio, y que no por esto ha dejado de publicar una obra excelente, en la que demuestra, con gran copia de sólidos argumentos, que si bien es cierto que no se sabe lo que es un cometa, tampoco se sabe lo que no es.

Y como to lo esto puede saberse y no ser un escapado de la torre de Babel, nuestro astrónomo, que no sabe una palabra de lapon, le propuso á M. Werdock que le siguiese en calidad de secretario-intérprete.

Y éste, admirado en extremo al saber que las fronteras de Laponia no eran los límites del mundo, y muy contento porque iba á ver otras tierras y otros hombres, arregló sus negocios y siguió al sabio.

Éste, que le iba bien con la docilidad de M. Werdock, le propuso que le acompañase hasta París, y le prometió volverlo á enviar á Laponia costeadado de todo; lo cual parecia ya cosa muy fácil, puesto que los periódicos correspondientes al 30 de Abril de 1812 aseguraban que un sabio de Tubinga habia hallado el secreto para dar direccion á los globos.

Al llegar á París M. Werdock, se sorprendió un poco, tanto de lo que veia, cuanto de los epítetos que le daban, y, sobre todo, de la repugnancia que inspiraba á las mujeres, él, que pasaba por el más galante y libertino de la ciudad de Whardus. Que-

jóse de esto á su sabio, el cual le respondió que habia un medio eficaz y seguro de cambiar las injurias en elogios y la repugnancia en marcadas muestras de simpatía. Anunció en todas partes que habia traído consigo un hombre del punto de la tierra donde Regnard habia escrito:

Hic tandem stetimus nobis ubi defuit orbis.

Y el público, siempre novelero, agotó en un momento todas las ediciones de las obras de Regnard. Todo el mundo queria saber lo que era un lapon, esperando poder contemplar la faz grotesca de M. Werdock. Se lo disputan, se lo quitan de las manos, como suele decirse; es de buen tono tener á la mesa á M. Werdock.

Este es un hombre tratable. Come en todas partes y de todo aquello que le ponen delante; y cuando á los postres se le sirve un vaso de aceite de pescado, conviene francamente en que puede uno acostumbrarse á la cocina francesa.

Muchas de nuestras costumbres desagradan á M. Werdock, por la sola razon de que son diferentes de las suyas, y en esto juzga M. Werdock como la mayor parte de los hombres. No concebía, entre otras cosas, cómo se puede estar tres ó cuatro horas sentado, teniendo en la mano y mirando unos pedazos de carton negro y encarnado. Su sabio, que, ademas de disparatar sobre los cometas, sabe

otras muchas cosas, le ha explicado que el origen de los naipes es noble, muy noble, como que fueron inventados para entretener y divertir á un príncipe que perdía sus estados en una partida. Y como el astrónomo tiene su padre Daniel, ha demostrado á M. Werdock que el piquete es un juego simbólico, alegórico, político é histórico; que contiene máximas muy importantes acerca de la guerra y del gobierno, y que una porción de gente le juegan constantemente sin comprender su profundidad y su mérito.

As, es una palabra latina, que significa *una moneda, una parte de los bienes, del caudal*. Los *ases* tienen la primacía sobre los *reyes*, para denotar que el dinero es el alma de la guerra.

Los *bastos* (trebol), hierba tan comun, significa que un general no debe nunca establecer su campamento en lugares donde pueda faltarle forraje.

Las *espadas* y los *oros* significan los parques, los cuales deben estar siempre bien provistos. Los *oros* (cuadrados) eran pesadas flechas que se llamaban así, porque el hierro era cuadrado.

Las *copas* (corazones) representan el valor de los jefes y de los soldados.

David, *Alejandro*, *César* y *Carlomagno* están á la cabeza de los cuatro palos, para denotar que, por bravos que sean los soldados, necesitan generales valientes, experimentados y prudentes.

El título de *escudero* era en otro tiempo muy honroso y los grandes señores los llevaban hasta que

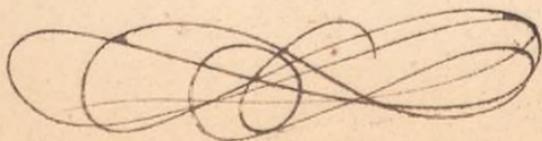
eran armados caballeros. Los cuatro *escuderos*, llamados hoy por corrupcion caballos (criados), *Ogier*, *Lancelot*, *Lahir* y *Hector* fueron capitanes distinguidos del tiempo de Carlomagno y de Carlos VII. Los caballos representan la nobleza, y las cartas bajas designan los soldados.

En todos los tiempos han visitado las princesas los campamentos, y las cuatro *sotas* representan á la reina *María de Anjou*, *Agnes Sorel*, la *Doncella de Orleans* é *Isabel de Baviera*.

Luégo que el astrónomo le hubo explicado quiénes fueron David, Alejandro, César y Carlomagno, manifestó M. Werdock grandes deseos de saber jugar al piquete; mas cuando supo que las señoras le jugaban rara vez, se decidió por el *boston*, porque él era muy enamorado, á pesar de que las señoras no le miraban sino como á un animal raro. Pero á éstas les gusta agradar, áun á los hombres á quienes están muy léjos de amar.

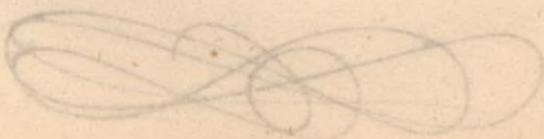
M. Werdock hace, por fin, su debut al *boston* en una casa en donde se le ha dado un espléndido banquete. Ha jugado bastante bien para lo que puede esperarse de un lapon; pero se ha quedado estupefacto cuando, al fin de la partida, se le ha exigido el dinero de las cartas. En una mesa vecina, una señora repite á cada instante: «*Para la luz.*» Monsieur Werdock pregunta qué tienen de comun la luz y la partida; y se le contesta que poner para la luz era pagar las cartas.

M. Werdock juzga con gran sagacidad que un dueño de casa que saca quince ó veinte pesetas de una baraja que cuesta un real es un pobreton que no tiene medios para dar una comida de cien escudos. Como consecuencia de este razonamiento, se levanta, despues de haber pagado sus cartas, y va á dejar con disimulo en la mano del dueño de la casa lo que le resta del dinero que su sabio le puso en el bolsillo. El dueño de la casa le pregunta qué significa esto. «Puesto que vendeis las cartas, le responde M. Werdock, con más razon debéis vender la excelente comida que nos habeis dado, y pago mi escote.—Yo, querido lapon, doy mi comida y no vendo mis cartas: esa es la propina de mis criados.—¿No pagais vuestros criados? ¿Dejais ese cuidado á vuestros amigos?—Los pago, y muy religiosamente.—¿Y les permitís que en vuestra casa comercien en barajas?—Es la costumbre.—Y estas señoras que dicen: *para la luz, y pagar las cartas*, ¿son las agentes de negocios de vuestros criados?—No se las califica de ese modo.—¿Oh! la calificacion no afecta en nada á la cosa. Por lo demas, vuestros lacayos son muy dichosos: ahí teneis dos lindas señoritas que en toda la noche no han hecho otra cosa que ocuparse de ellos.—Es la costumbre.—Esta costumbre tiene algo de inoble. ¿Y permite tambien la costumbre á vuestros criados obligar á vuestros amigos á que paguen esos largos bastones con los que hacen rodar esas



bolas blancas, el aceite que se gasta para alumbrarles, estos cuadritos de hueso, salpicados de manchas negras, que aquéllos echan con tanto ruido en sus respectivas cajas, y la esperma que arde á su lado?—Por el contrario, la costumbre prohíbe esto terminantemente.—¿Hay, pues, contradicción en vuestras costumbres?—¡Ah! mi querido Werdock, en el mundo todo son contradicciones. Uno que por la mañana predica la templanza, se le encuentra beodo por la tarde; otro que hace profesion de humanitario y caritativo, despojaría á su vecino si pudiera hacerlo impunemente. Éste ensalza las dulzuras de la vida privada, y trabaja á la sordina para arrojar á un hombre honrado cuyo puesto codicia. Aquél exige que los que están bajo su dependencia cumplan fielmente sus deberes, é infringe él todos los suyos. ¿Qué quereis que os diga? Estos abusos son mucho más graves que el de hacer pagar las cartas, y la sociedad no deja por eso de marchar adelante.—En buen hora. Pero estos abusos nacen de las pasiones que no somos dueños de dominar, miéntras que bastaría orden vuestra para que vuestros criados dejasen de tener esta casa convertida en un garito, y para que las señoras se ocupasen un poco más de aquellos que las rodean, y no de la recaudacion de las propinas para los criados.

Muy bien dicho para lo que puede esperarse de un lapón.



M. Werdock progresa cada día en su educación. Su sabio se felicita de haberle introducido en el gran mundo, y nuestras lindas parisienses comienzan á creer que un lapon es un sér que piensa.

Como una idea va siempre asociada con otras que tienen alguna relacion con la primera, una señora que há cultivado su razon y su inteligencia, y que no por eso deja de ser modesta, preguntaba al sabio si un lapon es de la misma raza que un parisiense, que descende evidentemente de Adán; si un cafre es de la misma raza que un lapon; si un albino es de la raza de los cafres, y si un negro lo es de la de los albinos. El sabio le respondió que un hombre que tiene constantemente en su mano el astrolabio y el telescopio no se ocupa de estas bagatelas. M. Werdock se sonrió, y como la sonrisa de un lapon debe significar muchas cosas, la señora obligó á M. Werdock á explicarse.

«Entiendo, dijo éste, que es más fácil y más útil observar y conocer los objetos que nos rodean, que perderse en los espacios considerando lo que no se ha hecho para nosotros: y por otra parte, que si un caballo no engendra un elefante, ni un mastín un gozque, ni un reno un oso blanco, no es de presumir que un parisiense, un lapon, un cafre, un albino y un negro desciendan del mismo padre.»

Cuando un lapon piensa y se explica de este modo, la curiosidad que ha inspirado su grotesca figura cambia de naturaleza, y se desea que hable.

Otra señora, muy linda para ocuparse de otra cosa que de sí misma, pregunta á M. Werdock qué juicio ha formado de las francesas. «Señora, que las que se os parecen son encantadoras.» Decir á una mujer que es encantadora y no decirselo, es declarar que no se la puede decir otra cosa, y la señora quiere tomar la respuesta de M. Werdock por una galantería.

— Dos divinidades son objeto exclusivo del culto de nuestras jóvenes: la primera es la moda, la otra el amor. Era muy natural preguntar cómo visten las laponas. M. Werdock respondió que todas visten de una manera sencilla, cómoda y enteramente uniforme. Que en Laponia el arte no crea la belleza; que una mujer bonita lo debe allí todo á la naturaleza, y no tiene necesidad de arruinar á su marido para parecer bella; y por último, que las laponas ricas se visten con pieles de reno, cuyo pelo en invierno le llevan hácia adentro, y en verano hácia fuera. «¡Oh, qué horror!—Tened, señora, entendido, que no hay moda alguna que no perjudique á la naturaleza, y que lo que á primera vista parece ridículo llega á ser encantador con el hábito. Lo primero que se busca es la hermosura, y, si va acompañada de un corazón excelente, aun bajo los vestidos más extravagantes y raros puede aquélla estar segura de agradar.»

— El señor lapon adelanta con una inconcebible rapidez.—Quizá, señora, se me encontraría en La-

ponia muy desfigurado, porque todo es relativo, y quizá lo que os dignais aplaudir aquí no pareceria en Whardus más que un galimatías. Por lo demas, confieso que debo mucho á mi amigo el sabio. Éste me ha proporeionado un hombre complaciente, que me lleva á todas partes, todo me lo enseña y todo me lo explica. Y por cierto que si yo me permitiera oponer algunas de vuestras modas á la que vos hallais horrible, quizá la ventajaa estaria en favor de las laponas.—Pues bien, señor lapon, veamos vuestros contrastes.

»—Mi cicerone me ha conducido á un vasto salon donde se encuentran figuras y grabados hechos desde la invencion del arte hasta nuestros dias. Tengo buena memoria, y me acuerdo perfectamente que en los siglos XII, XIII y XIV, los elegantes vestian una sotana que les llegaba hasta los piés, y se cubrian la cabeza con un capuchon que les tapaba hasta los ojos, guarnecido con un cordon por las orillas y que terminaba en una larga cola. Conveniréis conmigo, señoras, en que el traje de estos elegantes no lo era más que el de los laponas, y, sin embargo, parecian muy bien, porque se estaba acostumbrado á la sotana y al capuchon.

«Bajo vuestro rey Cárlos V se usaban vestidos *blasonados*. Las señoras llevan las armas de sus maridos á la derecha, y las suyas á la izquierda. Estos blasones cubrian toda la *saya*, y estas pinturas llamaban más ó ménos la atencion, segun la antigüedad

de la familia. En Laponia no preguntamos de quién es hija una muchacha bonita; seduce y se la coloca en primer término; y bajo este aspecto, no creo que la desventaja esté tampoco de parte de los lapones.

»Bajo Carlos VI se inventó un vestido *medio-partido*, es decir, que un lado era de un color, y el otro de color diferente. Esta moda no se ha extinguido por completo: aún quedan restos de ella en vuestros ujieres y maceros. Y yo os pregunto, señoras, qué figura es más ridícula, la de una mujer cubierta de pieles suaves y abrigos, ó la de la que lleva un traje encarnado por el lado derecho y negro por el izquierdo.

»Bajo Francisco II notaron los hombres que un gran abdomen daba cierto aire de majestad, y se hicieron confeccionar enormes vientres á la polichinela. Las señoras creyeron que un trasero voluminoso era cuanto habia que ver respecto á gracia, y los arreglaron postizos. Nunca los lapones han tenido la peregrina ocurrencia de ponerse jorobas por delante, ni las laponas por detras.

»En este mismo reinado les ocurrió de repente á las mujeres cubrirse el rostro con una máscara de terciopelo negro llamada *loup*. Eban enmascaradas al baile, á la iglesia, á los espectáculos públicos y al paseo. Cuando la enmascarada tenia gracia y lindo talle se la seguia, y muchas veces sucedia que cuando se levantaba la máscara se arrepentia el hombre de los pasos que habia dado, y concluia por

reirse de las ilusiones forjadas y de las esperanzas concebidas. Nuestras laponas no engañan á nadie, porque se muestran tales y como son; y entiendo, señoras, que áun no se ha perdido del todo el uso del *loup*. Sin ir más léjos, ayer me ofreció un comerciante el color que quisiera para mi mujer, blanco, encarnado, negro y azul.

«Bajo Luis XIV se gastaban pelucas que caian hasta la cintura. Teníase esto por muy elegante y bello. Hace dos dias que he visto representar á *Zemir y Azor*. Éste lleva una peluca, precisamente á lo Luis XIV, la cual contribuye de un modo singular á hacerle extraordinariamente feo.

» No discutamos sobre modas; aquella que está en boga es indudablemente la que nos parece la mejor. Por otra parte, un hombre, cuyo gusto no está pervertido con las exageraciones de la moda, separa la mujer bonita de sus vestidos: no vé más que la primera, y muchas veces, despues de haber conversado con ella dos horas, no puede decir cómo estaba vestida.

»—El Sr. Lapon tiene razon, señoras, no es por los hombres por quien nos ataviamos, sino por nosotras mismas. ¡Qué cosa más agradable que criticar el sombrero de la señora fulana, el vestido de la señora futana, cuando estamos al abrigo de toda crítica!—Y no lo estais nunca, señoras, dijo un caballero que habia escuchado hasta entónces. Todo puedé ser objeto de la crítica. Si es necesario, con-

vertirá en tontería la tímida sencillez de la modestia y de las gracias. — Me asustais, señor Conde: ¿Y qué podrá decir de mi vestido la crítica más severa?—Que no teniais necesidad de arte, señora, y que ese lujo perjudica á la naturaleza; que se ha esmerado con vos.—Responder con una galantería no es decir nada. Por lo demas, estoy persuadida de que la belleza debe estar velada, pero no cubierta, y que nuestros ligeros vestidos que dejan entrever las formas, están muy por encima de las pieles de reno que nada permiten adivinar. Sed franco, Sr. Lapon.—Me parece, señora, que aquí, á fuerza de dejar adivinar no queda nada por conocer. Pero volvamos á la cuestion, si os agrada.

»Vuestras mamás deben recordar perfectamente haber visto las mujeres de distincion asemejarse á las avispas. Ajustábanse el talle de manera que no podian respirar, y la parte inferior del cuerpo la encerraban en aros de doce piés de anchura; llamábaseles guardainfantes. He visto un grabado que representa una señora en su carruaje, saliendo á derecha é izquierda por las ventanillas de éste las orillas de su guardainfante. En otro grabado las señoras atraviesan la habitaciones de Versalles, y hacen girar sus guardainfantes en todos sentidos para ver de poder pasar por las puertas demasiado estrechas para aquellos.

»Hace algunos años que los hombres han dejado la peluca; las mujeres la han adoptado y han lleva-

vado su afectacion hasta el extremo de querer ser rubias por la mañana y morenas por la tarde.

«Hace algunos años que vuestros jóvenes se abotonaban los calzones en la rodilla á fin de parecer zambos. En Laponia se quiere ser derecho cuando se es. No conciben las laponas que pueda ganar la hermosura con destruir la armonía que hay entre el cabello y la tez; y si hubiese asomado por Whardus una señora con guardainfante se hubieran desternillado de risa sus habitantes.

» Sin que os quede duda alguna, señoras; sois laponas cuando vais por la calle: usais esclavinas de peletería muy adornadas y muy abrigadas, y haceis bien; pero usais al mismo tiempo medias caladas y zapatos de papel, y en esto haceis mal.

«Las laponas tienen buenas botas forradas. Convento en que esta moda no permite lucir un pié diminuto y una pantorrilla seductora, pero los maridos lapones ven esto donde y cuando deben, y mi acompañante, á quien he hecho sobre esto algunas observaciones, me ha respondido recitando dos versos de un tal *Moliere*, que me parecen cuando ménos muy impertinentes:

«..... El cuidado de parecer bonita

No se toma, en verdad, por un marido.»

«Vuestras mamás hacian un poco más que dejar adivinar su pecho. Vosotras cubris el vuestro; pero descubris la espalda hasta en medio de la espina

vertebral, y transformais vuestros brazos en mangos de raqueta. No veo qué ventajas puedan resultar para vosotras ni para los demas de ir enseñando los dos omóplatos y la parte ménos torneada del brazo.—Es la costumbre.—Convendréis, al ménos, señora, en que tal costumbre no está conforme con el sentido comun.—¡Ah! no señor, si el sentido comun se ha hecho exclusivamente para las laponas. Señora, yo os doy las gracias por ellas, y deduzco de todo lo expuesto que visten, por lo ménos, también como vos.»

Es evidente que la señora que acaba de hablar es aquella que no es más que bonita, que ni sabe ni quiere ser otra cosa. Pero si nuestras señoras se someten al imperio de la moda, debemos confesar que, *en general, evitan todo lo que ésta tiene de exagerado, y que la razon y la decencia presiden á su tocado.*

«Es cosa particular, dice la señora razonable y espiritual, que haya venido Werdock desde las riberas del mar Glacial á enseñarnos cómo vestian nuestros abuelos. Por más que os desagrade, señoras, estoy convencida, y quizá vosotras también lo estais, de que las pieles de reno no son en manera alguna más ridículas que los vientres á la pochine-la, los traseros postizos, los guardainfantes y los omóplatos descubiertos. Creo, además, que las costumbres de los diferentes pueblos son tan opuestas como las modas, y que todo es bello y bueno para aquel que se encuentra bien con ello.»

Respondió la jóven bonita, que la *belleza* es una, que no admite ninguna distinción, y que todo lo que se aleja de ella es feo. Lo cual valia tanto como decir, que ella era incomparablemente la más hermosa, y que una persona es más ó ménos fea, segun se aleje más ó ménos de la perfeccion de sus facciones.

«Lo qué vos decís de la *belleza* no es, por cierto, irreatable, dijo la dama razonable. ¿Conoceis acaso dos individuos que definan la *belleza* de un mismo modo? Lo *bello* es para cada sér aquello que más halaga sus sentidos, y como nuestra organizacion difiere tanto como nuestras figuras, es imposible, por tanto, que bajo este aspecto no sea diferente nuestro modo de ver. M. Werdock sonrie. ¿Qué piensa M. Werdock?

— Señora, que es cosa rara que no se convenza todo el mundo con un razonamiento tan sencillo y tan verdadero. Si no hay moda que valga más que otra, tampoco hay forma que merezca la preferencia. El reptil puede creerse mejor formado que la danta, el oso más gracioso que el corzo. — Para él, sí, señor Werdock, pero, ¿y para los otros? — Tambien para los otros, señora. Los otros, para el reptil y el oso, son los animales de su especie; los demás les son completamente indiferentes. ¿Quién sabe, además, si ese reptil que se arrastra no cree que tiene un andar majestuoso, y si el sufrido y vigoroso jumento que retoza en la llanura, no se rie

de una mujer que camina sobre dos piernas delgadas, y se ayuda de sus brazos, echándolos alternativamente hácia atrás y hácia adelante? Sin embargo, si ésta nos parece bonita la preferimos á todo.

»—Y de consecuencia en consecuencia vendrá M. Werdock á probarnos que las laponas son las mujeres más bellas de toda la tierra. — Para un lapon, esto es indudable, señora. — ¿Y en qué consiste la belleza para un lapon? — En una cabeza voluminosa, un rostro ancho y aplastado, ojos pequeños, nariz chata, boca grande, talle corto y regordete, y si á todo esto une un lamparon ó papera, la mujer que acabo de retratar es proclamada la más bella del mundo. — ¡Ah! mi querido señor, vuestros lapones no harían fortuna en París. — Y á vos, señora, que aquí se os considera como una deidad, no se os miraría siquiera en Whardus. — Tanto peor para los señores lapones. — Quiá, no, señora; el gorrion no hace mérito alguno de la pardilla, ni el mirlo de la silvia, y no por esto son desgraciados. Aman á la compañera que les ha designado la naturaleza, y no desean nada más.»

La señora razonable exclamó que M. Werdock tenía razon y vá más léjos que éste, pues sostiene que la belleza no está en la figura del objeto amado, sino en los ojos del que ama. «Esto es tan verdad, añade, que no se halla una mujer que pueda amar á diez hombres, y que diez hombres

pueden amar á diez mujeres diferentes, de las cuales ninguna inspirará amor á ningun otro más que á su amante.

»—Vamos, dejemos esos razonamientos abstractos, dice la señora guapa, y sepamos cómo se hace el amor en Laponia. Aquellos amantes deben tener un modo de amar tan agradable como el que tienen para juzgar sobre la belleza.

»—Allí, señora, contesta M. Werdock, se atienen exclusivamente á la costumbre; y aun cuando esta señora tan razonable acaba de decir que las costumbres son tan opuestas como las modas, puede notarse, á poco que se reflexione, que son por todas partes muy semejantes, y que cuando en ellas hay alguna diferencia esencial quizá lleven los lapones la mejor parte. — Esto es lo que veremos. Pero dejémonos de preámbulos, si os parece bien, y decidnos, ¿cómo se hace el amor en vuestro país?

»—Señora, en Laponia se vé una jóven, se la ama, se compra á sus padres, éstos la entregan, se les paga, se casa uno con ella y se la lleva á su casa. — ¡Se casa sin haberle hecho la corte, sin haberle dado pruebas de esa constancia, de esos tiernos cuidados, esos dulces agasajos que constituyen la galantería! — La galantería, señora, es el lujo del amor; es la ocupacion de los que no tienen nada que hacer. — ¿Y vosotros comprais vuestras mujeres? — Mi acompañante me ha dicho que tambien se compran en este país. Nosotros damos el dinero al

suegro, aquí se lo dan al yerno; ésta es toda la diferencia. En ambos casos un matrimonio es un asunto de especulación. — ¿Y os casais con una mujer sin saber si os ama? — Mi acompañante me ha dicho también que aquí lo de ménos es la cuestión de amor; sea ó no amado el hombre, se casa siempre que la dote conviene. Decidme, os lo suplico, ¿quién es el que más ama, el que compra á su señora ó el que sólo toma la suya cuando lleva buena dote?

— ¿Y os son fieles esas mujeres con quienes os casais casi sin conocerlas? — Señora, la respuesta á esta cuestión obedece á costumbres enteramente locales, cuya comparacion quizá sea ventajosa á mis compatriotas. Ustedes se descargan del cuidado de ejercer la hospitalidad y la dejais al de gentes que la hacen pagar, y muy cara por cierto, y generalmente se está muy mal. El extranjero que viaja por Laponia es bien recibido en todas partes, y es un amigo del lapon desde el momento que pasa el umbral de su cabaña. Todo, absolutamente todo, está allí á su disposicion. — ¿Hasta la dueña de la casa? — El dueño no se consideraria hospitalario si se reservase alguna cosa. — ¡Ved ahí una costumbre infame! — Señora, señora, en otros países, me ha dicho mi acompañante, que el marido no dá nada, porque su señora es la encargada de hacer los honores de la casa.... En suma, no pueden ser opuestas las costumbres, cuando, ya en una forma, ya en otra, producen idénticos resultados.

»Permitirme, señora, continuar el paralelo. Mi amor propio gana con la comparacion y el vuestro nada pierde; porqué no os podré jamas persuadir de que un parisiense no valga lo que un lapon.

»Nosotros estamos desprovistos de todo lo que brilla y deslumbra. Ustedes tienen diamantes; mas, ¿para qué os sirven? Para que resalte más la fealdad y para que su resplandor perjudique á la belleza.

»— Aquí teneis carruajes adornados de oro, en los que os recostais muellemente, y que os privan poco á poco del libre ejercicio de vuestras piernas. Nosotros corremos en sencillos trineos, cuya direccion exige un ejercicio continuo; y mientras vuestros fogosos caballos caminan apenas diez ó doce leguas por caminos más llanos y compactos que el suelo de nuestras cabañas, un reno nos transporta al traves de montañas y precipicios y camina cincuenta leguas por dia. En esto hay, por tanto, compensacion.

»El número *tres* está en voga en todas partes, y nosotros tenemos tambien á *Thor*, *Storiunchar* y *Parjutte*.

»Tenemos iglesias como vosotros, y tenemos en ellas las ferias durante el invierno. Vosotros teneis mercados á la puerta de las vuestras, y en su interior los haceis de un modo no muy conforme con el espíritu del sétimo mandamiento.

»En Laponia hay hechiceros que predicen el porvenir y venden á los navegantes el buen tiempo;

vosotros teneis los prestidigitadores, á quienes escuchais con una especie de veneracion, y cuyo talento, así como el de nuestros hechiceros, consiste en imponer una contribucion sobre la tontería y la credulidad.

» Vosotros no os ocupais en toda vuestra vida de otra cosa que de vuestra salud. Adheridos á vuestro médico como la hiedra al árbol, nada haceis sino por él y para él. Le sois deudores de muchas enfermedades precoces, pero, en cambio, habeis razonado, conjeturado, combinado, habeis desterrado el tedio, y esto ya es, para vosotros, una gran cosa. Nada de esto conocemos nosotros. Siempre activos y laboriosos, no pensamos en el tiempo que pasa y llegamos á ciento treinta años sin padecer una enfermedad y sin saber que existen en el mundo comerciantes de salud.»

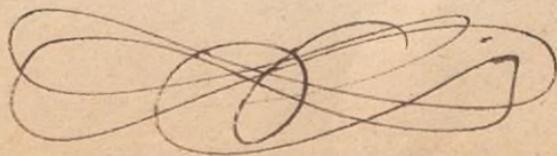
M. Werdock prosiguió por largo tiempo su paralelo, y la señora razonable observó que la balanza se inclinaba muchas veces de parte del lapon. Y, como la razon es *omnipotente* en París, las señoras, despues de haberse mirado unas á otras y consultado entre sí, consultaron tambien con los señores, y el consejo vaciló largo rato entre estas dos cuestiones: ¿Serémos *lapómanos* despues de haber sido *anglómanos*? ¿O se despreciará al lapon despues de haberse divertido con él como con un mono?

Decidióse por una gran mayoría que una francesa no puede empaquetarse en una piel de reno, lle-

var botas forradas, exponerse á romperse la crisma en un trineo, y, sobre todo, permitir que su marido disponga en absoluto de su persona.

A consecuencia de esta decision queda ahora M. Werdock tan abandonado como festejado habia sido ántes. Admirado del olvido en que ha caido tan de repente, preguntó la causa á su acompañante, el cual le respondió con estas tres palabras: «*Estais en Paris.*»

M. Werdock, muy picado, tomó decididamente un partido. Preguntó á su sabio por el globo que le habia de conducir á Whardus. Respondióle el sabio que el doctor de Tubinga, que anunció el descubrimiento, no ha comunicado aún su secreto al público. No pudiendo M. Werdock volverse por el aire, se decidió á viajar modestamente á pié, y pidió á su sabio dinero para pagar el hospedaje en el camino. Los sabios, por regla general, no son ricos, excepto los que llegan á ser caballeros de la órden de San Luis y Excelencia. Este envió al lapon á un hacendista. Los hacendistas saben el valor del dinero, y no lo dan así como quiera. Éste mandó á Werdock á un charlatan. El charlatan le demostró que, despues de haber sido agasajado en los salones y expulsado de ellos, no queda otro recurso que divertir al populacho. Le hace vestir como lapon, hablar el lapon, cantar en lapon, hacer piruetas, saltar, hacer muecas... y todo esto á dos sueldos por persona.



M. Werdock se encuentra muy mal con este género de vida; pero tiene esperanza de vivir tanto como el salvaje de Aveyron, el hombre que bebe aceite hirviendo, el que se mete en un horno caldeado, el pequeño Hércules del Norte, y que podrá, al fin, con sus modestos ahorros, volver en medio de sus renos. Entónces escribirá á la puerta de su baña :

«Es muy loco el que, siendo feliz en su casa, va á correr mundo fiado en la palabra de otro.»

FIN DE LAS COSTUMBRES.

UNA PALABRA SOBRE PARÍS,

POR

PIGAULT-LEBRUN.

UNA PALABRA SOBRE PARIS.

Después de treinta años de deseos inútiles, héme aquí en esta ciudad, á la que dicen no se parece ninguna otra, y de lo cual creo no debe pesarnos. Una extension inmensa; tener que andar algunas leguas aunque no haya que hacer nada más que un par de asuntos cada dia. Para hablar á dos particulares, puede uno tener necesidad de ir desde lo alto del arrabal de Roul al extremo del arrabal de Santiago; si no se encuentra al sujeto, ya puede V. al dia siguiente emprender de nuevo el paseo, y este ejercicio no es muy agradable que digamos, sobre todo para aquel á quien no gusta que le muelan el cuerpo á codazos, que un carbonero le dé betun á la pechera de su camisa ó le almidone las mangas y los faldones de la levita un harinero, que un aguador le acaricie sus piés con un pisoton, que le detengan mujeres demasiado amables, ó distribuidores de anuncios, que le salpique de lodo un simon ó que le atropelle una carretela, que le ayude á le-

vantar un hombre demasiado obsequioso que le roba el reloj, ó cuando ménos el pañuelo, etc.

Es verdad que pueden evitarse estos pequeños inconvenientes tomando un coche de plaza. Pero es necesario, ántes de sentarse en él con ropa un poco limpia, examinar cuidadosamente su interior, y por más atencion que se ponga, no se evitará que, habiendo entrado sólo, se salga acompañado de un modo algo desagradable. Si habeis tomado el coche por una hora, el cochero no conoce bien las calles; el piso está muy seco ó muy húmedo, es necesario ir al paso. El muy tuno os lleva por callejuelas estrechas, donde espera se opondrá á su paso cualquier obstáculo. Cuando esto sucede, echa venablos por su boca, jura, maldice, riñe con el carretero, con el conductor de la modesta carretilla, con el tendero que ha dejado una caja de jabón fuera de su tienda. Entre tanto pasa la hora, que es lo que él busca. La de hacer vuestro asunto pasa tambien; y no hallais al sujeto en casa. Si, amaestrado por una deplorable experiencia, tomais al dia siguiente un simon para una carrera, ¡oh! entónces la cosa varía. El cochero sacude á diestro y siniestro latigazos á sus pencos, y consigue ponerlos al trote, los castiga sin cesar para que conserven el ardor del arranque; busca el camino más corto; por no dar enatro pasos más, va el coche tocando á las paredes cuando dobla las esquinas, hasta que uno de los caballos mete la cabeza por la ventana de la

tienda de una modista, cuya vidriera sale más de lo que permiten los reglamentos de policía. Las modistillas, que sólo están deseando un pretexto para mostrarse á sus amantes, tiran la trencilla, la gasa, el tul, y corren presurosas á la puerta. Allí se agrupan con arte, rien, dan chacota, y muestran sus gracias ingenuas..... ó no, y los papanatas se detienen y agrupan sin más objeto que mirar tontamente al cristal roto.

¿Quién pagará este cristal? El cochero aún no se ha estrenado, y no tiene un real. Vos no queréis triplicar el precio de una carrera que aún no ha terminado; vais á continuar á pié; nada de eso. Se conduce al cochero ante el comisario de policía, y se os obliga con mucha cortesía á que le sigáis, porque vuestro testimonio es decisivo en asunto de tamaña importancia. Os resistís, se incomodan. Creéis escapar fácilmente de la modista y de las grisetas; se presenta un señor que protege la tienda, se os aproxima y os dice terminantemente que no os dejará hasta que hayáis comparecido delante del señor comisario. Le seguís, para terminar, pero lejos de eso os encontráis con que el despacho del comisario está atestado de gente de todas clases. Aquí, un inquilino cogido en el acto de querer llevarse furtivamente sus muebles; allí, espera una madre que viene á reclamar los honorarios que se niegan á su hija, y que ésta tiene muy bien ganados. Cerca de la mesa del jefe ha, un ratero á quien se interroga, y cuyas

contestacionos se van escribiendo. No os llegará el turno en dos horas lo ménos, y no teneis un momento que perder. Pagais el cristal; entrais apresuradamente en otro coche; prometeis al coçhero una buena propina si va de prisa, y parte como e rayo. A la bajada de un puente los caballos no tienen fuerza para contener el coche; éste va más ligero que ellos. El juego delantero cae con violencia sobre los corvejones de los caballos; el timon se levanta, rómpense las cinchas y los tirantes, los arreos saltan á diez piés del suelo; los caballos salen escapados, derriban y atropellan á una mujer gruesa, á un presidente del tribunal de casacion, á un clérigo jóven que, ajeno á las cosas de este mundo, caminaba con los ojos fijos en el cielo. Las terribles palabras *el comisario* resuenan en vuestro oido; os escapais por una portezuela y seguis á pié vuestro camino. El señor á quien buscabais vive en el Malecon de Antin, y en este cuartel no se encuentran limpiabotas, porque en él sólo habita gente rica, y todos, lo mismo el estafador que el hombre honrado, gastan allí carretela. Un lacayo os mide con la vista de los piés á la cabeza; estais lleno de lodo y cree que sois algun obrero que trae un memorial al señor Conde, y el señor Conde no está para memoriales; y se os despide. En vano es que digais que sois un amigo íntimo del señor, el señor no tiene amigos que vayan á pié, y, hace dos años, el señor Conde era un abogado sin pleitos. Pero el

señor Conde tiene una figura elegante, y la mujer de un ministro se ha encargado de hacer su fortuna.

Yo, para evitar estos disgustos interminables, dar-me tono y honrar á mis compatriotas, he tomado un coche alquilado. He hecho que mi cochero vistiese una librea, como acostumbran aquí muchas gentes cuyos antepasados fueron tan nobles como yo; me he vestido con elegancia, y, gracias á esta metamórfosis, tengo entrada en todas partes, soy recibido y agasajado por doquiera. Se me cree rico, y aquí, como en todas partes, esto es suficiente. ¡Tantos individuos están interesados en no averiguar lo que el hombre opulento era la víspera!

Como es de hombres prudentes estudiar el país desconocido donde se habita, manifesté á mi cochero mi deseo de visitar todos los cuarteles de París. A una calle espaciosa y que no ofrece á la vista nada más que magníficos palacios, desembocan una porcion de callejuelas donde nunca penetra el sol, y en las que se respira un aire denso é infecto. Estas callejuelas son los asilos de la indigencia. La insalubridad del domicilio y los continuos golpes de la miseria llevan á sus tristes habitantes á una vejez prematura. Su palidez y su debilidad indican su deplorable estado; nacieron, han vegetado y mueren sin que nadie se ocupe de ellos. A cuatro pasos de aquí se celebra un matrimonio, union cuyo infortunio, trascurrido el primer momento, no conoce más que disgustos. La jóven y bri-

llante esposa está cargada de oro y de diamantes que no satisfacen más que su vanidad; diez mesas inútiles están suntuosamente servidas, y los lacayos desperdician lo que bastaría para alimentar durante muchos días á una madre de la vecina callejuela que no tiene pan que dar á sus niños mayores, y cuyo seno enjuto no puede refrescar los labios ni las abrasadas entrañas del infeliz que acaba de nacer.

Cierro los ojos y me alejo de este repugnante contraste que subleva el corazón, y paso á otro cuartel. Lo más raro y precioso que han podido reunir los naturalistas, lo que la botánica ha arrebatado á los más lejanos climas, y lo que á fuerza de arte obliga á producir á la naturaleza, está oculto en la parte más sucia de la ciudad. Allí está reunido cuanto tienen de más repugnante el vicio y la miseria. En frente del palacio ilustrado por Buffon está el hospicio, donde se reciben las víctimas del libertinaje de sus padres y de la indiferencia de sus criminales madres. Poco más lejos está la soberbia basílica de Santa Genoveva. A través de esta sentina es necesario pasar para ir á tributar homenaje á los manes de los grandes hombres que han ilustrado su patria.

Retrocedo, y dirijo mi excursión hácia esos muelles y esos andenes que admiran los extranjeros, según dicen. Los muelles están obstruidos por una multitud de desgraciados que no hallan trabajo, ó

que pasean su indolencia y su pereza; que no saben si comerán y que miran tranquilamente al escamoteador y al burro sabio. Dirigidles dos palabras; prometedles el saqueo y la impunidad, y recobrarán momentáneamente su actividad y revolverán la ciudad.

Para apartaros de ellos, os vais á los andenes: la naranjera, la limonera, el vendedor de yesca y de sombreros viejos, el limpiabotas y el traperero os cierran el paso á cada instante.

Llego al palacio real. Frente á la magnífica columnata de Perrault está la mezquina iglesia de San German l'-Auxerrois. Entro en los Patios; aquí crece la yerba; allí hay montones de escombrós. Voy más allá: casas abandonadas, otras que acaban de derribar, ruinas aglomeradas, todo anuncia un plan noble, grandioso, que atestigua á la vez el genio que le hace concebir y la impotencia que impide ejecutarlo.

Desde aquí me dirijo á los paseos públicos. Véo en ellos una infinidad de mujeres que no se mueven de un lugar, y que están allí con el sólo objeto de criticar su sexo ó inspirar deseos al otro. Multitud de hombres apiñados les van pasando revista y las miran con un descaro que hace creer que carecen de toda idea de moralidad ó que no la suponen en ellas.

¡Ah! dije yo para mis adentros, no es en las calles ni en los sitios públicos donde se puede cono-

cer á los habitantes de esta ciudad; en el interior de las familias es donde deben estudiarse el espíritu, las inclinaciones y los hábitos de los parisienses.

Todo esto varía segun los cuarteles. Uno que pasa por elegante en el Malecon de Antin, sería completamente ridículo en el Marais, y vice-versa. Las tenderas de la calle de San Dionisio no se parecen en nada á las del Palais-Royal; la devota y la mujer mundana no guardan entre sí relacion de ninguna especie. Los que frecuentan los espectáculos del bulevar viven en otro siglo que los amantes del *Misántropo*, de *Athalía* y de *Mélope*: Sólo el Palacio Real es un mundo aparte. Voy á intentar exponer los rasgos característicos, y hasta los matices que separan estos diferentes pueblos.

En el Malecon de Antin todo es ligero, frívolo y brillante. Allí todos son ricos, ociosos, y no se conoce más que una pasion, la manía de deslumbrar. El hombre desocupado se aburre con frecuencia. De aquí la necesidad de distraerse para sobrellevar la pesada carga de la vida, y dar grande importancia á la bagatela más insignificante. La primera salida de una actriz á las tablas, una pieza silbaba, una gorra de nueva forma, son, para aquéllos, acontecimientos importantes. Allí se dan grandes banquetes, en los que se aburren soberanamente, sólo por darse tono. Nada se ha hablado de sobremesa, y ya se teme el momento de abandonarla, porque no

encuentran nada que decir. Si hay en la reunion un hombre de algun mérito, ó una señora de talento, se apresúran á ponerlos en escena; es necesario á todo trance comenzar la conversacion sin que importe nada sobre qué ni cómo. La señora de la casa, por su posicion, está obligada á hablar de todo. Si es bonita, tiene carta blanca para disparatar cuanto quiera; si es vieja ó fea, manda traer la baraja. La baraja salva su amor propio ofendido por la especie de abandono en que se la deja. Con la baraja se entretienen hasta media noche, y se ha pasado en su casa una velada *deliciosa*.

Mientras ésta se fastidia, y se hastian además en otras mesas, se han enredado en los ángulos del salon conversaciones particulares más ó ménos animadas. Aquí es donde se contrae un compromiso ó se prepara una ruptura; aquí es donde una mujer que quiere vivir honradamente con un hombre, le propone un excelente partido. Éste no pára mientras en si la jóven es fea ó bonita, espiritual ó idiota, amable ó huraña, si tiene buenas cualidades, talento, etc.; su dote es de *tanto*, esto basta; porque en este país el matrimonio no es un vínculo, no es siquiera una union, es un negocio.

Tampoco se toma esposa para hacer buenas madres de familia. Aportan una fortuna, y deben gozar de los placeres que ofrece la vida. Sin embargo, aunque el marido de lo que ménos se cuida es de su mujer, como tiene que presentarla en la buena

sociedad sin hacer más papel, estas jóvenes saben bailar, cantar, tocar el arpa, instrumento muy á propósito para el desarrollo del brazo, del pié y de la pierna. Afectan no saber cantar más que en italiano, que no entienden; han hecho un estudio concienzudo del *gabota*, y lo bailan con tanta perfección como las bailarinas de la Ópera. Desdeñan los trabajos útiles y bordan muy bien una camisa; llevan y ocultan con singular maestría un bolsillo que entregan, haciendo un guiño, á un jóven *seductor*, que lo recibe como un gran favor, y que se apresura á prestar homenaje á su señora del día.

Al día siguiente vais á comer al Marais. No sabéis donde os encontráis. Los convidados se presentan sin mucha etiqueta, y apénas se entra ya está la sopa en la mesa. Aquí no se convida sino á gente muy conocida; así es que no hay que andar buscando entre cien caras extrañas una persona que nos sea simpática, porque estais seguro de encontrar allí un amigo; si por casualidad aún no ha llegado el vuestro, sois admitido en la casa y obsequiado preferentemente. Al momento conocéis al buen marido en el tono afectuoso que reina entre él y su mujer; en ésta reconocéis á la madre de familia en el aire decente y reservado de su hija. Ésta no dice necedades, no rie á carcajadas sin saber de qué. Contesta con buen sentido y modestia á lo que le decís. Baila mal, porque bailar no es para ella nada más que un placer; y canta sin gusto;

pero sin hacerse rogar. Una mirada de su madre la pára; es tiempo de servir el café y las copas, estos cuidados la esperan. No ignora nada de la economía doméstica. No sabe más que el francés, pero lo sabe bien. Ha leído buenos libros, pero nunca habla de ellos.

En este cuartel son las costumbres muy severas. Una señorita deja á su madre por primera vez el día que se casa. No se la confía á una doncella, ni á una amiga de salon á la que casi no se conoce, ni á un hombre, sea quien quiera, excepto su padre; nunca ha llegado á su oído una palabra grosera ni aún equívoca, es una vírgen que se entrega en toda su pureza. El hombre que la toma por esposa se casa realmente; puede estar seguro de no tener nunca disgustos.... hasta donde esto se puede asegurar.

Voy á comprar una cosa en la calle de San Dionisio. Ningun lujo exterior manifiesta las riquezas que encierra la tienda. La tendera y su hija están vestidas con sencillez. Su delantal indica su profesión de que ellas no se avergüenzan. Son amables, pero no charlatanas. No juran, porque su probidad es conocida y la han heredado de sus padres.

De aquí voy al Palais-Royal. Todo es aquí lujoso, hasta las muestras. Parece que les paran los pies á los transeuntes para obligarlos á entrar. Mostradores de caoba, taburetes cubiertos de terciopelo, una trastienda ricamente decorada, una

tendera vestida con la mayor elegancia y que os aturde con su charla; los escaparates atestados de mercancías, desmantelado el fondo de la tienda, hé aquí lo que nota el observador. No hay á la mano lo que buscais; se os dice que van por ello al almacén, y van á buscarlo á la tienda inmediata. Protestan, juran bajo palabra de honor que nada pueden rebajar del precio exigido, con un tono de seguridad y un aire tan resuelto, que aparentan cierto hábito de ocuparse sólo en grandes negocios, y en cuanto se os ha atrapado, llega un ujier y secuestra todo cuanto hay en la tienda, todo, excepto la tendera, que no sirve para nada.

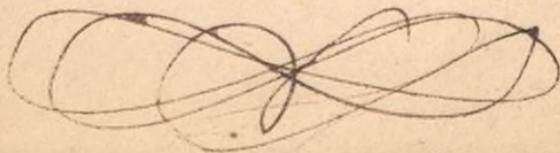
El Palais-Royal es el punto de reunion de los habitantes de todos los cuarteles, y de esos cosmopolitas que tanto abundan en París. El ocioso, el intrigante, el estafador, el hombre honrado, el rateo, etc., se codean, se encuentran, se saludan, se injurian. Las mujeres honradas no pasan por aquí á no ser por curiosidad, y desgraciadas de ellas si no saben el camino que deben seguir, ó si detienen el paso: se acercan á ellas, las hablan con descaro; huyen, y los insolentes rien de lo que ellos llaman gazmoñería.

Encuentra aquí el hombre todos los medios imaginables para arruinarse. Todo lo que puede alagar el gusto, las pasiones, y hasta la inteligencia, se encuentra con profusion. Joyeros, sastres, guarnicioneros, librerós, hosteleros, cafeteros, y hasta el

monstruo llamado la Venus Hotentote, parece que que se disputan los transeuntes. Hay aquí tambien casas de juego para vaciar el bolsillo de aquél que se ha resistido al sonreír medio libertino de la modista, y al liuno que sale de las cocinas subterráneas de una hostelería. En estas casas es donde se pierde el dinero que se posee, el que se puede robar á los padres ó el que se ha recibido en depósito. Al salir de ellas es cuando el imbécil, á quien siquiera queda algun sentimiento de honor, va á levantarse de un pistoletazo la tapa de los sesos, ó á arrojarse desde un puente al rio.

En cuanto la noche comienza á extender su negro manto, la escena varía por completo, y para el hombre sensato, se convierte este lugar en una verdadera caverna. Los vicios, comprimidos por la claridad del dia, se muestran en toda su deformidad. El champagne obra sobre unos, el rón sobre otros. Grupos de mujeres mundanas intentan seduciros presentándose vestidas de la manera más indecorosa y empleando el lenguaje más indecente, manifestando de este modo su depravacion profunda. Y esto en frente de las tiendas mejor alumbradas, presenciando de este modo la jóven tendera y su hija, inocente aún, los cuadros más licenciosos. El hábito de presenciar tales espectáculos conduce necesariamente al menosprecio de las buenas costumbres.

La mujer que se estima y se respeta, tiene buen



cuidado de no atravesar esta cloaca en cuanto cierra la noche; si se la encontrase allí con su hija, ya habia perdido por completo su reputacion. Hay, sin embargo, ocasiones en que se ven obligadas á pasar por este sitio; pero van muy de prisa, sin osar mirar más que al suelo, y avergonzadas de encontrarse en tal lugar.

Hay, sin duda, que hacer algunas excepciones en los cuadros que acabo de trazar, no hay una sola calle en París donde no se encuentren vecinos honrados, probos y virtuosos; pero he generalizado mis ideas, he pintado las masas, y no creo haberme alejado de la verdad.

Réstame aún hablar de la devota de nuestro tiempo y de la mujer mundana.

Hace treinta años que una mujer jóven, bonita, rica y considerada por el alto puesto que su marido desempeñaba en la gobernacion del Estado, estaba rodeada de todas las ilusiones. Nueva Psíquis, revoloteaban los placeres en derredor suyo; su palacio estaba lleno de cortesanos sumisos; el gusto más exquisito presidia á las fiestas que aquéllos ofrecian á su divinidad. Embriagada con su belleza, celebrada sin cesar, y con los homenajes que se la prodigaban; ¿era difícil que el amor la hiciese oír su lenguaje? ¿Y qué seductor más peligroso que el hombre amable y apasionado, que sabe que el medio más seguro de que una mujer le escuche, es hablarle siempre de sí misma?

Sin embargo, esta mujer tan admirada, tan ensalzada, que era la reina de la moda, y cuyas decisiones eran adoptadas y puestas por obra al momento, que era aplaudida aún antes de hablar, esta mujer perdía todos los días algo de los atractivos y de las gracias de su juventud, y disminuía insensiblemente el número de sus adoradores. Viva, ligera, atolondrada, y hasta un poco cáustica, no había podido tener más que amantes. La amistad le era desconocida, y no tenía ninguna de las condiciones que pueden inspirarla.

«Bajo nacientes arrugas

Se esconde aún el amor,

ha dicho Gentil Bernard. Mas á la señora no le agradaban los hombres que prefieren los sazonados frutos del estío á las flores de la primavera. Sin embargo, era necesario llenar un corazón que siempre había estado agitado, ocupado, y para el que el vacío era un estado insoportable. Despójase de sus diamantes; renuncia á los colores vivos, y se adopta los sombríos; cúbrese con un tupido velo los encantos cuyo poder se echaba de ménos. Adopta un carácter reservado y un lenguaje modesto; traba amistad con un prelado cuando sólo tiene treinta y seis años, y con un canónigo cuando llega á los cuarenta. Entra en la iglesia escoltada por dos lacayos, uno de los cuales lleva un libro

con cantos dorados y encuadernado en tafilete, con el escudo de armas de la señora, en una caja de terciopelo carmesí, con cordones, borlas y guarniciones de oro. El otro criado lleva un cojin más lujoso aún, en el que la señora tiene á bien arrodillarse delante del Sér de los seres. El portero de la parroquia, que recibe buenas propinas, está esperando siempre á la entrada. Va delante abriendo paso con ciertas ínfulas de autoridad, y la señora atraviesa el templo pomposamente, rodeada de gentes sencillas que vienen á él á adorar á un Dios pobre como ellas. En suma, la señora se ha hecho devota por ser alguna cosa.

Hoy la devota es una mujer de buena fe, que va á hacer oracion porque su corazon está persuadido. Se sienta en la primera silla que se presenta. Cubierta con un sombrero muy sencillo, á nadie observa ni procura llamar la atencion de nadie. Si hablais de religion en su presencia se calla, porque no sabe más qué creer. Cumple los deberes que se ha impuesto, sin publicidad y sin ostentacion. Las dulces afecciones que llenan su corazon se extienden á todo lo que la rodea. Buena esposa, mejor madre y excelente amiga, es de todos correspondida. Sólo sería de desear que pasase ménos tiempo en la iglesia; pero vuelve tan afable que la reconvencion espira en los labios.

Educa á su hija, no en sus principios, pues no los tiene, sino en su creencia. La jóven ama á su

madre, y por ella se somete á privaciones, y á un género de vida que le parece penoso, y quizá un tanto ridículo. Déjase, por fin, sentir el amor. Las prácticas religiosas la fatigan más cada vez; la naturaleza habla más alto que las tablas de Moises. Aprueba el papá la inclinacion de su hija; ésta se ve libre de su madre, que se consuela pensando que los placeres frívolos del mundo no satisfarán su corazon, y que tarde ó temprano volverá sus ojos hácia la eternidad..... amén.

La mujer mundana aparece en la iglesia para satisfacer su curiosidad, y algunas veces una sensacion más viva. Un *Te Deum*, un casamiento, un predicador á la moda, pueden atraerla tambien. Entra, adornada con todo aquello con que el arte puede ayudar á embellecer á la naturaleza. Atraviesa el templo con aire de triunfo; le parece que allí no debe adorarse á otra divinidad más que á ella. Sus hermosos ojos vagan por todos lados y buscan por doquiera corazones que someter. Aparece el amante del dia, le saluda con un aire gracioso; pero al mismo tiempo procura descubrir el amante de mañana. Es completamente extraña á lo que se hace en el altar ó á lo que se dice en el púlpito. Sale, porque todo el mundo se retira, despues de haber escandalizado atrozmente á una buena devota, mas ésta ha rogado por la mujer mundana despues de haber reprimido un ligero movimiento de cólera, y de haber repetido muchas veces aquellas tan re-

petidas y célebres palabras del Cristo. «MULTI SUNT VOCATI, PAUCI VERÒ ELECTI (*Muchos son los llamados, mas pocos los escogidos*).»

FIN DE UNA PALABRA SOBRE PARÍS.

METUSKO

LA INDEPENDENCIA DE POLONIA

METUSKO

ó

LA INDEPENDENCIA DE POLONIA,

POR

PIGAULT-LEBRUN.

Los sucesos habian en un punto, aquellos
cumplidos, como la libertad de Polonia, las
antiguas naciones la libertad de Polonia, etc.
Después de los sucesos modernos, de su espíritu, de su
tendimiento, como en la capital del mundo, etc.
que las otras naciones, y que se venian
a desarrollar, etc. etc. etc. etc. etc. etc. etc.
los principios y las profetas, etc. etc. etc.
de la independencia y la libertad, etc. etc. etc.

Los sucesos habian en un punto, aquellos
cumplidos, como la libertad de Polonia, las
antiguas naciones la libertad de Polonia, etc.
Después de los sucesos modernos, de su espíritu, de su
tendimiento, como en la capital del mundo, etc.
que las otras naciones, y que se venian
a desarrollar, etc. etc. etc. etc. etc. etc. etc.
los principios y las profetas, etc. etc. etc.
de la independencia y la libertad, etc. etc. etc.

Los sucesos habian en un punto, aquellos
cumplidos, como la libertad de Polonia, las
antiguas naciones la libertad de Polonia, etc.
Después de los sucesos modernos, de su espíritu, de su
tendimiento, como en la capital del mundo, etc.
que las otras naciones, y que se venian
a desarrollar, etc. etc. etc. etc. etc. etc. etc.
los principios y las profetas, etc. etc. etc.
de la independencia y la libertad, etc. etc. etc.

Alba y Rodriguez

METUSKO

LA INDEPENDENCIA DE POLONIA.

Los sármatas habian perdido, en parte, aquellas costumbres bárbaras que hicieron despreciable á los antiguos romanos la mitad del mundo conocido. Decaidos los romanos modernos de su esplendor antiguo, concentraban en la capital del mundo cristiano las artes útiles ó agradables, á cuya sombra se desarrollaron rápidamente la ignorancia de los principios y los prejuicios religiosos, hijos peligrosos del envilecimiento y languidez del cuerpo político.

Los papas reinaban por la opinion, los emperadores de Alemania se sostenian por la fuerza de las armas ó por las divisiones que agitaban la Europa, los soberanos débiles oponian la intriga á la ambicion; los grandes vasallos vejaban los pueblos, y el vulgo nacia, trabajaba y moria para sus injustos é ingratos señores.

Los sármatas, los scandinavos, y, en general, los pueblos del Norte, conservaban apénas el recuerdo

Anillo y Rodriguez

de sus antepasados, cuyo valor contrarestó por tanto tiempo la suerte de las águilas romanas; mas los sármatas polacos conservaban, en medio de las borrascas que trastornaban la Europa, esa fiera nacional, ese valor fogoso, que siempre los distinguieron. Mezclaban, según costumbre de estos tiempos, virtudes sencillas y á veces sublimes, con los vicios más repugnantes; los hechos más elevados con las prácticas más supersticiosas; el cristianismo con los usos absurdos ó crueles que habia consagrado la más ciega idolatría.

A fines del siglo XII todavía ahogaban los polacos á los niños que nacian contrahechos y abreviaban la vida de los ancianos imposibilitados; los palatinos tenian derecho de vida y muerte sobre sus vasallos y no podian ser detenidos por ningun crimen hasta que estuviesen jurídicamente convictos del mismo. La violación de una mujer, este bárbaro abuso de la fuerza que despoja á un sexo débil del derecho tan legítimo y tan dulce de ceder á las inclinaciones de su corazón, la violación, repito, sólo era castigada de muerte cuando la mujer, ultrajada en su honor y en sus afecciones, se negaba á borrar, por medio del matrimonio, la mancha que le habia impreso un amor brutal. El espíritu caballeresco contrarestaba estas instituciones monstruosas y mantenía un orden aparente en medio de los gérmenes de la anarquía.

Sin embargo, un Estado débil cuyos miembros

estaban divididos por interes ó por inclinacion, unas Dietas en que los asuntos más importantes se discutian sable en mano, reservado el derecho de morir por la patria á los nobles, que eran los únicos que la tenian; ejércitos intrépidos, pero indisciplinados; tantas causas debian someter á la Polonia al yugo extranjero, y sufrió, en efecto, el de los emperadores de Alemania.

Estos arrogantes polacos habian venido á ser tributarios de una potencia extranjera, que llegó hasta nombrar los señores que habian de gobernarlos. Rodolfo, á quien su mérito solamente le habia elevado al trono imperial, y que fué el fundador de esa casa de Austria, á la cual el mundo ha admirado y temido durante muchos siglos, hizo más pesado el yugo que agobiaba á los polacos, pero que no habia en manera alguna extinguido el carácter nacional.

Un palatino bravo, magnánimo, pero arrebatado, celoso de sus derechos, poderoso por sus vasallos y por la consideracion de que gozaba, instruido en el arte de la guerra por veinte años de trabajos, Metusko, fué el primero que lanzó el grito de: *Libertad!* siempre amado por los polacos.

Este grito vuela de palatinado en palatinado. El nombre de Metusko reanima las ya casi muertas esperanzas y hace que renazca la confianza. Se levantan, se aglomeran, marchan sin orden, pero el valor suple la falta de disciplina. Algunos destaca-

mentos de tropas imperiales son completamente derrotados por hidalgos sin jefe, pero guiados por el noble anhelo de libertar á su patria. Millares de hombres, que acuden en tropel de todos los puntos de la Polonia á reunirse cerca de Canisco, forman un ejército numeroso que nombra jefe por unanimidad al fogoso, al intrépido Metusko.

No habia este guerrero solicitado el honor del primer puesto; sentíase, empero, como el más digno de él, y aceptó con noble franqueza el grado que le conferia la general estima. Juró justificarla y fué fiel á su juramento.

Entre los que se habian colocado voluntariamente bajo sus banderas, distinguíase el jóven Sobieski, tronco originario de esa noble familia que tanto lustre ha dado despues á la Polonia. A las cualidades que constituyen los grandes hombres reunia una rara modestia, una extremada sensibilidad, y ese atractivo especial que desarma hasta la envidia. Educado entre personas que odiaban á los opresores, léjos de una córte que su padre menospreciaba, pasaba su adolescencia en el castillo de Mulnicza, en donde se ocupaba la mayor parte del tiempo en ejercicios militares. Todo el que podia sustraerse á la compañía de sus iguales é inferiores lo empleaba en cultivar su espíritu en secreto, temiendo aparecer ridículo á los ojos de los que hacian entonces de la ignorancia uno de los atributos de la grandeza.

Distante algunas leguas de Mulnicza, en el castillo de Blonia, vivia el viejo Polinski, antiguo compañero de armas del padre de Sobieski. Juntos habíanse en otro tiempo cubierto de laureles en las guerras contra los turcos y los húngaros, mientras que ahora reducíales la fria vejez á hacer fervientes votos por la libertad de su patria. Veíanse con frecuencia los dos ancianos, y unos mismos hábitos y unas mismas opiniones políticas fortalecian los lazos de su antigua amistad.

Polinski tenía una hija. Diez y seis años de edad, una figura encantadora, un talle esbelto y airoso, formas ya pronunciadas, la dulzura de un ángel y un corazon tierno, he aquí el retrato de Polinska.

Sobieski la vió por vez primera en esa edad en que, desarrollándose los órganos con una fuerza irresistible de atraccion, parece el hombre nacido exclusivamente para amar, en que su corazon, semejante á una hoguera, comunica su calor á todo lo que se le aproxima; Sobieski vió á Polinska, y desde entónces vivió sólo por ella y para ella. Aún no habia aquél declarado su amor, y ya ésta se aplaudia interiormente de no haber inclinado su corazon en favor de un ingrato.

En una de esas fiestas en que la alegría va unida á la austera decencia, en que los juegos, los cantos, el baile, el tumulto, el resplandor misterioso de las hachas, enardecen una imaginacion ya exaltada, electrizan un corazon atormentado ya por

la necesidad de desahogarse, Polinska, alarmada de un estado nuevo para ella, se escapa de en medio de la fiesta y va á buscar bajo un árbol solitario la calma de los sentidos, que trae consigo la frescura de una bella noche. Sentada sobre un banco de césped, distraíase deshojando azucenas, á cuya blancura la suya superaba.

Nada escapa al ojo atento de un amante. Había-la visto salir Sobieski que, como ella, estaba atormentado por deseos apremiantes, sin que hubiese procurado hasta entónces definirlos. La intimidad que acababa de establecerse entre ellos, y, sobre todo, la oscuridad, exaltaron al jóven amante; está de rodillas á los piés de Polinska, habla él y ella se estremece de placer; aquél le confiesa su amor con ese candor que revela la sinceridad de la confesion. Polinska se hallaba en un estado de completa inocencia, y la inocencia no sabe disimular: nada respondió, pero dejó caer su mano sobre la de su amante.

Sus padres vieron gozosos nacer una pasion que parecia acrecentarse por momentos. Mucho tiempo hacia que tenian el propósito de no formar más que una sola familia; cedieron á los deseos impacientes de sus hijos, y fijaron el dia en que éstos debian unirse.

Sobieski y Polinska contaban las horas, los minutos, pero los contaban juntos. Dichosos tiempos del amor, en que éste se mantiene de esperanzas, de ilusiones, de caricias puras, de encantadoras ba-

gatelas, ménos punzantes, pero más dulces que el placer, y que no traen consigo, como le sucede á éste, el hastío ni el arrepentimiento.

Paseábase la enamorada pareja por este lugar solitario, testigo discreto y querido de sus primeras promesas. Dos brazos entrelazados jugaban amorosamente; dos manos desocupadas se buscaban, se encontraban y acariciaban con ternura. Las miradas apasionadas de Sobieski hacian que se cubriese la frente de Polinska del color de la púrpura; era como un capullo de rosa que quiere abrirse, que espera y teme el primer rayo del sol. De repente, déjase oír en Blonia la trompeta; su agudo sonido penetra bajo la bóveda de follaje, apacible asilo de amores. Sobieski y Polinska se estremecen sin saber por qué, pues cuando se llega á la felicidad, se comienza á sentir y conocer que ésta no es otra cosa que una sombra fugitiva dispuesta siempre á desvanecerse.

Sobieski sale de los jardines precipitadamente. Buscábanle su padre y Polinski; la alegría que brilla en sus semblantes disipa un momento sus temores; pero un frio mortal hiela su sangre cuando oye estas palabras: «Regocijaos, hijo mio; la Polonia ha encontrado por fin libertadores; el solo nombre de Metusko produce ejércitos. Uníos á la nobleza de los alrededores, que se está reuniendo en Blonia. Id, servid á vuestra patria con tanto celo como desplegais por agradar á la belleza; volved libre, y

los laureles de la gloria os serán presentados por la mano del amor.»

El jóven Sobieski suspira y sus miradas se fijan en su amada, pálida, temblorosa, inanimada. Osa imprimirla á hurtadillas un beso; se aleja en silencio, monta á caballo, tira de su cimitarra, y jura mostrarse digno de Polinska.

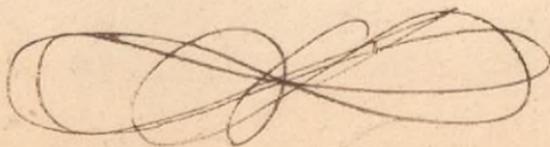
Rodolfo, adorado de sus tropas, estimado de sus súbditos y confiado en su poder, dormitaba en medio de las delicias que rodean al trono, sin sospechar siquiera la tempestad que amenazaba de léjos. Con la nueva de la insurreccion polaca, supo que Metusko disponia de fuerzas superiores á las suyas, que acababa de crear esa famosa pospolita, caballería compuesta de lo más escogido de la nacion, que despues, bajo los Yagelones, fué algunas veces desbaratada, pero jamas vencida. Supó que se llevaban á cabo los reclutamientos con gran diligencia, que se reunian y distribuian con órden los uniformes, que se habia concebido y comenzaba á ponerse por obra un plan de impuestos, método hasta entónces desconocido en Europa, donde los vasallos seguian á sus señores á la guerra sin provisiones ni sueldo, y volvian á sus hogares cuando las derrotas, las fatigas excesivas, la época de la recoleccion ó la proximidad del invierno les autorizaban á ello, segun una costumbre cuyo origen se perdia en la noche de los tiempos.

Rodolfo, jefe del imperio, pero sin estados, sin

autoridad directa sobre soberanos casi independientes, no podia, sin el asentimiento de las dietas, levantar ejércitos ni impuestos. Convocó la de Ratisbona, y, miéntras en ella se deliberaba sobre las exigencias del Emperador, se apoderaba Metusko de Varsovia, arrojaba del trono al rey-pantalla que Rodolfo habia nombrado, dispersaba y despojaba á sus partidarios, y él se los atraía nuevos cada dia, y se preparaba á repasar el Vístula para marchar por Sandomir al encuentro de las tropas que habia de mandar el Austria contra él por la alta Hungría.

El conde de Munich, fiel al partido del Emperador, habia reunido precipitadamente las guarniciones de Lencici, de Jezow y de Rava. Avanzó á marchas forzadas hácia Varsovia, para disputar á Metusko el paso del rio, hacerle perder tiempo y darlo á las nuevas tropas imperiales para entrar en Polonia ántes que los palatinados, que áun no lo habian verificado, se declarasen por los insurrectos. Si la suerte de las armas le era contraria contaba con retirarse á las plazas que acababa de evacuar, ante las que podia detener mucho tiempo á Metusko.

Su plan estaba hábilmente combinado, y podia tener un éxito excelente si no lo penetraba su contrario. El fiero polaco dominó un momento su fogoso carácter. Aparentaba temer á los imperiales, se retiraba á la ciudad en cuanto aparecían los arqueros al otro lado del Vístula; entablaba negocia-



ciones, las rompía, se presentaba de nuevo á pasar el rio, y huía á los primeros dardos que le arrojaban.

El general alemán conocia la intrepidez de Metusko; sus maniobras no podian ser hijas del temor; queria, sin duda, hacer que éste pasase el Vístula para batirle más fácilmente en el desórden que semejante operacion lleva consigo. Munich era muy inferior en fuerzas para arriesgarse á hacer semejante tentativa. La irresolucion aparente de los polacos secundaba sus designios secretos; tomó el partido de ganar tiempo y acampó á dos tiros de ballesta del rio.

Bien sabía Metusko que pasaria el rio cuando quisiera, á pesar de los imperiales; mas era para esto necesario perder gente, y él queria alentar á las nuevas tropas con una victoria brillante que no les costase sangre ni esfuerzo. Habia notado en los combates parciales que se habian librado anteriormente, la inteligencia y la bravura de Sobieski: cuando el Conde se aproximó á Varsovia, destacó al jóven palatino á la cabeza de 6.000 caballos; le ordenó seguir por la ribera hasta Ploczko, tomar la ciudad, dejar en ella 1.000 hombres de guarnicion, pasar el Vístula, y venir con toda presteza y atacar á Munich por la espalda. Desde el momento en que Sobieski apareciese en la llanura, debia Metusko lanzarse al rio con toda su caballería y atacar con denuedo á los alemanes. Tales eran los motivos de



la conducta vaga é incierta que observaba hacia algunos días.

Sin embargo, Munich era un antiguo general á quien no era fácil sorprender. Sus avanzadas le manifestaron que aparecia á retaguardia un cuerpo de ejército numeroso y se desplegaba delante de Sobiészow. El Conde comprendió entónces el gran peligro en que se hallaba; ignoraba cuáles fuesen estas fuerzas de caballería; levantó el campo al momento y marchó contra Sobiészki, esperando batirle ántes que Metuskó tuviese conocimiento de su llegada.

Sólo habian reconocido la vanguardia los exploradores alemanes; asombrándose Munich de tener en frente un cuerpo de ejército bastante fuerte para disputarle por largo tiempo la victoria, y procuró asegurársela tomando ventajosas posiciones. Colocóse en una altura defendida de un lado por unos pantanos que imposibilitaban el paso de la caballería, y de otro por un espeso bosque; en el que colocó 500 ó 600 arqueros. Sus tropas, compuestas sólo de infantería, podian acudir con facilidad á todas partes.

Sobiészki comprendió lo ventajoso de esta posición. Sin embargo, la impetuosidad propia de la juventud le arrastraba á atacar solo, y á no compartir con nadie el honor de esta jornada. Un momento de reflexion le condujo á sentimientos más generosos, y se echó en cara haber querido sacrificar á su ambición la vida de tantos brávos. Des-

pachó algunos ordenanzas á Varsovia, cuyo acceso estaba libre por la retirada de Munich, informó á Metusko de la posicion del Conde y le pidió instrucciones.

Esta retirada indicaba muy á las claras que los imperiales se habian apercibido de la aproximación de Sobieski, para que Metusko tuviese necesidad de este aviso. Los enviados del jóven palatino encontráronle ántes de llegar á Varsovia, marchando en órden de batalla, extendiéndose su izquierda hácia Czersko, para cortar al enemigo la huida por la parte de Sandomir y Cracovia, que estaban aún por el Emperador. Toda otra retirada lo estaba por la posicion de Sobieski.

Metusko contestó al jóven guerrero que echase pié á tierra con toda su gente, dejasen los caballos á los escuderos y atacasen al momento por los pantanos. Pensaba llegar á tiempo para auxiliar poderosamente á Sobieski, envolver á Munich por todos lados, y pasar por las armas á los que no las entregasen.

Sobieski ejecutó las órdenes de su general con el valor de un soldado y la prudencia de un jefe experimentado. Atravesó los pantanos bajo una nube de flechas, que se embotaban en las armaduras de los caballeros; pero cuando intentó flanquear la altura, troncos de árboles y peñascos enormes rodaron sobre sus tropas, arrollando compañías enteras. Comprendió, por la inteligencia y el órden con que

Munich se defendia, por sus esfuerzos dirigidos constantemente contra él, que Metusko no habia aún atacado. No le creia capaz de una traicion; pero, fuese cualquiera la causa de esta tardanza, vió que le era forzoso vencer solo, de lo cual se regocijó y se preparó á ello.

No era posible que en tan poco tiempo hubiesen los alemanes cubierto toda la cumbre del monte de troncos y de peñas; y estas masas no podian ser fácilmente conducidas á los diferentes puntos por donde él pensaba atacar; bajó de la montaña, rodeó parte de ella con presteza, subió por otro lado, sin tener que temer otra cosa que las flechas impotentes, se unió á los alemanes cuerpo á cuerpo, y la cimitarra, la espada, la maza atravesaron, hendieron, machacaron imperiales y polacos. Metusko habia llegado á la orilla del bosque, defendido palmo á palmo por los arqueros; éstos habian arrojado sus ballestas y sus flechas, se habian emboscado entre la maleza ó detras de los árboles, y el hacha de armas hacia sucumbir á los polacos que osaban aproximarse, los cuales recibian el golpe de muerte sin haber visto siquiera á su enemigo. Metusko, furioso, trataba de cobardes á los alemanes y los desafiaba, segun el uso de aquellos tiempos, á combatir en campo raso; veia caer sus más bravos caballeros, y no avanzaba.

Entre tanto, oia el ruido de las armas y los gritos de los combatientes que se degollaban en la cima de

la montaña. Sobieski tenía que hacer frente á fuerzas muy superiores, y debia sucumbir sin remedio. Metusko, tan generoso como valiente, se decidió á sacarle del trance ó á sucumbir con él. Tomó lo mejor de sus tropas, no dejó en el bosque más gente que la necesaria para tener á raya al enemigo, atravesó los pantanos sin ser visto, subió con pres-teza y se arrojó entre Sobieski y los imperiales sin temor á los peligros. Llegó á tiempo; no quedaba ya al jóven héroe y á los suyos más esperanza que morir como bravos. El amante de Polinska habia pronunciado, por última vez, el nombre querido, é iba á precipitarse sobre las lanzas alemanas: sólo un iprodigio podia salvarle: obrólo Metusko.

Ya los soldados de Munich gritaban ¡victoria!; mas quedaron sorprendidos al ver un nuevo ejército que se coloca entre ellos y Sobieski, á quien ya consideraban derrotado. Vuelve á empeñarse con furor el combate; pero los alemanes, fatigados, asestan golpes débiles y nada certeros; un feroz encarnizamiento, el desprecio de la vida, una fuerza de cuerpo extraordinaria, hacen los de Metusko terribles y seguros. Sus caballeros, irritados por tan tenaz resistencia, imitan á su jefe y llevan á todas partes el terror y la muerte. Los polacos gritan á su vez ¡victoria! y la obtienen en efecto. Metusko añade nuevos timbres á su gloria, perdonando á aquellos enemigos cuya tenaz resistencia ha hecho su triunfo más brillante.

Sólo faltaba desalojar del bosque á los arqueros, y dió las órdenes oportunas que ya Sobieski habia prevenido. Aguijoneado por el deseo de ser útil aún, habia inspirado su noble emulacion á los que acababan de compartir con él los peligros; y cuando Metusko llegó le dió su palabra de honor el jefe de los arqueros, que, viéndose atacado por la espalda, comprendió que se habia perdido la batalla, y se rindió con toda su gente.

Dos guerreros bastante grandes para no conocer la envidia, debian necesariamente amarse. Sobieski admiraba á Metusko; Metusko miraba con interes á Sobieski y veía en el jóven palatino la esperanza de la Polonia y su digno sucesor. Le colmó de elogios en el campo de batalla, y le dió pruebas reales de estimacion y confianza.

Encargóle de ir á atacar y apoderarse de las tres ciudades que habia Munich evacuado, sacarles contribuciones y comprometer á la nobleza del país á que abrazase la causa comun.

La mision era, sin duda, honrosa; pero Sobieski habia dejado en Blonia algo que amaba más que su gloria, más que su vida. Antes de començar nuevas empresas, deseaba ardientemente recoger el premio más dulce de sus primeros hechos de armas, una sonrisa, una palabra lisonjera de Polinska. El interes de su patria se sobrepuso á los más caros sentimientos de su corazon. Por otra parte, ¿cómo quitar á la gloria los momentos que no pertenecian

realmente al amor? Metusko no sabía nada más que combatir y vencer; no habia amado nunca, y no se compadecen males que se ignoran. Sobieski se dispuso á obedecer, escribió sobre el mismo campo de batalla, y escribió con ese calor, ese entusiasmo, ese desórden que salen de un corazon amoroso como de una fuente inagotable. Su viejo escudero Wilfredo, que, en los combates prodigaba su vida por salvar la de su señor, partió con el precioso pliego, y el encargo de decir y repetir lo que en la carta no se expresaba.

Dejemos á Sobieski seguir el curso de sus conquistas, internarse en el norte de la Polonia, á la cabeza de un ejército que su valor, su dulzura, su aspecto seductor y su elocuencia engrosaban á cada paso; dejémosle cubrir la frontera, y, atacando unas veces, y manteniéndose otras á la defensiva, desconcertar todos los planes del elector de Sajonia, que intentaba penetrar en el país por las marcas de Brandemburgo. Volvamos á Metusko, contra quien se dirigia el mismo Rodolfo en persona por el Austria, la Silesia y la Moravia.

El arte de vencer es cosa de poca importancia, sin el de saber aprovecharse de la victoria: Metusko no quiso perder un momento. Sus tropas descansaron sobre el campo de batalla; al romper el dia se pusieron en marcha y esta marcha fué enteramente triunfal. Los polacos acudian de todas partes, para ver al héroe de la patria; los jóvenes se

unian á sus banderas; las madres las enseñaban á aquellos de sus hijos que eran demasiado jóvenes aún para asociarse á su gloria; los ancianos le colmaban de bendiciones, y las jóvenes sembraban de flores el camino por donde habia de pasar.

Metusko llegó de este modo hasta Blonia; al aproximarse á esta ciudad, vió un gentío inmenso que salia á recibirle al són de trompetas y timbales. Era guiado por Polinski, encorvado bajo el peso de su antigua armadura, que habia tenido el capricho de vestir en aquel dia memorable. Su hija, engalanada con todo aquello con que el arte puede favorecer las gracias naturales, marchaba á su lado, montada en un soberbio caballo, que parecia iba orgulloso con su carga: Polinska habia recibido la carta de Sobieski; no podia verlo, pero podia oir su elogio de boca de su mismo general, y el amor no conoce gocés á medias.

Metusko recibió á Polinski como á un hombre doblemente respetable, por su edad y sus antiguas empresas. Polinska, animada por esta acogida lisonjera, va á hablarle de aquel por quien sólo respira: mírala Metusko; sus ojos inyectados no podian separarse de ella: Polinska se puso encarnada, bajó la vista, y el nombre querido espiró entre sus labios. El fiero polaco habia pasado su vida en los campos de batalla, y hasta entónces habia considerado el amor como una debilidad indigna de un gran corazon. Todavía á los cuarenta años conser-

vaba las fuerzas de su juventud, y jamás había sonreído á la belleza. A la vista de Polinska experimentó, no esa turbación que precede á un amor verdadero y delicado, si no, á la necesidad de ser dichoso : extremado en todo, debía amar del mismo modo que hacía la guerra.

Habíale Polinski ofrecido su castillo, y se alojó en él con sus principales oficiales. Su hija, intimidada por este aire feroz que alarma siempre el pudor, se había retirado con sus doncellas. Sólo ella faltaba á un banquete suntuoso, en que todos los elogios, los honores, las señales de deferencia y de respeto fueron prodigados á Metusko. Éste, preocupado exclusivamente de una pasión naciente, pero ya en toda su fuerza, porque era el primer tributo de un corazón joven, se apercibía sólo de la ausencia de Polinska : se sustrae á los homenajes de que se le colmaba, busca y encuentra el retiro de la joven palatina. Metusko no conoce esas maneras delicadas de decir que hacen á veces sonreír á la inocencia; la dice su pasión con esa claridad, esa concisión, esa energía que exigen forzosamente una respuesta positiva. Ofreció su mano con la ruda franqueza de un soldado que sabe amar, pero no sabe decirlo, tomó y besó la de Polinska con la confianza de un hombre á quien nada debe resistirse, y que cree honrar á la mujer, cualquiera que ésta sea, á quien se digne elevar hasta él.

Polinska, admirada de una proposición tan brus-

ea; comprendió los peligros de una negativa: guardó un profundo silencio, pero su palidez y sus ojos apagados hubieran dicho lo bastante á otro hombre más experimentado que Metusko. Éste atribuyó únicamente á modestia una incertidumbre y unos temores que lisonjaban en secreto su orgullo: no podía dudar que la jóven participaría de las cadenas con que había aprisionado al libertador de Polonia. Vuelve al salón del banquete, y dirigiéndose á Polinski: «Un guerrero, dice, cuenta los momentos, y éstos me son preciosos. Los laureles que hoy adornan mi frente, pueden mañana adornar mi tumba. Vuestra hija no es indiferente, sino que corresponde á la pasión que me inspira; mi nombre, mi rango, mi fortuna, todo lo pongo á sus piés: consagre, pues, el sacerdote mis votos y los suyos, y á los primeros rayos del sol me separaré de los brazos de mi esposa, marcharé contra Rodolfo, y nuevas victorias ilustrarán á vuestro yerno y vuestra casa.»

Ocurre á veces que, aun teniendo mucha experiencia, puede apoderarse del hombre el embarazo y la irresolución. Fácil es comprender el estado en que se encontraría un antiguo caballero que no conocía más que la lealtad franca de los primeros siglos: reflexionó algunos minutos y pensó que el medio único de contener un amor que comenzaba con tal fuerza, era desvanecer toda esperanza.

Por primera vez en su vida descendió Polinski á

la ficción. Lamentóse de que compromisos anteriores le impidiesen aliarse al hombre más grande con que se honraba la Polonia; mas se prevaleció de la inviolabilidad de la palabra de un noble polaco; insistió sobre la obligación que la naturaleza impone á un padre de asegurar la felicidad de sus hijos; declaró, en fin, con moderación, con señaladas muestras de deferencia, que sentía en el alma que un amor consagrado por su consentimiento uniese á Polinska con Sobieski.

Metusko nada dijo, mas era fácil adivinar por la alteración de sus facciones lo que pasaba en su alma. Furioso por una negativa que le humillaba en presencia de sus lugartenientes, su pecho se inflaba, su aire era amenazador, su mano oprimía el puño de su cimitarra, y parecía retar á Polinski; contiénese, sin embargo; una victoria fácil le rebajaba, y se retiró con sus oficiales.

Polinski ignoraba que su hija hubiese rehusado las proposiciones de Metusko. Pasó á su departamento y hallóla en un estado imposible de pintar.

Todo lo que puede affigir y alarmar un amor desgraciado agitaba y atormentaba á la amada de Sobieski, y hubiérala compadecido hasta el mismo Metusko, si su corazón pudiese dar cabida á estos sentimientos. Polinska escuchaba á su padre sin salir de su profundo abatimiento; le reprende con dulzura el haber nombrado á su amante y haberle

indiscretamente expuesto al ódio y á la venganza de su general.

«Convendría, decia aquélla, lisonjear su orgullo, ganar tiempo, dejar partir á este hombre terrible, que olvidaria muy pronto, en medio de sus gloriosas empresas á una mujer á quien sólo ha visto un momento.» Polinski, colocado entre los temores que inspiraba Metusko, los peligros que amenazaban á Sobieski y el dolor que traspasaba á su hija, no sabía que determinar. Animó y procuró devolver la confianza á la desconsolada Polinska; pintóle á Metusko demasiado grande para que un asunto de esta naturaleza influyese sobre sus sentimientos respecto de Sobieski, y sacrificase á una pasión ciega los grandes intereses de que estaba encargado. Su hija aparentó convencerse con estas razones; creyóla él tranquila, abrazóla, y fué á invocar el sueño, que no debía en mucho tiempo cerrar sus párpados.

Metusko, encerrado con sus oficiales, ocupábase de la afrenta que creia haber recibido. No concebía cómo podían postergarle á un niño que apenas habia desenvainado la espada. Este niño, sin embargo, bello, bravo, rico y amable, no era, por cierto, un rival despreciable, y la sola idea de que le disputase un corazon, irritaba su amor propio herido, y acrecentaba sus deseos ya demasiado violentos. Pretendia someter á una mujer de la misma manera que á un enemigo, y se entregaba á mil proyectos

diferentes. Quería castigar á Sobieski, por tener la dicha de agradar, entregándole á los imperiales. Quería llevar á Polinska al altar, y obligarla por fuerza á recibir su mano; quería que su padre y el sacerdote se mostrasen, como él, insensibles á la resistencia y las súplicas de la bella; quería... ¿Qué no quería éste! ...

Un oficial, uno de esos hombres que no tienen más mérito que el de saber desafiar la muerte, Ragotzi, capaz de sacrificarlo todo al deseo de agradar á su jefe, Ragotzi, más feroz que podía serlo éste mismo, indicó un medio horroroso, que orillaba todas las dificultades y ponía á Polinska en la dura alternativa de entregar su mano á Metusko ó de no poder presentarse delante de persona alguna. ¿Qué importaba que entregase ó no su corazón, primera necesidad de un amor delicado? La persona era lo que deseaba el palatino, de la que podía apoderarse, y personas á él adictas le responderían, durante su ausencia, de la virtud y hasta de todos los pasos que diese su esposa. ...

Este consejo bárbaro debía lisonjear el impaciente frenesí de un hombre acostumbrado á ver que todo se allanaba delante de él, y no reparó en las consecuencias de este horrible atentado. El recuerdo de los encantos de Polinska, la embriagadora idea que él se formaba de los goces sensuales y la felicidad de poder satisfacerlos, turbaron su razón, extraviaron sus sentidos. Se despojó y arrojó lejos

de sí aquella armadura que tanto honró en los campos de batalla, y cuyo peso le impediría degradarse; atraviesa con la rapidez del rayo los largos corredores que conducen al asilo de la inocencia, y aseméjase á un torrente devastador que amenaza destruirlo todo. Entra en la habitacion en que las doncellas de Polinska estaban ya despojándose de sus vestidos. Su rostro animado, el brillo siniestro de sus pupilas, su aspecto amenazador, la hora, el lugar, todo se reunia para inspirar serios temores. Todas se le opusieron, creyendo que podrian impedir la entrada en el santuario adónde sólo Sobieski debería entrar algun dia. El nervudo brazo de Metusko las coge, las arrolla y las arroja fuera, cerrando tras sí la puerta. Polinska está sin defensa.

La desgraciada víctima pensaba en su amante, y le hablaba como si pudiese oirla; jurábale fidelidad, como si Metusko hubiese de respetar sus juramentos... Éste apareció. Ni las reflexiones, ni las súplicas, ni las amenazas, ni los llantos, ni los sollozos de la hermosa, nada le trae á la razon. El desorden en que Metusko la ha puesto lleva el delirio de éste al extremo, no sabe lo que hace, todo lo osa, nada respeta; Polinska da un grito desgarrador... Estaba deshonrada.

Sus doncellas habian corrido á las habitaciones de su padre, y el anciano avanzaba con toda la ligereza que su avanzada edad le permitia. Iba seguido de sus más fieles criados y empuñaban sus

débiles manos aquella espada que fué en otro tiempo tan temible á los turcos y á los húngaros. Entra..... Un horrible espectáculo se presenta á su vista..... Levanta la espada, va á descargar el golpe..... «Estoy sin armas, le dice friamente Metusko, y no es contra tí contra quien yo he de hacer uso de las mias; hiere, si quieres que la infamia de tu hija sea eterna; pero si quieres devolverla su honor, oye. No ha sido mi ánimo cometer una infamia, un crimen inútil y bajo; he querido asegurarme la posesion de una mujer, sin la que no podia vivir, y sus doncellas y mis oficiales saben que ya es mia: á tí es á quien corresponde acabar. Manda llamar á tu capellan, hazme tu yerno, yo soy dichoso y todo queda reparado.»

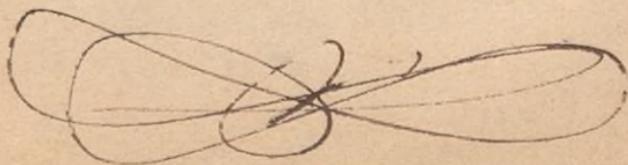
Este partido era, en efecto, el único que podia adoptar un padre. Este era quizá tambien el único que convenia á Polinska. Pero, ¿cómo acostumbrarse á mirar sin horror al hombre que acababa de levantar una barrera eterna entre ella y Sobieski? ¿Cómo sufrir sus odiosas caricias? ¿Cómo matar las ilusiones que le han de recordar á cada instante el bien supremo que habia soñado por tanto tiempo? ¿Cómo, en fin, unirse para siempre á un mónstruo por la sola razon de haberse hecho criminal? «Jamás, jamás, gritó aquélla envuelta entre las ropas de su lecho, me tendrá bajo su dominio aquél que no tiene más amor que la brutalidad, que me ha hecho indigna del hombre que lo era todo para mí,

y para el cual queria sólo vivir. Lloraré eternamente mi afrenta y la pérdida que he sufrido; pero este bárbaro no obtendrá un premio por su cobarde atentado. Vuelva en buen hora á su campo, vierta la sangre á torrentes, beba y hártese de ella, estos son sus placeres y no debe conocer otros.»

Polinski era caballero, y, por tanto, incapaz de esos frios cálculos de intereses y de conveniencia que guían á la mayor parte de los hombres. No veía en Metusko más que un infame, que había violado todos los derechos de la hospitalidad, envilecido á una jóven digna de sus respetos, y roto un himeneo sobre el que reposaba el consuelo de los últimos dias de su vida.

Desesperado de ver que la debilidad de su brazo no le permitía vengar su ultraje en el palenque, llamaba, invocaba á Sobieski; caminaba á grandes pasos de un lado á otro, se detenía delante de su hija, mirábala dolorosamente, enjugaba su llanto, y acercándose, por último, á Metusko: «Sal, le dice, huye, huye de un asilo que has profanado, líbranos para siempre de tu odiosa presencia.»

No se extingue por completo toda idea de la moral, sino en el hombre corrompido enteramente. Metusko, subyugado por indomables pasiones, incapaz de ponerles freno alguno, estaba muy léjos de ser un malvado. Apenas se calmó su primera efervescencia, ya la razon volvió á recobrar su imperio, y las frases de Polinska y de su padre le hicieron sen-



tir el agudo dardo del remordimiento. Este hombre tan orgulloso, abrazó las rodillas de Polinski, descendió, á su vez, á la súplica, y sólo obtuvo de sus últimos esfuerzos reproches, tanto más amargos, cuanto que él mismo comprendia haberlos merecido. Levantóse sin replicar, salió sin osar levantar la vista para mirar á su víctima, reunió á todos los oficiales é hizo tocar á botasillas. La acción que me has aconsejado, dijo á Ragotzi, montando á caballo, es, ó de un tigre ó de un cobarde. Elige cuál de éstos dos quieres ser. Mi brazo va á castigar al primero ó á arrojar al segundo de un ejército en donde no merece estar.—Si el que aconseja es un tigre, ¿qué se dirá del que ejecuta?—Que está arrepentido, y que ha sabido castigar al hombre friamente atroz, á quien no podia servir de excusa una pasión desordenada.»

Ragotzi era valiente; pero entonces decidia la fuerza bruta y nadie podia resistir á Metusko. Apenas se retirán los dos guerreros cien toesas de sus escuadrones, cuando se cargan con furor. Ragotzi, herido en el pecho de un boté de lanza que falsea su coraza, pierde los arzones y rueda por el polvo. Metusko salta del caballo, le ayuda á levantarse, y le dice, tirando de su espada: «tu vida me pertenece, segun las leyes de la caballería; mas no quiero agregar al atentado que me has hecho cometer, la infamia de matar á un enemigo indefenso. Decida, pues, la espada.» Metusko acomete,

pára, avanza, rompe, se estira, se encoge, une la vivacidad á la destreza, las armaduras arrojan chispas á los redoblados golpes; el yelmo de Ragotzi vuela en mil pedazos, y un tajo, que no puede parar, le hiende el cráneo. «Si el crimen no está reparado, dice Metusko, volviendo á montar á caballo, está lavado, por lo ménos, en la sangre del principal culpable. Sólo resta hacerme justicia á mí mismo, y juro buscar la muerte en el primer encuentro con el enemigo.» Busca, en efecto, la muerte por doquiera, y en todas partes halla la victoria.

Quizá extrañará alguno que Polinski, cuyo valor era ya impotente, no armase las leyes contra un criminal, que habia incurrido en la pena de muerte. Pero hacer resonar sus quejas ante los tribunales era divulgar la deshonor de su hija, y este desgraciado secreto estaba encerrado entre los oficiales de Metuskó, que se alejaban, y unas doncellas cuya adhesion era probada. Por otra parte, ¿qué pueden las leyes contra un guerrero á quien todo está sometido, y al que rodean siempre el amor y la ciega admiracion de sus tropas?

La infortunada Polinska quedaba abandonada al horror de su suerte. Sola con su padre, que tenía á su vez necesidad de consuelo, recordaba, llorando, aquellos sueños de felicidad, á los que debian seguir dias tan serenos y tan dulces. Cuando se ha perdido para siempre un amante adorado, es cuando se buscan y se refieren detalladamente sus pren-

das, sus cualidades, sus virtudes, y cuando la imaginacion, siempre creadora, hasta le atribuye atractivos que en realidad no tiene. Polinska sólo pensaba en Sobieski; el más leve recuerdo, una palabra de su padre, la sumergian en un mar de penas. Estas dolorosas escenas sólo eran interrumpidas por una imagen aún más desgarradora: de dia, de noche, aún durante el sueño, sin cesar interrumpido, se le presentaba Metusko, tal cual lo habia visto en aquel momento terrible, que ella querria, pero que no podia olvidar. Víctima de las más horribles pesadillas, queria huir, dar gritos. Sus piés y su voz le niegan su socorro. Agita y extiende sus brazos como para rechazar al monstruo; pero lo que golpea con sus manos delicadas son las columnas de su cama. Despiértala el dolor de las contusiones; todo se halla en completo desórden, sus cabellos flotan sobre el mármol, su cuerpo está bañado de sudor frio.

Su desgraciado padre sufre tanto más, cuanto más se esfuerza para ocultar su pena. Cuando su hija está en su presencia, la calma aparece en su frente, pero la muerte está en su corazon. Muchas veces, en medio de esas conversaciones en que cada cual cree alejar del otro las ideas insoportables, Polinska se retiraba para ocultar sus sollozos á su padre, volvia á entrar, y el anciano se marchaba á su vez. Ella le llama, le busca, y le encuentra en un rincon del castillo, en los jardines ó en las azo-

teas. Al aproximarse ésta, enjúgase aquél los ojos y se esfuerza por sonreír.

Las cartas de Sobieski agravaban, en cuanto era posible, esta penosa situación. Siempre tierno, siempre fiel, hacia fervorosos votos por la paz, único medio de volver al lado de su amada; esperaba al mismo tiempo obligar al enemigo á reconocer la independencia de la Polonia, y no dudaba que un hombre tan grande como Metusko abatiría, por su parte, el orgullo imperial. Entónces volaría á Blonia, y volvería á ver aquella alameda solitaria en que su bella recibió sus primeros juramentos, á los que ésta se dignó contestar. Buscaría y recordaría con ella el árbol bajo el cual la había hallado sentada; cultivarían juntos aquellas azucenas que deshojaba pensando en él; en esta alameda solitaria había de ser donde el primer fruto de su unión daría sus primeros pasos; allí sería donde, de los brazos de su querida madre, pasaría á los de su afortunado padre.

Y bajo esta misma alameda, en el lugar que designaba Sobieski, era donde Polinska leía, releía, devoraba estas cartas desesperantes, donde sus lágrimas y sus besos borraban los caracteres, los cuales pasaban del pergamino á su corazón. Entónces dejaba caer la cabeza sobre el pecho; una postración profunda sucedía á la crisis que la había agitado y volviendo de repente al sentimiento de su desgracia, gritaba con voz lúgubre: «Me ha man-

chado el crimen; no volverás á ver la alameda solitaria; no tienes esposa, ni abrazarás nunca á tu hijo!»

Un estado tan violento durante tantos meses habia casi destruido los ya gastados órganos del anciano, y abrasado la sangre de su hija. Ambos fueron atacados á un mismo tiempo de una enfermedad que les condujo rápidamente á las puertas de la muerte. El padre encontró en ella un asilo contra el dolor; la juventud de Polinska y los asiduos cuidados de Clotilde, una de sus doncellas á quien más apreciaba, la volvieron á la vida. Luégo que recobró el uso de la razón, llamó y pidió con insistencia que le presentáran á su padre; entónces supo que estaba abandonada á sus propias fuerzas... más no tenía ningunas. Sus ojos se cerraron, invocó la muerte, hubiera concluido quizá por dársela.... Ciertos movimientos muy marcados la advirtieron de que su vida no le pertenecía, y que estaba obligada á vivir para un sér que no era culpable por el crimen de su padre.

Las primeras cartas que habia contestado á las de Sobieski llevaban grabado el sello del amor más tierno y la más dulce esperanza; las que habia tenido necesidad de escribirle despues del fatal acontecimiento, eran forzadas, oscuras y hasta frias. Temíase que se entoviese en ellas un sentimiento que era forzoso vencer; temíase, sobre todo, engañar al desgraciado jóven con la esperanza de una felicidad

á la que debian ambos renunciar ; sin embargo, áun se le escribia. ¿Podia negársele este triste consuelo? Podia romperse sin ningun miramiéto con aquel á quien se amaba y se amaria toda la vida?

De todas las pasiones que hacen al hombre feliz ó desgraciado, no hay ninguna que se alarme con tanta facilidad como el amor. Sobieski nó veía ya aquel estilo animado, encantador, que le ayudaba á soportar una larga separacion. ¿Habria Polinska cambiado con la ausencia? ¿Habria llegado hasta olvidar los lazos que sólo la muerte podia romper? ¿La habria seducido un rival afortunado? Tal vez ambos estuviesen burlándose de su credulidad; quizá no le haya respetado el acero enemigo sino para entregarle á todos los pesares que pueden envenenar la existencia. Ya se han apoderado de él la desconfianza, las sospechas y los celos, que no por carecer de objeto determinado son ménos punzantes; no puede soportar la ansiedad que le devora. ¿Qué sucede, cuando la enfermedad de Polinska nó le permite escribirle? Cuenta los días y las semanas; despacha veinte correos para Blonia; todos vuelven sin respuesta y hasta sin haber podido ver á Polinska. Sobieski, desesperado, está dispuesto á abandonar furtivamente su ejército, y venir á disputar la señora de sus pensamientos al atrevido que pretenda robársela; ya tiene dadas sus órdenes á su fiel Wilfredo, que, á pesar de que comprende los inconvenientes de esta ausencia, es bastante débil

para preferir el reposo de su señor á su gloria; los caballos están dispuestos en un sitio apartado; Sobieski sale de su campo á media noche.

Apénas ha caminado algunos pasos, se detiene aterrado por su desercion. ¿Qué dirá toda la Polonia que tiene fijos en él los ojos? ¿Qué pensará la posteridad, que juzga desapasionadamente? Que ha sacrificado su gloria al amor y su patria á una mujer inconstante; que ha entregado por ella al filo de la espada de los imperiales la flor de la nobleza polaca. Ve su memoria deshonorada y su nombre colocado entre los de los traidores. Tembló y ocultó el rostro entre sus manos, como si el sol pusiese ya en claro su vergüenza, como si treinta mil testigos la estuviesen ya pregonando en torno suyo. «No, no, exclamó éste, jamas. Dejemos la perfidia á ese sexo astuto, rompamos indignas cadenas, y no pensemos en otra cosa que en la salvacion de la Polonia.»

Volvió á entrar en su tienda, y pasó el resto de aquella noche cruel combatiendo alternativamente con su amor y su deber. Amaba demasiado para que Polinska no conservase ciertos derechos que la razon hacía vanos esfuerzos para proscribir. Quiso tener completa evidencia de una desgracia que él creia indudable; quiso conocerla en todos sus detalles; quiso que los muchos agravios sublevasen su orgullo contra su corazon. «Parte, dijo á Wilfredo, entra secretamente en Blonia, infórmate con astu-

cia de lo que hace, de lo que dice, y, si es posible, de lo que piensa: averigua, sobre todo, el nombre de aquel á quien me ha postergado la ingrata.» Wilfredo, tan adicto como obediente, monta á caballo al momento, y promete á su señor seguir fielmente sus instrucciones.

Era Wilfredo un anciano sencillo y bondadoso, que desconocia por completo la astucia, y que nunca era tan fácil conocer sus intenciones como cuando queria disimularlas. Su hostelero, y demas personas á quienes habló en Blonia, comprendieron al momento que las inquietudes de Sobieski eran la causa de su viaje: pero el fatal acontecimiento no habia penetreado á traves de los muros del castillo, y los oficiales polacos, que hubieran podido hablar de él, estaban ya frente á los imperiales. Wilfredo sólo pudo saber que Polinska se habia levantado entónces de una enfermedad mortal; que despues de la partida de su amante vivia muy retirada, no recibia á ningun hombre, y sólo veia á los señores de la ciudad, cuando no podia dejar de hacerlo sin faltar á las reglas de la buena educacion. Supo ademas, por el médico de la jóven, que durante el delirio sólo habia pensado en su señor, y no habia pronunciado más que su nombre. Wilfredo quedó completamente tranquilo con estos satisfactorios detalles; pero ¿cómo ponerlos de acuerdo con aquellas cartas frias que habian herido tanto á Sobieski y con el silencio que Polinska guardaba despues de

su convalecencia? A cualquier otro más sagaz que Wilfredo hubieran embarazado estas cosas.

Juzgó éste que la joven tenía, para obrar así, motivos que sólo ella podía explicar. Su señor no le había prohibido visitarla; y puesto que aquel era aún amado, ¿qué inconveniente habría de tener en que su escudero solicitase una entrevista que debía justificar á su amada, desvanecer las sospechas del amante, y restablecer la armonía entre dos corazones hechos evidentemente el uno para el otro?

Llega al castillo; nadie halla á la puerta. Entra, pása de una á otra habitación como en los tiempos en que la bella y modesta Polinska iba delante de él, sonriendo al recibir los mensajes de su amante, saliendo los colores á la cara al confiarle los suyos. Encuentra, por fin, á Clotilde, esperaba la afectuosa acogida que otras veces se le había dispensado; pero aquella huye despavorida, cerrando tras de sí la puerta. Wilfredo quedó estupefacto, anonadado.

Una compañera de Clotilde entra en la sala por otra puerta, y le dice sólo estas dos palabras: «esperad aquí», y se retira. Wilfredo se sienta, y procura, en vano, darse cuenta de esta misteriosa conducta. Pasa una hora, despues otra: ni Polinska, ni Clotilde, nadie parece. El escudero no sabe qué pensar ni qué hacer. Cansado de esperar inútilmente, se levanta y va á salir á tiempo que vuelve á entrar Clotilde, le entrega una carta y se escapa, sin contestar á una sola de las preguntas que se su-

ceden unas á otras con rapidez. Wilfredo vuelve á montar á caballo y á emprender el camino del campamento, asegurando en su interior que la razon de la jóven y de sus sirvientas estaban, sin duda alguna, alteradas.

Polinska habia sabido la llegada del escudero á Blonia, y su inesperada presencia aumentaba su pena y su embarazo. ¿Cómo resistirse al deseo de verle, y de oír de su boca hasta las cosas más insignificantes que se refieren al hombre á quien adora? Pero ¿cómo presentarse ante él en el estado en que la ha puesto el crimen?

Desde que ha adquirido la triste certéza de ello, ha roto sus lazos por completo. Clotilde y su compañeras són las únicas personas ante las cuales, aunque avergonzada, se presenta. Su estado, sin embargo, no se manifiesta hasta el extremo de no poder ocultarse á los ojos poco expertos de un anciano. Pero si éste sospechase alguna cosa, ó su confusion la descubria, ¿no podria creer Sobieski que ella habia sido cómplice del atroz Metusko? Y aun admitiendo que aquél hiciese justicia á su pudor, ¿qué podia en adelante esperar de él una jóven deshonrada? Y ¿no debia ésta persistir en su designio de resistirle, si un amor ciego le llevase al extremo de despreciar la opinion pública? «Su compasion, dijo ella sollozando, esto es todo lo que él debe á Polinska..... Mas no ver á su escudero; dejarle por más tiempo presa de los temores que, sin duda al-

guna, le atormentan.... No; la tremenda verdad saldrá de mi pluma; romperé: el sacrificio es horrible, pero es indispensable. Voy á renunciar á la dicha de mi vida, y soportaré ésta por el hijo..... ¡Ah!»

Escribió, y por última vez dicta el amor. El principio de su carta es ardiente; su corazón es un volcán de donde se escapan las lavas comprimidas en él por mucho tiempo! Sin embargo, estas frases preliminares aún no dicen nada. Es necesario comenzar el terrible relato.... La pluma cae de su mano; no tiene valor para trazar aquel cuadro de infamia, y hace la carta pedazos. «Que me crea caprichosa, ingrata, perjura, pero que ignore eternamente que su amada está deshonrada. El tiempo curará su herida; se acostumbrará á pronunciar mi nombre con indiferencia; quizá otros amores.... y yo le seré siempre fiel en secreto. Sola con mi hijo, la primera palabra que aprenda á pronunciar será el nombre de Sobieski. ¡Ah, hijo cruel! Cuán caro cuestas á tu desgraciada madre!» Vuelve á escribir; esta carta y otras muchas sufren igual suerte que la primera: por último fué entregada á Wilfredo una cuyo contenido decia así:

«Nuestras afeciones no dependen de nuestra voluntad. Yo os he amado mucho, pero el tiempo y la ausencia han cambiado mis sentimientos. Renuncio á vos para siempre, y serán inútiles cuantos esfuerzos hicierais para acercaros á mí. Sea cual-

quiera la opinion que forméis de mi inconstancia, recibid mi última é inviolable promesa, de que jamas hombre alguno tendrá derechos sobre mi corazon ni pretensiones fundadas á mi mano.»

Esta carta debia sumir á Sobieski en el último grado de la desesperacion; pero era necesario que perdiese toda esperanza; era necesario que la herida fuese profunda, con objeto de que tuviese valor suficiente para combatir su amor, y Polinska le amaba demasiado para desear sinceramente que aquel pudiese desligarse de ella por completo.

El jóven palatino se enfureció, en efecto, despues de haber leído la carta; pero ocurrió lo que su amada habia previsto. El despecho, el amor propio, todas las pequeñas pasiones que Sobieski compartia con los demas hombres, le fueron útiles ahora, y le dieron fuerzas para sobreponerse á la que le subyugaba, viniendo á parar á un estado soportable. Las fatigas de la guerra no alejaron de su imaginacion el objeto que le habia sido constantemente tan querido, pero al ménos no la ocupó ya nada más que por intervalos.

Polinska, entre tanto, soportaba sola el peso de sus comunes desgracias, y con frecuencia su razon, que constantemente invocaba, solia abandonarla. Parecia que el sacrificio que habia tenido el valor de consumir la unia más fuertemente á Sobieski. Algunas veces deseaba que éste volviese, que la arrancase el secreto, que acallase su delica-

deza. Dejábase llevar por estas ilusiones que siempre tienen atractivos para una mujer sensible, y suelen calmar á ratos sus penas; pero en cuanto consideraba su estado, despertaba de repente, el sueño se desvanecía, volvía á presentarse su triste situación, y sólo veía un largo y doloroso porvenir. Así pasó su existencia hasta el momento en que fué madre. Este momento, tan dulce para la esposa querida á quien rodean una madre atenta y cuidadosa, un esposo que espera el primer grito del hijo deseado, la jóven amiga que á su vez es madre, y que la anima para soportar esos dolores á los que han de suceder tantos placeres desconocidos, este momento no fué para la infortunada Polinska ménos duro que los dias precedentes. Sola con Clotilde y su compañera, que ignoran ese arte bienhechor que ayuda á la naturaleza, sin otro apoyo que sus quejidos estériles, sin esperar que suceda consuelo alguno á los dolores agudos que la destrozan, dá á luz un hijo, causa de toda su desdicha, y al que, por tanto, baña con su llanto maternal.

La fiel Clotilde habia alejado del castillo con diversos pretextos á toda la gente que en él habitaba. Envuélvese en su capa, oculta cuidadosamente al niño, sale de Blonia por los calles más solitarias, y llega al campo sin saber á qué manos confiar el depósito de que está encargada. El temor de ser conocida por alguno de los siervos que moran en los alrededores de la ciudad la hace caminar largo tiempo

po. Llega á las orillas de un bosque; oye los golpes del hacha, acompañados del canto del leñador. Aproxímase con timidez: un hombre jóven y dispuesto, cuyo aspecto fresco y tranquilo parece revelar la paz del alma, ataca á una encina corpulenta y tan vieja como el mundo. La jóven esposa sonríe al ver sus esfuerzos; está sentada á corta distancia y dá un pecho, blanco como el alabastro, á un hijo del amor, regordete como éste; su hermanita, que apenas puede tenerse sola en pié, juega con los cabellos de su madre, y los deja de tiempo en tiempo para ir á echar virutas debajo del puchero donde cuece la comida de tan dichosa familia. Este cuadro de felicidad alentó á Clotilde. Jóven y bella como aquella feliz esposa, ambas simpatizan y algunas semejanzas de genio y gusto establecen pronto la intimidad entre ellas. El leñador deja el hacha y viene á mezclarse alegremente en la conversacion. Clotilde se explica al fin, y se muestran dispuestos á hacer cuanto puedan por ella: el oro que les presenta acaba de convencerlos; el inocente niño comparte con el recién nacido la leche y los cuidados de la jóven esposa, que se felicita de poder proporcionar de este modo algun descanso á su marido. A este bosque es donde Polinska irá en adelante, disfrazada de aldeana, y con mil precauciones, á afligirse y á alegrarse de ser madre.

Pasaron cuatro años, y los reveses de la guerra habian pesado alternativamente ya sobre los pola-

cos, ya sobre los imperiales. Los grandes talentos de Metusko y los que habia adquirido lentamente Sobieski, fijaron definitivamente la victoria. Obligado Rodolfo á renunciar á sus pretensiones, habia eximido á la Polonia del tributo que le pagaba, y consentido que eligiese sus gobernantes. Entregábanse los polacos á la alegría, y olvidaban en medio de las fiestas sus sacrificios, su miseria y la sangre que habian derramado.

Sobieski, colmado de honores y vuelto al reposo, volvió á encontrar en la ociosidad el gérmen de los sentimientos que habia creído extinguidos, y que sólo habian estado comprimidos en el fondo de su corazón. Reproducíase, sin cesar, la imágen de Polinska, tal cual era cuando respondia con sus gracias sencillas á las expresiones de su amor. Ésta, no le amaba ya, segun habia escrito; sin embargo, fiel á su promesa, evitaba las miradas de los hombres, y la fama sólo hablaba de ella para ensalzar las modestas virtudes que cultivaba en el recogimiento.

Tal vez la presencia del amante que le fué tan querido reanimaria su pasion primera; tal vez su extraña resolucion cederia á los ruegos, á las súplicas, á la necesidad de amar, tan natural á los veinte años. Basta esperar para arriesgar cualquier cosa; y ¿qué se vá á economizar cuando todo se ha perdido? Parte Sobieski del palatinado de Posnania; atraviesa las montañas de Lutomirsk, casi solo y sin esa pompa que siempre embaraza y po-

cas veces satisface. Seguido de Wilfredo y de algunos criados, espoleaba á su caballo, y pasaba lo fastidioso del camino abandonándose á las dulces quimeras que le habian por tanto tiempo engañado. Preocupado únicamente con el recuerdo de Polinska, no se apercibe de que el animal sobre que monta va á cada momento perdiendo su agilidad y sus fuerzas. Impaciente por llegar, continúa maquinalmente excitándole con la espuela. Entra en el bosque en donde se criaba el hijo de Metusko; apenas está á dos leguas de Blonia; el sol está ocultándose bajo el horizonte; pero antes que las tinieblas de la noche se extiendan sobre la faz de la tierra, ya estará Sobieski á los piés de la que ha ejercido sobre él su primer imperio.

Su caballo, rendido de fatiga, cae de repente, y son inútiles cuantos esfuerzos hace para levantarle. Tiende la vista por el camino que habia traído; pero sus criados, montados en peores cabalgaduras, no han podido seguirle sino de muy léjos. Llama, y sólo el eco le responde.

Desconocíanse entónces por completo esas hermosas vías públicas, así como tambien esos establecimientos en donde el viajero recibe en cambio de algunas monedas los cuidados de la hospitalidad. Sobieski comprendió que Wilfredo y sus criados se dirigirian á Blonia por los primeros senderos que se les presentasen. Sólo la casualidad podía llevarlos por el que él habia seguido. Por otra parte, era



necesario no perder tiempo esperándoles, y los caballos de aquéllos, ménos vigorosos que el suyo, no le serian útiles para nada. No era de presumir, sin embargo, que él pudiese á pié salir del bosque antes que cerrase la noche. Exponíase á extraviarse y á retrasar así el momento que iba á decidir de su suerte. ¡Si encontrase un guía!..... Decídese á buscarle, y sube á una meseta elevada, desde donde descubre una gran extension de terreno. El humo que se eleva sobre los árboles le indica una habitacion; marcha derecho al lugar, ladeando con su alfanje la zarza ó el flexible arbusto que le cierran el paso. Entra en una cabaña cuyo único adorno es la limpieza. Una mujer, jóven aún, daba de comer á tres niños, á los que la cama de fresca paja y el sueño estaban esperando. Asístase con la llegada de un guerrero cuya armadura le recuerda la gloria y las desgracias de Polonia. Sobieski levanta la visera de su casco, y la dulzura de su aspecto tranquiliza á la amable campesina. Despéinase, y sus cabellos caen en largos bucles por sus espaldas, sin ocultar sus negras cejas arqueadas sobre sus ojos azules, y la jóven huésped, repuesta al momento, le pregunta sonriendo en qué le puede ser útil. «En proporciónarme un guía que quiera conducirme á Blonia», responde el jóven con un metal de voz argentina.

El marido de la campesina ha ido á recibir á dos señoras que no deben tardar en llegar, que se volverán al momento, y á las que ha de volver á



acompañar. El esforzado caballero podrá acompañarlas también, y las señoras no lo sentirán, porque son miedosas. Mientras espera, le ofrece de buena voluntad leche, frutas y galleta de harina de centeno. Esperar era precisamente lo que Sobieski no quería. Pero ¿qué hacer? Aquella mujer no podía dejar sus hijos abandonados: era necesario resignarse.

Sea cualquiera la pena que aflija á un caballero jóven, no es nunca insensible á las gracias sencillas de una mujer cualquiera, y no se sienta junto á ella sin dirigirle la palabra. Siempre gusta también conocer al gentil dñcel á quien se le presta algún servicio. Trábase la conversacion, siguen las preguntas, y Sobieski responde á ellas francamente.

El nombre del jóven héroe habia penetrado hasta en el bosque. La sensible campesina, llena de admiracion y respeto, coge á sus hijos y se arroja con ellos á sus piés. Sobieski los hace levantar, los abraza, y coloca sobre sus rodillas al más hermoso. Le hace preguntas, y recibe respuestas satisfactorias; le acaricia, y el niño, animado, deja entrever su carácter natural. La galleta, la leche, las frutas, todo se hace comun entre ellos, y el pequeño protegido, encantado con el porte del caballero, le devuelve sus caricias con usura.

Sobieski tenía la espalda vuelta á la puerta. En el momento en que el niño le daba cien besos, entra el dueño de la cabaña acompañado de dos mujeres envueltas en grandes capas. Una de ellas per-

cibe al pequeñuelo en los brazos de un hombre á quien, sin duda, no conoce, y que no debe inspirarle confianza, y corre hácia él con presteza, abiertos los brazos, y exclamando: «¡Hijo mio, mi querido hijo!» Y fijándose en el palatino: «¡Gran Dios, es él, es el rayo!..... Señor, no soy culpable.» Y cae sin sentido.

Sobieski ha reconocido esta voz que lisonjeó su oído durante tanto tiempo. Por un movimiento involuntario levanta á la desgraciada; pero recordando las palabras que le han herido: «hijo mio, mi querido hijo..... no soy culpable», vuelven á aparecer los celos, se despierta su orgullo; sale con intencion de huir de todos los sitios donde pueda encontrarse con aquella mujer pérfida y disimulada. Piensa encerrarse en su castillo y esperar allí el fin de su amarga existencia.

Despréndese de los brazos de Polinska, que aún no podia hablar, pero que ya habia recobrado el conocimiento, en cuyo semblante se retratan las pasiones que la agitan, y que parece quiere detenerle para justificarse en su presencia. Sale de la cabaña, y trastornado, fuera de sí, camina al azar, pero se aleja de ella, que es lo que le importa. Clotilde no puede tolerar que se marche llevando de su señora una idea desfavorable; corre tras él, quiere enterarle de todo y traerle á la razon: «¡Una palabra, señor, no más que una palabra! — He oido bastante. — Las apariencias os engañan. — Es madre, lo ha confesa-

do.—Y, sin embargo, es inocente.—Imposible; imposible.—Os lo juro, y voy á probároslo.

Clotilde le cuenta la llegada de Metusko, su amor y sus proposiciones, la negativa de Polinska, la acción nefanda que aquel comete, las penas, las lágrimas, la constancia de su señora, el sacrificio que ésta hace de su dicha al hombre á quien amaba demasiado para unirse á él cargada de una infamia de que no era cómplice, pero de la que aquél participaría sin duda. Sobieski pasa en un momento del furor y la desesperación al colmo de la alegría; corre, vuela á la choza, se arroja de rodillas y abraza las de Polinska, pide, solicita, exige su perdón. No lo merece, puesto que ha podido dudar de su virtud; ¿pero es posible amar mucho y no tener celos con tales apariencias? Esta es la única excusa que puede dar: ¿pero es acaso necesaria para una mujer que ama? Polinska está inclinada sobre él; encuentra en sus ojos aquella ternura nunca desmentida; le abandona su mano, que aquel cubre de besos; un rayo de alegría brilla en el rostro de la infortunada: es el primer momento de dicha que disfruta desde hace cuatro años, y abandona en medio del delirio más seductor á su hijo, á su detestable padre y sus primeras resoluciones. Prodigal á su amante todo aquello que puede conceder la inocencia; todas las sensaciones deliciosas que puede experimentar el corazón humano embriagaban el de Sobieski.

Arrobamiento celestial; que nos elevas sobre nuestro propio sér, y pareces una emanacion de la divinidad, ¿por qué no eres eterno como tú autor? ¿Ha querido éste tal vez que podamos presentir la felicidad absoluta, y advertirnos en seguida, por un acto de reflexion, que no podremos nosotros alcanzarla jamás? Insensiblemente se va disipando el encanto que extasiaba á Sobieski y á Polinska..... ésta busca y encuentra á su hijo; las lágrimas se escapan de sus ojos y el nombre de Metusko de su boca. Este nombre produjo en Sobieski una impresion terrible. No es ya aquel hombre tan dulce, que suspira á los piés de su amada y le dirige expresiones del amor puro y tierno; es un soldado herido en sus afecciones más íntimas, que respira sangre y arde en deseos de derramarla. Cien leguas le separan de Metusko; así lo cree por lo ménos; pero las franqueará en alas de la venganza, y la suya será horrorosa como el crimen que la ha provocado.

Aun no es bastante lo que ha sufrido la desventurada Polinska; todavía debe temblar por la vida de su amante. Lo que la elocuencia tiene de más elevado y el sentimiento de más persuasivo, todo se emplea para apartarle de su siniestro proyecto: nada escucha, nada oye. Polinska toma á su hijo y se atreve á presentárselo. «Él tambien es inocente y vos no teneis derecho de arrebatarle á su padre. Éste es culpable y puede hacerse más vertiendo vuestra sangre. ¿Qué será de mí entónces? ¿Podré sobre-

vivir á este último golpe?.... Ingrato, tú no me crees. He recobrado tu estimacion: que ésta y tu amistad me ayuden á soportar la pesada carga de la vida.—¿La amistad, decís? ¿Exigiréis todavía que un alma de fuego se limite á un sentimiento tan frio? ¡Persistiréis en castigarme, y castigaros conmigo, por un crimen en que ninguno de ambos hemos tenido parte! Nada habeis perdido á mis ojos, ni sois ménos respetable á los de las gentes honradas porque un infame haya arrebatado por la fuerza lo que estaba reservado al amor. ¡Y áun que-reis viva ese monstruo que detesto y desprecio! Pues bien, señora, vivirá, me siento capaz de este esfuerzo; pero si yo os sacrificio mi ódio, es con la condicion de que vos abjureis vuestros prejuicios. Sed mi esposa, yo adopto vuestro hijo, y soy bastante generoso para profesarle la ternura de un padre.»

¿Qué podia responder Polinska? Expondria por su resistencia la vida de Sobieski? ¿No probaba su doble proposicion el exceso de su delicadeza? No la aseguraba contra futuros acontecimientos, y colmaba sus deseos más vehementes? Perteneceria al hombre á quien adoraba; podria reconocer á un hijo que le era tan querido, y al cual su esposo daría su nombre, é irian los tres á las tierras lejanas de Sobieski á ocultar su felicidad presente, y á borrar el recuerdo de sus pasadas desgracias.

Estos eran los motivos por los cuales la razon de

Polinska no podía rechazar aquello de que procuraban convencerla Sobieski y su fiel Clotilde. Escuchaba, aplaudía algunas veces, pero todavía vacilaba, aunque en su interior deseaba con vehemencia rendirse. Tan fuerte era, en aquellos tiempos que se llaman groseros, la opinión que tenía la mujer del recato y de los deberes de su sexo. « Vos habéis opuesto este niño á mi venganza ; permitid que á mi vez le oponga á vuestras irresoluciones ; no le negueis un padre. » Y el amable jóven, y la buena Clotilde, y el leñador y su mujer, y Wilfredo y los criados, que á la sazón llegaban, unen sus ruegos, sus súplicas, y la obligan á consentir en ser dichosa. « Podrás serlo tú mismo, responde ella con modestia, y no olvides nunca que me habia considerado indigna de tí! »

En la misma cabaña del leñador, en medio de los trasportes de una sencilla y pura alegría, fué donde se empezaron los preparativos de un enlace tan deseado. Polinska y Sobieski se amaban, se lo decían sin cesar, y no se ocupaban de lo que sucedia en derredor suyo : los enamorados se abstraen por completo de todo lo que les rodea. Pero Clotilde, ingeniosa y alegre, arreglaba la marcha y la sucesion de las fiestas. Wilfredo, partidario acérrimo del ceremonial antiguo, arreglaba las cuestiones de etiqueta, los criados se permitian meter su baza en el asunto, y el leñador y su mujer se felicitaban de que su bella desconocida fuese la señora de su cantón.

Noches de felicidad, ¡cuán ligeras os deslizais! La aurora comienza á dorar las copas de los árboles, y todavía nuestros amantes están en el mismo lugar y en la misma actitud; sus expresiones tienen el mismo fuego, sus corazones experimentan la misma satisfaccion. Son dos almas cándidas que no dejarán nunca de amarse, de confundirse. Sin embargo, la luz del dia despierta ciertas reflexiones. ¿Entrará Polinska en Blonia con un disfraz que la malignidad puede interpretar de una manera inconveniente? Apenas Clotilde hizo esta observacion, cuando el viejo Wilfredo monta á caballo, corre al castillo, trae consigo á las doncellas de Polinska, los lanceros y los caballos que en cuatro años apenas habian salido de las cuadras. La jóven se viste y adorna con sus más brillantes galas, que habian estado por tanto tiempo á cargo del dolor, y hoy son símbolo del esplendor que ha perdido y que el himeneo va á devolverle. El hijo de Metusko es ataviado con todo aquello que puede hacer resaltar las gracias infantiles. Sobieski es bello por sí solo. Todos montan en soberbios caballos, cuyas mantas bordadas de plata llegan hasta el suelo. Entran en Blonia en medio de las aclamaciones de un pueblo ansioso de volver á ver al que desde mucho tiempo debia hacer la felicidad de su soberana, y cuyo regreso el elocuente Wilfredo no ha cesado de anunciar.

Preguntábase quién era aquel bello niño que Po-

linska miraba con tanta ternura cuando sus ojos se apartaban de Sobieski. Wilfredo era discreto, al ménos él así lo creía; pero ya sabemos cuán fácil era penetrar sus secretos; ya habian circulado algunas expresiones peligrosas y comenzaban á volar de boca en boca. Muy pronto se sospechó que allí habia un misterio, el cual se apresuró á revelar Clotilde por completo para evitar que se culpase á su señora de un desliz de que era incapaz, y tales eran el amor y el respeto que le tributaban, que se la consideró y tuvo por la mujer más casta del mundo, y á Sobieski por el hombre más delicado y más dichoso. Sólo le faltaba, en efecto, que su digno padre fuese testigo de la felicidad que el mismo habia preparado á su hijo; pero acababa de pagar á la naturaleza el último y triste tributo que todos le debemos.

La nobleza de los alrededores habia sido convocada, las lizas estaban dispuestas y los palenques levantados. Los caballeros llegaban á Blonia adornados con el color de sus damas, montados en soberbios caballos, precedidos de sus banderas y seguidos de sus escuderos. Las calles estaban cubiertas de flores, todas las ventanas adornadas con banderas y colgaduras; la multitud se apiñaba en todos los puntos por donde habian de pasar; Clotilde y Wilfredo daban por todas partes pruebas de la magnificencia y el afecto de sus señores; numerosas orquestas anunciaban la alegría general, y el sonido majestuoso de la campana, que se iba á ve-

rificar el lazo más respetable bajo los auspicios de la religion.

Sobieski, radiante como el sol saliente que disipa las tinieblas, pasó á la habitacion de su Polinska. Esperábale ésta, embellecida con los encantos del deseo. Se levanta y le presenta su mano; un cortejo imponente les precede y les sigue; el pontífice y sus diáconos, revestidos con los hábitos sacerdotales, les esperan en las gradas del templo. Óyese de repente un grito: «¡Es él, es Metusko! Suspéndese la marcha; la muerte se retrata en los ojos de Polinska, el furor en los de Sobieski, la indignacion en todos. Se inquietan, se pregunta, se va, se viene. Se dice que un cuerpo de caballería entra en la ciudad, y que conduce á Metusko prisionero. Los lugartenientes mismos de un hombre, culpable respecto de Polinska, pero que tiene eterno derecho al público reconocimiento, son los que le conducen al cadalso para castigarle, dicen, de un crimen... cuya venganza estaba la ofendida muy léjos de desear. En efecto, una hora despues ya hubiera sido esposa de Sobieski, y esta vuelta la ponía en la terrible alternativa de dejar morir al padre de su hijo para entregarse á su amante, ó de dar su mano á un hombre odiado, sacrificio mucho más cruel que el que se habia impuesto renunciando á Sobieski. Sin embargo, la ley es formal y dispone que aquella pronuncie el fallo. Este último golpe de la fortuna, esta horrible situacion, trastornan sus sentidos: se

la vuelve al castillo, espirante, inanimada. Sobieski, enfurecido hasta el extremo, insulta, desafia, amenaza á Metusko. «Si yo te viese cargado de cadenas, respondió friamente el guerrero, te guardari toda clase de consideraciones.»

Este hombre, cuya vida entera no era más que una serie no interrumpida de grandes hazañas, y al cual no se le podía echar en cara otra mancha que aquella que habia caído sobre él en Blonia, habia olvidado, en medio de los más nobles trabajos, los encantos de Polinska: el tiempo, que todo lo borra, habia insensiblemente debilitado el recuerdo de un atentado que habia producido al pronto crueles remordimientos. Mucho tiempo hacía que Metusko, siempre fiel á sus banderas, no vivía para otra cosa, ni tenía otros goces que la gloria de las armas.

Siempre frente á Rodolfo, que era el mejor general de su tiempo, casi siempre inferior en número, pero multiplicando sus fuerzas el entusiasmo que inspiraba á sus tropas, habia Metusko destruido sucesivamente tres ejércitos que habian venido contra él. Su actividad, su valor y su prudencia cambiaban la suerte de las batallas; su magnanimidad seducía á los vencidos, sus larguezas los retenían en sus filas. Cansado el imperio y agotados sus medios por una guerra, cuyo objeto le era extraño, negó al emperador los nuevos recursos que solicitaba para continuarla: Rodolfo se vió obligado á entrar en negociaciones con este hombre á quien no

había mirado hasta entónces más que como un rebelde, y que los triunfos más brillantes habían colocado sobre él.

Pacificada la Polonia, pensó en elegir un rey. Sobieski, que unía á su natural dulzura grandes talentos militares, hubiera podido reunir los votos, si no hubiera sido demasiado jóven, ó más bien, sin ese amor que le hacía insensible á todo lo que no fuera Polinska. Hémosle visto deponer las armas cuando ya no había enemigos que combatir, dejar que los polacos se diesen leyes y eligiesen libremente un jefe, y satisfecho de reinar sobre un corazon, no ocuparse de otra cosa que de conquistarle.

No dudaba Metusko que la corona sería el premio de sus servicios, y tenía la ambicion de conseguirla despues de haber sabido merecerla. No se cuidaba de ocultar cuál era el fin de sus aspiraciones; sus soldados, idólatras de su jefe, sólo esperaban el momento de secundarle; y hubiera subido seguramente al trono, si sus lugartenientes, celosos de su gloria, no hubiesen temido tanto como á ésta una inflexibilidad de carácter, una marcada tendencia á la autoridad absoluta, que los reduciría á no ser más que vanos ornamentos de la córte de un príncipe semejante, y á no gozar en ella de más consideracion que la que él se dignára dispensarles.

El contrincante más temible que Metusko tenía era Yagelon, Duque de Lithuania, todavía pa-

gano, lo mismo que sus súbditos, pero que habia socorrido á Polonia con hombres y dinero, y que durante la guerra habia mandado con valor y acierto un cuerpo de ejército, habiendo estado, por tanto, subordinado á Metusko. Era el Duque hombre de excelentes cualidades, pero era bueno, dócil y pródigo; defectos peligrosos para el pueblo y útiles á los cortesanos. Los palatinos se inclinaban secretamente á Yagelon; pero ¿cómo excluir á Metusko de un puesto al que le llamaba el voto del ejército y del resto de la nacion?

Comprendian que lo primero que tenian que hacer era desprestigiarle ante la multitud. Pero ¿qué medios debian emplear con espíritus ya demasiado prevenidos? Su crimen contra Polinska era un recurso sin fuerza para soldados dispuestos á excusar excesos á que ellos están siempre dispuestos á entregarse. Metusko habia comunicado á sus principales oficiales un designio que abrigaba hacia mucho tiempo, y que tenía intencion de llevar á cabo cuando subiese al trono. Era éste; el de tener, áun en tiempo de paz, un numeroso ejército permanente, que contuviese á los turcos y á los húngaros, enemigos naturales de los polacos; introducir en él una rigurosa disciplina, que garantizase las propiedades hasta entónces devastadas por una soldadesca desenfrenada. Quería quitar á los nobles el derecho de vida y muerte sobre sus siervos; despojarles de la impunidad que les aseguraba el privilegio de no po-

der ser detenidos por un crimen capital sino después de estar jurídicamente probado; quería que la nación se entregase al comercio que un orgullo infundado abandonaba á los extranjeros, que explotaban de este modo al país; y el ejército, que sólo dependería de él, sostendría estas innovaciones reprimiendo las manifestaciones de los descontentos.

Estos propósitos eran los de un príncipe digno de vivir en un siglo más ilustrado; pero era necesario ocultarlos hasta que permitiesen las circunstancias ponerlos por obra: la envidia y la malignidad los volvieron contra él. Hízose cundir entre la nobleza pobre, que era la única que formaba los escuadrones, el sordo rumor de que, si Metusko obtenia la corona, pensaba unir á aquella los aldeanos. Añadiase que se proponia someter las tropas polacas á la disciplina alemana, y, sobre todo, á ese castigo infamante, siempre odioso á los pueblos orgullosos que sólo quieren ser conducidos por el honor. Se indicaba á los palatinos que este ejército, destinado, al parecer, á servir de barrera contra los enemigos exteriores, sólo iria, en realidad, contra aquéllos, y vendria á ser en manos del nuevo rey un instrumento con el cual destruiria á su antojo sus privilegios, consagrados por los siglos, y que constituian uno de los más preciados atributos de su grandeza. Echábasele en cara querer trasformar en un vil pueblo de mercaderes la nación más belicosa y más honrada de Europa; pintábasele, en fin, como un

hombre soberbio, emprendedor, que abusaría de su autoridad, y sumergiría á sus súbditos en un despotismo desconocido aún bajo el yugo de los señores á quienes los emperadores habian entregado hasta entónces el gobierno de Polonia.

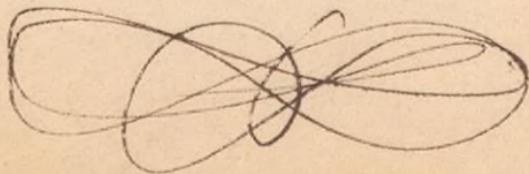
Estas insinuaciones iban, en parte, acompañadas de pruebas que se habia tenido la precaucion y habilidad de arrancar á Metusko, demasiado generoso para ser desconfiado; y produjeron más efecto que el que de ellas se habian prometido sus autores, pues le enajenaron instantáneamente la voluntad de los palatinos y de los nobles. Todos se apartaron de un hombre que pretendia quitarles sus prerogativas de las que eran celosos hasta el extremo, y la libertad de que apénas habian comenzado á gozar, y que tanta sangre les habia costado. Uniéronse los diferentes partidos en favor de Yagelon, y, cuando fué convocada la dieta, Metusko era el único que ignoraba que nada debia esperar á no ser de la posteridad.

Su exclusion, sin embargo, por injusta que fuese, produjo un bien real, pues los palatinos resolvieron por unanimidad limitar la autoridad del príncipe que iban á nombrar, y la de sus antecesores. Acordaron que no fuese el cetro hereditario, y que los reyes no pudiesen levantar fortalezas, ni disponer del tesoro público, ni reclutar ejércitos sino con el consentimiento de las dietas; y consagraron, por último, esta famosa fórmula que á su advenimiento

debía pronunciar el nuevo soberano: «Excito á la nacion á que me arroje del trono, si dejare de observar las leyes que acabo de jurar.» Estas instituciones, propuestas por los más íntimos confidentes de Metusko, le revelaron, aunque demasiado tarde, los verdaderos designios de la dieta; pero impidieron que las libertades públicas sufriesen ataque alguno, hasta que tres potencias usurpadoras borraron de la carta de Europa el nombre de la Polonia.

Luégo que se hubieron consignado estas bases fundamentales, el palatino que presidia la dieta preguntó á Yagelon si queria abrazar el cristianismo, y reunir á la Polonia su ducado de Lithuania. Sometióse el príncipe sin resistencia á estas condiciones, y al momento fué proclamado rey. Puede juzgarse la tranquilidad de esta eleccion, tan diferente de las que la han sucedido, en la que todo estaba preparado y convenido de antemano.

Metusko, furioso por la preferencia que sobre él acababa de obtener un extranjero, no tuvo la prudencia de ocultar su resentimiento: habíale irritado, sobre todo, que aquellos á quienes él habia colmado de beneficios y dispensado su más íntima confianza, y cuyos sufragios debieron ser para él, hubiesen vendido cobardemente su causa. Incapaz de ninguna mesura, cuando se entregaba á su carácter irascible, salió de la asamblea amenazando á todos aquellos contra quienes creía tener fundados motivos de queja.



Conocíase su valor y su fuerza prodigiosa; se recordaba su combate contra Ragotzi. El duelo estaba en boga entónces; ningun palatino podia rehusarlo, y medir sus armas con Metusko era exponerse á una muerte casi segura. La intrepidez no es, en la mayor parte de los hombres, nada más que la certeza, ó, por lo ménos, la esperanza de la victoria, y los palatinos sólo deseaban, por otra parte, gozar la dulce calma que sucede á las grandes borrascas. Para conservar sus honores y asegurar su disfrute, era necesario perder á Metusko.

No se conspiraba, sin embargo, contra éste. Hay sentimientos secretos que guardamos en nuestra conciencia y á nadie comunicamos. Ningun palatino hubiese confesado, sin enrojecerse de vergüenza, los motivos que le animaban contra el héroe de Polonia; pero aquel que le atacase, aunque fuera indirectamente, podia contar con el asentimiento de los demas. El palatino de Rava habló en un tono muy moderado sobre el violento proceder de Metusko para con algunos de los miembros de aquella respetable asamblea. Animado por las muestras unánimes de aprobacion, preguntó si era conveniente examinar la pena que merecia el que atacase abiertamente la libertad de las elecciones. Dió á entender al rey que Metusko, poderoso por la vasta extension de sus dominios, por el número y la adhesion de sus vasallos, y, sobre todo, por su valor indomable, podia disputarle la corona con las ar-

mas, arrojarle del trono, ó cuando ménos, entregar su patria á los horrores de una guerra civil. Estos temores, que no eran del todo infundados, fueron exagerados ademas por los otros palatinos, y afectaron vivamente al crédulo monarca.

Ninguna ley podia, sin embargo, aplicarse al caso de que se trataba. Muchas veces habia, en las dietas precedentes, cortado el sable las discusiones, sin que jamas se hubiese vengado la sangre derramada. Metusko no era uno de esos revoltosos obscuros á quien la autoridad inmola impunemente; era de temer que la Polonia opusiese á los capítulos de acusaciones imaginarias los servicios y las grandes cualidades de aquel á quien se queria proscribir. Para dar á aquellas una apariencia de justicia, recordaron los palatinos aquel antiguo crimen, perdido entre una infinidad de nobles hazañas, y agravaron sus circunstancias. El rey firmó la orden de prender al culpable, confiando su ejecucion á sus más encarnizados enemigos.

Sabíase que Polinska estaba unida á Sobieski por el amor, y no debia mirar á Metusko sino como al hombre más odioso y repugnante, y no era de suponer que le librase de la muerte entregándole su mano. El éxito del plan fraguado parecia, por tanto, seguro: sólo ofrecia una dificultad, la de sujetar á un guerrero que moriria ántes que presentar sus manos á los hierros que se le destinaban, y se preveia de lo que sería capaz colocado en el úl-

timo extremo de la desesperacion. Resolvióse sorprenderle durmiendo; y para que sus amigos, si es que áun le quedaba alguno, no fuesen á advertirle el peligro que le amenazaba, se prolongó la sesion hasta muy entrada la noche, y se prohibió que nadie saliese del lugar donde se verificaba.

Metusko no se podía entregar al reposo. Atormentado por la violencia de sus pasiones, iba y venía por su habitacion á grandes pasos. Sus escuderos esperaban la explosion que habia de seguir á un silencio más enérgico que las palabras, por duras que éstas sean. «No, dijo por fin deteniéndose, no, ingrata patria, no te venderé; no te entregaré al yugo de que te he librado; pero no daré esplendor con mi presencia al triunfo de un soberano indigno de reinar sobre un hombre como yo. Me retiraré á mis tierras, allí viviré oscurecido, haciendo votos por la prosperidad pública. ¡Que preparen al momento mi equipaje y mis caballos!» Iban á obedecer sus escuderos, cuando entraron los criados anunciando que muchos palatinos deseaban verle: «Que pasen», respondió Metusko. Su temible espada estaba á diez pasos de él.

A los primeros que aparecen suceden otros, y á éstos otros y otros. Metusko está rodeado de traidores, y nada sospecha aún de sus intenciones. Arrojanse sobre él como bestias feroces, lo derriban, lo cargan de cadenas y lo entregan á sus lugartenientes, que, testigos de la desgracia de Polinska,

consienten bajamente en declarar contra aquel que los ha conducido siempre á la victoria.

Esperaban todos arrebatos y esfuerzos que tal vez hubiera sido difícil reprimir: nunca Metusko pareció tan grande como se mostró en la desgracia. Optó la calma á las tempestades, y su grandeza al menosprecio. Caminaba en medio de sus guardias con ese aire de superioridad que indicaba que habia sido su jefe, y se reconocia aún digno de serlo. El pueblo, siempre débil é irresoluto, acudía en masa á su paso, le compadecia, pero no se oponia á tamaña injusticia; parecia esperar una palabra de Metusko para formarle al instante un partido. Fiel á sus últimas resoluciones, hubiera el guerrero continuado desdeñando así la ingratitud del pueblo como la ferocidad de sus guardias, si éstos, temiendo un movimiento popular en favor de aquél, no hubiesen pretendido justificar el rigor de que usaban, acusándole de crímenes imaginarios.

La lealtad de Metusko no consentia tolerar estas infamias, y su ruda franqueza habia naturalmente de irritarse contra los que se las imputaban. Respondió á estas falsas acusaciones con la energía que le caracterizaba; y cuando ya hubo pasado los límites que habia impuesto á su resentimiento, entregóse á éste por completo. Reprochó á sus guardias la bajeza de su conducta; recordó sus servicios á los espectadores, entre los que reconoció á muchos de sus compañeros de armas. Los animó con su

elocuencia, con su exaltacion, y, sobre todo, con su desgracia. Lo que sus guardias habian querido evitar fué precisamente el fruto de su imprudencia. El pueblo se exalta, se agita, se subleva; corre en confusion indescriptible, se arma precipitadamente con lo primero que encuentra; se ve brillar la lanza al lado del instrumento destinado á cavar la tierra, el casco al lado del humilde sombrero. Se rodea, se oprime, vase á atacar á la escolta, que intimidada por la multitud se pone en defensa. Los polacos están á punto de degollarse mutuamente! Sólo Metusko puede impedir la efusion de sangre, y es bastante generoso para hacerlo, sea cualquiera la suerte que le esté reservada. «Mi siglo, dice, podrá ser ingrato, siempre lo fueron los republicanos, pero la posteridad no me acusará de haber ensangrentado voluntariamente el suelo de mi patria.» La he libertado del yugo extranjero, no he hecho más que cumplir con mi deber, ella desconoce los suyos: pues bien; verémos si hay jueces bastante malvados para mandar al patíbulo al libertador de Polonia. Pero vosotros, mis buenos, mis verdaderos amigos, no espongais vuestra vida, ni comprometais la seguridad de vuestras mujeres é hijos. Sólo espero de vosotros un servicio, que os agradeceré en extremo. Montad á caballo, conducid á vuestro general á Blonia, para que comparezca ante el tribunal rodeado de los testigos de su gloria, que la presencia de éstos le justifique, y que los que hasta ahora me

han hecho traición, se vean reducidos al vil papel de delatores: esto es lo que merecen sus almas de cieno.

Estas palabras agregaron el entusiasmo y el respeto á la admiracion y al amor que inspiraba ya Metusko; sepáranle de su escolta; una muralla de seres vivientes se coloca entre ésta y aquél; se apiñan por tocar sus vestidos, sus espuelas, la manta de su caballo; todos quieren seguirle, oír su justificacion ó arrancar su perdon á viva fuerza, si es que era efectivamente culpable; rompen sus indignas ligaduras, y se le entrega una espada; no es éste un criminal á quien viles satélites conducen ante sus jueces, es un grande hombre que va, en medio de sus amigos, á desafiar la injusticia, y á morir, si es preciso, como ha vivido. Confundidos sus lugartenientes, se retiran á la cola del cortejo, abrigando constantemente en sus corazones la rabia y la envidia, pero sin atreverse á levantar sus ojos para mirar al héroe.

Entusiasman verdaderamente tanta grandeza y desinterés de parte de un guerrero á quien las circunstancias ponian en libertad y podia vengarse de sus enemigos; pero quizá estuviese persuadido de no hallar jueces que se atreviesen á condenarle, tal vez sabía que Polinska permanecía soltera; quizá abrigaba la esperanza de que el tiempo habria debilitado el sentimiento de su ultraje, y de que aquella encontrase alguna gloria en salvar á un hombre

de tales prendas; pero lo que está fuera de duda es que él ponía su gloria muy por encima de su vida, y aspiraba á bajarla sin mancha á la tumba.

Apénas entró en Blonia, apénas pronunció el nombre de Polinska, y supo que era padre, un nuevo sentimiento apareció en su corazon y reemplazó el menosprecio de su vida. Apégase á ella, porque cree deberla á su hijo. Sin instruccion, como todos los señores de su tiempo, hace que escriban en su nombre á Polinska, desde el palacio en donde su palabra sólo le retiene prisionero. Su carta no era tierna, sino que estaba dictada por la rigidez de su carácter. Solicitaba simplemente una entrevista que la ley le autorizaba á exigir, y de la que no dispensaba á Polinska su rango.

Esta desgraciada deploraba su suerte, su hijo enjugaba sus lágrimas, y Sobieski estaba á sus piés, cuando recibió esta carta cruel. Ver á Metusko, oírle y hablarle, era para Polinska un horrible suplicio: negarse era imposible. Sobieski, combatido por mil opuestos impulsós, procuraba retenerla en su castillo; queria huir con ella y la obligaba con sumision á tomar un partido; un momento despues exigia de una manera imperiosa que se entregase á él públicamente, despues de haber dejado perecer á un hombre al cual nada la obligaba á salvar, y por el que sólo la patria debia interesarse. Despues, irritado contra la ingratitud de los polacos, olvidaba su amor y se compadecia de la suerte de un héroe

cuyas grandes cualidades admiraba, y del que hubiese sido un defensor ardiente, si no hubiera aspirado como él á la mano de Polinska. Abandonarle parecía una infamia, sacrificarle el objeto de su ternura era cosa que superaba sus fuerzas: esta sola idea le recordaba un crimen que le parecia imperdonable y reproducia en él la animadversion que profesaba á su autor.

Era preciso tomar una determinacion. Sobieski no encontraba otra que la de quejarse y maldecir su suerte, y su amada la de suspirar, llorar, y prometerle que le sería fiel eternamente. Un segundo mensaje de Metusko le anuncia que el tiempo apremia, y que espera gozar del favor que le concede la ley. Levántase la desdichada Polinska, atraviesa sus habitaciones sostenida por sus doncellas y seguida de Sobieski, que no puede separarse de ella, y la sigue con la vista despues de haberla advertido veinte veces que no olvidase sus juramentos.

Las fuerzas faltan completamente á Polinska al entrar en el salon donde la espera el culpable. Aumentan su confusion la presencia y el aire frio y severo de los jueces, reunidos para oir la expresion de su voluntad. Metusko se adelantó hácia ella, y quiso ayudarla. Su crimen, los sufrimientos y desgracias que la habia causado, lo repugnante de esta entrevista para ella, todo se agolpó á su imaginacion á la vez; retrocedió horrorizada, cerró los ojos y se dejó caer en los brazos de Clotilde, que la

condujo á un sillón. No esperaba el guerrero que su vista produjese un efecto tan terrible. Habia preparado medios que creia propios y suficientes para convencer á Polinska ; la turbacion de ésta, su palidez, su extrema debilidad, hicieron en él fuerte impresion : aparecieron de nuevo sus remordimientos, y lo que no habian podido todas las fuerzas reunidas del imperio, lo hizo en un momento una débil mujer. Metusko, embarazado, confuso, sin valor y sin palabra, estaba pronto á postrarse á sus piés.

Miráronse algun tiempo en silencio : los jueces invitaron á Metusko á que hablase. Sobreponiéndose á sí mismo, recobró el libre ejercicio de sus facultades. « Señora, dijo, echemos un velo sobre el pasado ; recordarlo sería cruel para vos y humillante para mí ; ocupémonos sólo del presente. Está ligada de tal modo vuestra suerte á la mia, que no os puede ser indiferente lo que os voy á decir. Escuchadme con calma ; mis palabras serán medidas por el respeto que os debo.

«No estoy tan apegado á la vida para interesaros en su rescate, ni debió costaros siquiera los pasos que habeis dado, si sólo se tratase de mí ; pero, señora, si yo soy responsable ante vuestros parientes, ante vuestros amigos, ante la Polonia entera de una falta inexcusable, vos lo seriais de la de negaros á restablecer vuestro honor, que yo me propongo devolveros. Nada os diré de mis sentimientos ; há mucho tiempo que no conservo hácia vos otros que los

de la más profunda y respetuosa estimacion. Recobrad el puesto que debeis ocupar en la sociedad, la consideracion de que sólo yo merezco ser despojado, y juro por mi honor, vos sabeis que Metusko es incapaz de faltar á este juramento, juro separarme de vos al descender del altar, dejaros libre en cualquier lugar que os agrade elegir, no volveros á ver, si así lo ordenáseis, y, sobre todo, no pensar nunca en derechos de que sé cuán indigno soy.»

Calló esperando una respuesta que Polinska no se hallaba en estado de dar. Ésta no habia oido nada más que sonidos, cuyo sentido no le habia permitido penetrar el desórden de su imaginacion, y permanecia inmóvil y muda. Los jueces, afectados por su penoso estado, la animaron á poner término á la sesion, declarando si aceptaba ó no á Metusko por esposo. «No, no; dijo con voz entrecortada; jamas..... No, jamas.—Ya sé, replicó el guerrero, que os sujeta otro amor. Sobieski solamente os hace desechas estas proposiciones que aprobaria vuestra razon; pero, señora, ¿deben recaer sobre él todas vuestras afecciones? ¿No pesan los derechos de vuestro hijo tanto, al ménos, como los de vuestro amante? Únicamente por él es por quien me atrevo á levantar mi voz. ¿Qué cuenta le daréis un dia de la sangre de su padre que os reclamará, y del estado civil que le habeis negado? Y cuando este amor, á que todo lo sacrificais, se haya extinguido por el tiempo, y podais juzgar sin pasion, ¿podréis vivir entre

el ódio de vuestro hijo y el menosprecio de vos misma? Pensadlo bien, señora, sois madre, lo sois por un crimen, pero no por eso os impone este título deberes ménos sagrados.»

Al nombrar á su hijo, Polinska puso atencion, y la afectó profundamente el cuadro que Metusko acababa de presentar ante su vista. No se encontraba con fuerzas para renunciar á la estimacion pública, y, sobre todo, á la ternura y cariño de su hijo, primera necesidad de una buena madre. Olvidóse por un momento de Sobieski, vacilaba... Clotilde la recordó en voz baja estas palabras solemnemente pronunciadas en la cabaña del leñador: «Yo adopto vuestro hijo, le doy mi nombre y le profesaré el amor de un padre.» El razonamiento de Metusko la había quebrantado: estas últimas palabras de Clotilde la volvieron al amor. No ve nada más que á Sobieski, y repitió en alta voz su denegacion á unirse á Metusko, y salió.

Parecia que sólo la fuerza podia ya salvar al grande hombre: la sentencia de muerte iba á escaparse de boca de los jueces: «Sólo os pido una hora, les dijo, y si Polinska persiste en su resolucion, iré tranquilo al patíbulo.» Un plazo tan corto no se niega ni áun al criminal más oscuro, y, por tanto, los jueces se apresuraron á acceder á la exigencia de un héroe. Aun tenía éste esperanzas. Uno de los que le habian acompañado en su cautiverio aprovechando la ausencia de Polinska, habíase introdu-

cido en el castillo, y el oro y las joyas le proporcionaron llegar hasta el niño. Su tierna edad no impidió que éste experimentase el vivo interes que debe inspirar un padre, y le afectó en extremo el peligro á que estaba el suyo expuesto, y su luz natural le hizo comprender los medios que se le indicaban para salvarle. El gesto, las inflexiones de la voz, las expresiones, todo le fué repetido muchas veces; uniéndose la conviccion interior á una memoria fiel, la escena debia ser enérgica, desgarradora, y el éxito seguro.

Volvia Polinska al lado de Sobieski á felicitarse de su resistencia, y recibir de éste el premio de tanto amor. Sentíase tranquila, casi dichosa. Apercíbela su hijo, corre, vuela, atraviesa el puente levadizo, y con su rostro en el suelo, y asido con sus inocentes manos al vestido de su madre: «Jamás, jamás, dice, abandonaré esta postura hasta que me hayais concedido el perdon de mi padre. Si no escuchais mi súplica, arrancaos de mis brazos, rechazadme léjos de vos, despreciad estas lágrimas con que baño vuestros piés, id á reuniros con vuestro amante, cuyos beneficios desprecio y rehusó; y yo me voy al lado de un grande hombre cuyo nombre me enorgullezco de llevar; le consolaré, sostendré su valor, mis tiernas caricias le harán olvidar la proximidad de la muerte, y, salpicado con su sangre, me volveré á vuestro lado para repetiros sin cesar: «*Señora, hed aquí vuestra obra.*»

Nada de este discurso pertenecía al niño, sino es el tono penetrante con que lo pronunció. Tampoco tenía éste edad para apreciar las amenazas, que no tenía derecho á dirigir á su madre, pero á las que no era posible que ésta resistiese. Estaba casi vencida, y el niño la acabó de ganar con sus rasgos de ingenuidad y de sentimiento, con sus dulces abrazos, con sus tiernas súplicas, á las que jamas se resiste un corazón maternal. «Que viva, dijo por fin Polinska, y que su hijo le lleve la noticia de que me rindo, y de que estoy pronta á jurar la desgracia del resto de mi vida.» El niño fué tomado en brazos por el amigo de su padre, y marcharon precipitadamente al lugar en donde estaba éste prisionero; Polinska se encierra y prohíbe, sobre todo, que Sobieski se aproxime á ella: si le volvía á ver, Metusko estaba perdido.

El jóven caballero habia sabido que su amada acababa de abandonar á su rival á su destino, y corrió á su encuentro lleno de reconocimiento y de amor. Manifestóle Clotilde que nada podia esperar, y que ni aún tendria el consuelo de que Polinska oyese sus quejas. Debía aquél estar acostumbrado á las alternativas de desgracia y de esperanza, entre las que oscilaba su vida hacia mucho tiempo. Sin embargo, hay golpes que no pueden preverse y contra los cuales es la razon impotente. El que ahora le heria, le vuelve á sumergir en una de esas crisis en que aún el hombre más razonable, más práctico ó más virtuoso no es dueño de sí mismo.

Sobieski fuerza la puerta del aposento de Polinska; no guarda miramiento alguno; mezcla los reproches á las caricias, y las injurias á los ruegos. Polinska, loca de amor, Polinska siempre débil, cuando la presencia de su hijo no la sostiene contra sí misma, hace, sin embargo, un supremo esfuerzo. Habla á su amante con esa dignidad que impone al hombre más exasperado; opone la inflexibilidad á las instancias y la calma á los arrebatos; manda á Sobieski salir del castillo, le prohíbe volver á entrar en él, y ella se retira á un gabinete solitario. Ya era tiempo: habia agotado las fuerzas de que puede disponer su sexo. Era necesario huir ó caer en los brazos de Sobieski.

Solo, abandonado á sus pensamientos, entregóse el jóven á todos los excesos que anuncian la demencia, ó conducen á ella. Las maldiciones y los sollozos hacen temblar la sala que Polinska acababa de abandonar; rompe, hace trizas cuanto cogen sus manos. Clotilde tiembla, llama á Wilfredo.... Sobieski habia desenvainado su espada, tenía la punta vuelta hácia su pecho, iba á morir y á colmar el infortunio de su amada. El anciano y algunos criados le quitan el acero homicida, le cogen, le sacan, le retiran de este castillo en donde cada objeto le recuerda á Polinska y aumenta su furor. Quieren conducirle fuera de la ciudad, y procurar calmar sus arrebatos: escápaseles en la calle; y corre al palacio en donde áun está prisionero Metusko.

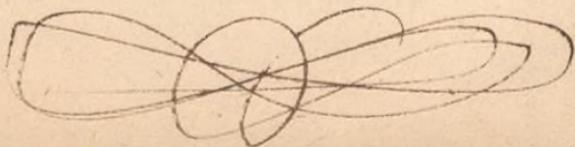
El guerrero abrazaba por primera vez á su hijo, y olvidaba su brillante carrera, así como las desgracias de que habia sido seguida. Preséntasele un hombre en el más espantoso desórden y se arroja á sus piés. « Me han impedido quitarme la vida, arrancádmela vos, ó entregadme lo único que puede hacérmela soportable. » Sobieski no reflexionaba que lo que pedía á Metusko era la muerte de éste; levántale el héroe con dulzura, y el jóven entrevió, á través del velo que oscurecía sus ideas, que no puede ser perfectamente dichoso uno de ellos sino por la muerte del otro. Metusko conviene en ello y rehusa el combate que su rival le propone. « Tengo ya formada mi reputacion de bravo, le dijo; no haré uso de las armas contra un hombre amado de Polinska, y nadie en el mundo tomará mi moderacion por cobardía. » Sobieski comprende que su amada está para él definitivamente perdida; trastórnase, de repente su cabeza, sus miembros se entorpecen, y pierde el conocimiento. Aprovechan esta ocasion, le conducen á un castillo no léjos de la ciudad, donde se le prodigan todos los socorros de la ciencia, y Wilfredo no le abandona un momento. « ¡Ay de mí dijo Metusko al verle salir, he hecho desgraciadas á dos personas que han cultivado constantemente la virtud, miéntras yo no tengo para la dicha y áun para la vida más título que mi crimen. »

Entre tanto los jueces se habian retirado, el aparato de la prision habia desaparecido, y vienen á

advertir al guerrero que Polinska está ya dispuesta para ir al altar. Toma á su hijo de la mano; es necesario que este niño esté siempre entre el padre y la madre: sólo él puede debilitar el horror que la presencia de aquél inspira á ésta. Encuentra á la infortunada en medio de sus doncellas. El abatimiento de éstas le anuncia el estado de su señora. Ella es la única que se violenta; aparenta estar tranquila y le presenta su mano. Metusko la coge, pero no osa apretarla, ni levantar la vista para mirar á Polinska. El último esfuerzo de la virtud era salvar al hombre que tomaba por esposo; este esfuerzo era digno de Polinska, y tuvo ésta bastante dominio sobre sí misma para llevarlo á cabo.

Comienza la ceremonia, va á llegar el momento de proferir las terribles palabras, y la víctima conserva su firmeza. Jura á Metusko una fidelidad que es incapaz de violar, y un amor que no está en su mano el sentir. Mas apénas ha pronunciado el terrible juramento, cae sobre las gradas del altar. «Esto es demasiado, dijo Metusko; ella ha llenado todos sus deberes, y me enseña á conocer los míos; y dirigiéndose á Clotilde: «conducid á vuestra señora; y cuando recobre el sentido, ponedle á su hijo en sus brazos, y decidle que Metusko quiere que viva y le proporcionará los medios para ello.»

Volvió Polinska á entrar en su castillo, llevando el sello del dolor en su semblante y la muerte en su corazón. Las caricias de su hijo la traen al senti-



miento de la realidad. Tiende dolorosa y lentamente la vista en derredor suyo; no nombra á su esposo, pero se observa que ha notado su ausencia, y que esto no le desagrade. Se presenta un escudero, triste, agobiado, y le entrega una carta. Polinska la abre y lee :

«Yo no fuí creado para morir en un cadalso, y llevar á él la idea de un hijo arrojado del seno de la sociedad, de una mujer deshonrada y de un joven enamorado hasta el punto de compartir con ella su afrenta. He querido ser vuestro esposo, he debido quererlo y vos habeis debido consentir en ello; pero no debo haceros expiar mi falta por un suplicio que duraria tanto como vuestra vida. Vos habeis sido justa con vuestro hijo y con su padre; éste sabrá serlo con vos y con Sobieski. Os dejo heredera de mi nombre y mi gloria: esto os enseñará á llorarme, y mi sacrificio me devolverá vuestra estimacion.»

Al salir del templo habíase encerrado Metusko en el aposento que Polinska le habia destinado. Fatigado por la oscuridad á que le habia reducido la ingratitude de los polacos; profundamente impresionado con la desesperacion de Sobieski, y la especie de heroismo de su esposa, quiso sobrepujarles en generosidad. Un veneno activo le dejó apenas tiempo y fuerzas para dictar estas últimas palabras al sacerdote que habia mandado llamar para que le ayudase á bien morir.

En cuánto dejó de estar entre Polinska y su amante, conoció aquélla las grandes cualidades del esposo que acababa de perder, y olvidó su atentado ; no vió en el más que al padre de su hijo, y le lloró sinceramente. Sin embargo, este sentimiento no podía ser durable: Sobieski iba recobrando poco á poco los derechos que le correspondian y que el deber no hubiera podido hacer más que restringir ; pero que ningun poder hubiera conseguido extinguir. Un año, que pareció largo á pesar de los encantos de una esperanza que nada podia ya defraudar, un año fué dedicado al bien parecer, y el resto de su vida al amor.

De este matrimonio nacieron los ascendientes de ese célebre Sobieski, que no siendo áun más que gran mariscal de la corona, libró á la Polonia del yugo de los turcos. La victoria de Chokzin le valió el cetro, que ilustró librando á Viena, y reuniendo en su persona talentos que muy rara vez se encuentran en los soberanos.

In cambio de lo que el señor Polinski y sus
 colegas, apud las autoridades de estos
 gobiernos de parte y parte en el mundo; no vio
 en el más que el pacto de su hijo, y le hizo un
 tratado. Es un pacto, que seguramente no podía
 ser dudoso. Polinski iba buscando por sí mismo
 los derechos que le correspondían y que el deber no
 hubiera podido hacer más que respetar. Pero que
 ningún poder hubiera conculcado existido. Un
 año que precedió a este, a pesar de los esfuerzos de
 las autoridades que había ya de haber, en esto
 fue debido al hecho de que el pacto de su hijo
 al fin.

La esta parte de la historia de los acontecimientos de
 este siglo Polinski, que no siendo aún más que
 gran maestro de la corona, hijo de la Polonia del
 yugo de los turcos. La victoria de Quoszin le valió
 el ser el primer libertado a Viena, y reconocido
 en su persona libertado que muy rara vez se encuen-
 tra en los reinos.

Anillo y Rodriguez


OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA LIBRERÍA

DE LOS SEÑORES ANLLO Y RODRIGUEZ,

calle del Olivo, números 6 y 8, Madrid.

D. Juan, por Hoffmann.—La Nariz de un Notario, por Edmundo About. Estas dos novelitas forman un tomo en 8.º, cuyo precio es en Madrid de 2 reales y 3 en provincias.

Recreo de Damas, ó coleccion curiosa y divertida de 329 charadas ó enigmas, puestas en quintillas, para dar una honesta distraccion á las Señoritas; dos tomos 16.º, rústica, 6 rs. en Madrid y 8 en provincias.

La Noche de todos los Santos, por Marchand Gerin. Un tomo en 8.º, 2 rs. en Madrid y 3 en provincias.

Novelas de Voltaire. Cándido, ó el Optimismo.—Micromegas, historia filosófica.—Historia de los viajes, ó El Escarmentado.—El Mundo tal cual es, vision de Babouc. Estas cuatro novelas forman un volumen en 8.º, su precio 2 rs. en Madrid y 3 en provincias.

El Intérprete Chinó. Coleccion de frases sencillas y

analizadas para aprender el idioma oficial chino, arregladas al castellano por D. José de Aguilar, cónsul de S. M. en Hong Kong; un tomo en 4.º, 20 rs. en Madrid y 24 en provincias.

Diccionario crítico-burlesco, por D. Bartolomé José Gallardo; un tomo, 12 y 14 rs.

Los Miserables, por Victor Hugo; 3 tomos con láminas, 50 y 60 rs.

El Ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervántes Saavedra. Novísima edicion, aumentada con el Buscapié, por D. Adolfo de Castro; un tomo, 25 y 50 rs.

Obras de Cervántes. Novísima edicion ilustrada con grabados intercalados en el texto y láminas sueltas; un tomo, 50 y 52 rs.

Los Entremeses, de Miguel de Cervántes Saavedra, ilustrados con preciosas viñetas; un tomo de más de 200 páginas, 8 y 9 rs.

El lenguaje de las flores y de las frutas, con los emblemas de las piedras y sus colores, escrito en prosa y verso por los más distinguidos escritores, ilustrado con grabados y cromos; un tomo, 8.º, 10 reales.

El oráculo, ó sea libro de los destinos, el cual fué propiedad exclusiva del emperador Napoleon I, con un mapa de preguntas; un tomo 4.º, 10 rs.

El libro negro ó la magia, las ciencias ocultas con secretos admirables, sacados de los más célebres autores cabalísticos, tanto antiguos como modernos, con grabados; un tomo 8.º, 10 rs.

El país del oro. Descubrimiento y conquista del Perú, escrito en presencia de las obras de Garcilaso, Go-

- mara, Humboldt, etc. etc.; 4 tomos 4.º, 40 y 48 reales.
- El cantor del pueblo, por Luis Blanc, con un prólogo de D. Manuel del Palacio; un tomo 4.º, 10 reales.
- El libro de las familias, novísimo manual práctico de cocina española, francesa y americana, higiene y economía doméstica, 2.000 fórmulas de ejecución fácil. Tratados de pastelería, confitería y repostería: décimacuarta edición; un tomo, 8.º, voluminoso, 12 y 15 rs.
- Arte de echar las cartas y de adivinar lo pasado, presente y venidero, por medio de las mismas; ilustrada con láminas y ejemplos prácticos; un tomo, con la baraja de 48 cartas, 6 y 8 rs.
- Arte de tocar la guitarra por cifra y sin necesidad de maestro; un tomo 8.º, 4 y 5 rs.
- Arte de nadar, ó modo de evitar cuantos peligros puedan ocurrir en el agua; un tomo, con láminas, 2 y 3 rs.
- Arte de curar las enfermedades sin médico ni botica, por el Doctor Raspail; un tomo, 8 y 10 rs.
- Baraja de los enamorados y tertulias, única en su género; sirve para toda clase de juegos de naipes, con preguntas y respuestas, 4 y 5 rs.
- Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno. Historia de la vida, hechos y astucias sutilísimas de estos rústicos personajes; un tomo, con láminas, 6 y 7 rs.
- Calendario de la preñez é higiene de la mujer en cinta, por el Dr. Campa; un tomo, 6 y 8 rs.
- Diccionario de la lengua castellana; contiene todas las voces de nuestro idioma, las técnicas de ciencias, artes y oficios, las provinciales, las americanas,

- el dialecto de los gitanos, lengua germánica é infinidad de palabras y acepciones que faltan á los Dictionarios publicados hasta el dia, por D. E. Caballero Marty; tercera edicion, 1872; 2 tomos, 4.º mayor, 68 y 80 rs.
- Las españolas pintadas por los españoles, coleccion de estudios acerca de los aspectos y estados, costumbres y cualidades generales de nuestras contemporáneas, dirigida por Robet; 2 tomos 4.º láminas, 52 y 56 rs.
- La espumadera de los siglos, por Robert; un tomo, 4.º, 16 y 18 rs.
- Los cachivaches de antaño, por Robert; un tomo, 4.º, rústica, 16 y 18 rs.
- Los tiempos de Mari-Castaña; un tomo 4.º, rústica, 16 y 18 rs.
- Vénus retozona: ramillete picaresco de poesias festivas debidas á la juguetona musa de nuestros vates Quevedo, Góngora, etc., recopiladas por D. Amancio Peratoner, finalizando con el delirio de Espronceda; un tomo 8.º, 4 y 5 rs.
- Secretos de la naturaleza. Nueva edicion aumentada con el arte de descubrir el corazon humano, los secretos más notables para conservar la salud y alargar la vida; un tomo 8.º, rústica, 10 y 12 reales.
- Sainetes escogidos de D. Ramon de la Cruz; 5 tomos, 24 y 50 rs.
- El sombrero de tres picos: historia verdadera de un sucedido que anda en romances, escrito ahora tal como pasó, por D. Pedro Antonio Alarcon; un tomo, 10 y 12 rs.

- El amigo de la muerte, por D. Pedro Antonio Alarcon; un tomo, 10 y 12 rs.
- Ciencia y naturaleza, por Bucher; 2 tomos, 24 y 28 reales.
- La Alpujarra, por D. Pedro A. Alarcon; un tomo, 4.º, 56 y 40 rs.
- El civilizador. Historia de la humanidad por sus grandes hombres, por A. de Lamartine; un tomo, 20 y 24 rs.
- El paraíso perdido, por Milton, con notas de Addison, Chateaubriand y otros; un tomo, 16 y 18 rs.
- El toque de ánimas, por D. Juan de la Puerta Vizcaino; 2 tomos 4.º, 40 y 50 rs.
- La medicina de las pasiones, por Descuret; un tomo, 16 y 18 rs.
- Los peligros del amor, de la lujuria y del libertinaje en el hombre y en la mujer, por Amancio Peratoner; un tomo 4.º, 12 y 14 rs.
- Higiene de los placeres segun las edades, los temperamentos y las estaciones, por A. Debay, version castellana por Amancio Peratoner; un tomo cuarto, 8 y 10 rs.
- La señorita Giraud (mi esposa), por Adolfo Belot, traducida por Amancio Peratoner. Esta novela trata de un vicio vergonzoso; un tomo 4.º, 8 y 10 reales.
- La mujer, por Michelet; un tomo, 12 y 14 rs.
- Las plantas industriales: tratado curioso del cultivo y aprovechamiento de las plantas textiles, oleaginosas, tintóreas, y otras que son objeto de la industria; un tomo, 12 y 14 rs.
- Gracias y desgracias del ojo del c... con la defensa del pedo y descripcion de seis clases de p.; ramillete

- chistoso, picante, burlesco, etc., un tomo, 6 y 8 reales.
- Los misterios del sueño y del magnetismo, por A. Debay; un tomo, 12 y 14 rs.
- Higiene, Fisiología y Filosofía del matrimonio, historia del hombre y de la mujer casados. Estudios sobre el cariño, la dicha, la fidelidad y las antipatías conyugales, por A. Debay; un tomo, 12 y 14 reales.
- La hechicería antigua y moderna, ó sea curso completo de prestidigitacion explicado; ilustrado con multitud de grabados, conteniendo todos los juegos nuevos que se han ejecutado hasta; el día un tomo, 4.º, rústica, 16 y 18 rs.
- Nuevo manual de derecho por D. Luis Lamas y Varela; un tomo 4.º, 30 y 36 rs.
- Tesoro de los sueños, visiones y apariciones nocturnas, con la explicacion clara y sencilla de sus significados; un tomo, con grabados, 6 y 7 rs.
- Obras de D. Emilio Castelar.—Discursos parlamentarios en la Asamblea Constituyente; 3 tomos 8.º, 24 y 30 rs.
- Cuestiones políticas y sociales; 3 tomos 8.º, 24 y 30 reales.
- Defensa de la fórmula del progreso; un tomo, 8.º, 8 y 10 rs.
- La civilizacion en los cinco primeros siglos del cristianismo; 4 tomos 8.º, 64 y 72 rs.
- La hermana de la caridad; 2 tomos 8.º, 16 y 20 reales.
- Miscelánea de religion, política, etc.; un tomo octavo, 10 y 12 rs.

- Historia de un corazon; 2 tomos 8.º 24 y 28 rs.
- Obras de Fracmasonería.—Ritual del aprendiz de mason; un tomo, 6 y 8 rs.
- Del grado de compañero; un tomo, 6 y 8 rs.
- Del grado de maestro; un tomo 6 y 8 rs.
- El doble triángulo, conteniendo los rituales de instalacion de templos, logias, dignatarios, bautismos, matrimonios y pompas fúnebres; un tomo, 6 y 8 rs.
- Obras de Balzac.—Fisiología del matrimonio; un tomo, 12 y 14 rs.
- Pequeñas miserias de la vida conyugal; un tomo, 8 y 10 rs.
- Memorias de dos jóvenes recién casadas; un tomo, 8 y 10 rs.
- Obras de Sinués de Marco (D.^a María del Pilar).—La senda de la gloria; 2 tomos 8.º, 16 rs.
- El alma enferma; 3 tomos 8.º, 24 rs.
- Amor y llanto; 2 tomos 8.º, 16 rs.
- El almohadon de rosas; un tomo 8.º, 8 rs.
- El lazo de flores; un tomo 8.º, 8 rs.
- No hay culpa sin pena; un tomo 8.º, 8 rs.
- A rio revuelto...; 2 tomos 8.º 16 rs.
- Celeste; un tomo 8.º, 8 rs.
- La rama de sándalo; un tomo 8.º, 8 rs.
- Rosa y flor de oro; un tomo 8.º, 8 rs.
- Un nido de palomas; un tomo 8.º, 8 rs.
- Querer es poder; un tomo; 8.º, 8 rs.
- A la luz de una lámpara; un tomo 8.º, 4 rs.
- El cetro de flores; 2 tomos 8.º, 16 rs.
- Memorias de una joven; 2 tomos 8.º, 16 rs.
- El camino de la dicha; 2 tomos 12.º, 16 rs.

- Hija, esposa y madre; 5 tomos 8.^o, 24 rs.
En provincias, dos reales más en cada tomo, por franqueo y certificado.
Obras de D. Ramon de Campoamor.—Los pequeños poemas; un tomo, 14 y 16 rs.
Poesías y fábulas; un tomo, 16 y 18 rs.
El drama universal; un tomo, 12 y 14 rs.
Polémicas con la democracia; un tomo, 12 y 14 rs.

El que desee cualquiera de las obras anunciadas, ú otras que no lo estén, podrá enviar su importe en libranza ó letra de fácil cobro y les será remitida á vuelta de correo, certificada, si al hacer el pedido acompaña un sello de 2 rs., coste del certificado.

Los pedidos se dirigirán á los *Sres. Anllo y Rodríguez*, calle del Olivo, números 6 y 8, librería, Madrid.

Handwritten text in cursive script, appearing to be a list or account. The text is faint and difficult to decipher, but includes several lines of writing. The visible words and numbers are:

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28
- 29
- 30
- 31
- 32
- 33
- 34
- 35
- 36
- 37
- 38
- 39
- 40
- 41
- 42
- 43
- 44
- 45
- 46
- 47
- 48
- 49
- 50
- 51
- 52
- 53
- 54
- 55
- 56
- 57
- 58
- 59
- 60
- 61
- 62
- 63
- 64
- 65
- 66
- 67
- 68
- 69
- 70
- 71
- 72
- 73
- 74
- 75
- 76
- 77
- 78
- 79
- 80
- 81
- 82
- 83
- 84
- 85
- 86
- 87
- 88
- 89
- 90
- 91
- 92
- 93
- 94
- 95
- 96
- 97
- 98
- 99
- 100

Esta novela se halla de venta en todas las librerías, al precio de 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

Los pedidos se dirigen á los Sres. Anlo y Rodriguez, calle del Olivo, números 6 y 8, librería, Madrid.

EN PRENSA.

La interesante novela, original del Sr. D. Ramon Ortega y Frias, titulada :

DOS PILLOS.

(MEMORIAS DE UNA DUQUESA.)

El tomo II de la importante obra ESTUDIOS SOBRE LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD, por J. Laurent, traduccion de D. Gavino Lizarraga, que contiene :

GRECIA.